José M. Faraldo

LENIN

UNA VIDA PARA LA REVOLUCIÓN

CATARATA

Índice

1. INTRODUCCIÓN

2. EL ATENTADO

3. EL HÉROE DE LOS NIÑOS DE LA URSS

4. AÑOS DE FORMACIÓN

5. DEL DESTIERRO AL EXILIO

6. LA REVOLUCIÓN LLEGA. Y SE VA

7. UN SEGUNDO EXILIO

8. IMPERIALISMOS

9. REVOLUCIÓN Y VICTORIA

10. LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO MUNDO

11. EL FINAL DE LENIN

12. EL ATENTADO

13. UN EPÍLOGO PERSONAL

NOTAS

JOSÉ M. FARALDO

Escritor, traductor y profesor titular de la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Ha traducido, entre otros, a Olga Tokarczuk, Andrzej Sapkowski, Kir Bulichov y Andreas Eschbach. Experto en Europa central y oriental, ha trabajado durante varias décadas en diversos centros de investigación histórica en Alemania y España. Ha publicado varios libros, entre ellos: Las redes del terror. Las policías secretas comunistas y su legado (Galaxia Gutenberg, 2018), Contra Hitler y Stalin. La resistencia en Europa (1936-1956) (Alianza Editorial, 2022), Sociedad Z. La Rusia de Vladimir Putin (Báltica, 2022) y Rusofobia (Catarata, 2023).

José M. Faraldo

Lenin

Una vida para la revolución

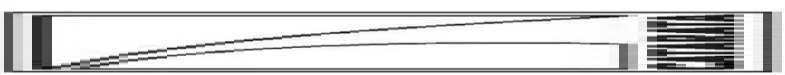

ilustración de cubierta: dimitri bisti

© José M. Faraldo, 2024

© Los libros de la Catarata, 2024
Fuencarral, 70
28004 Madrid
Tel. 91 532 20 77
www.catarata.org

Lenin.
Una vida para la revolución

isbne: 978-84-1067-012-9
ISBN: 978-84-1352-945-5
DEPÓSITO LEGAL: M-4131-2024
thema: DNBH

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

A la memoria de Pedro Jarillo (1933-2023),
luchador antifranquista

1. Introducción

Escribí la mayor parte de este libro en Berlín, en un apartamento del barrio de Moabit, frente al río Spree, a solo unos metros de la casa de Flensburger Strasse donde Lenin estuvo viviendo en 1895. Moabit era un barrio obrero por aquel entonces, lleno de fábricas, pero la calle donde vivió Lenin era —es— una típica zona de pequeña burguesía, al lado del Tiergarten, el parque más grande de la capital germana, que tanto gustaba al revolucionario ruso. En sus cartas desde Berlín, Lenin hablaba con fruición del barrio —el Kiez, como se dice allí— y de sus baños en el río y sus paseos por el parque. Lenin era en esencia un intelectual pequeñoburgués, amante del deporte y de las excursiones y caminatas, aunque frugal y austero si tenía que serlo. De cómo un abogado y periodista de provincias, europeo vagabundo, socialista transnacional, exiliado político y líder ocasional de una secta política casi insignificante llegó a convertirse en el fundador del primer Estado socialista de la historia y, a la vez, en el constructor de la quizá primera dictadura totalitaria del mundo, es de lo que trata este libro.

El lector o lectora se preguntará qué sentido tiene escribir una nueva biografía de Lenin cuando existen cientos, si no miles, de obras de todos los colores y todos los paños que se ocupan de forma total o parcial de la vida del líder socialdemócrata. Según un autor ruso, solo sobre la figura de Jesucristo se han escrito más libros que sobre Lenin[1]. Académicamente es difícil superar los trabajos de Robert Service y de Dmitri Volkogonov, que tuvieron ya a su disposición la documentación de los archivos rusos, prohibidos durante décadas. Las reconstrucciones más literarias de Victor Sebestyen y de Helen Rappaport son perfectas recapitulaciones de las novedades y hallazgos de los historiadores, que además enmarcan muy bien la vida de Lenin en su contexto histórico. También las biografías más antiguas como las de Christopher Read o Bertram D. Wolfe siguen siendo interesantes, aunque yo he echado también mano aquí a algunas de las más ideológicas publicadas en la URSS y que, si disculpamos la carga política, ayudan a discernir el orden y la sucesión de los acontecimientos. Para la cronología he seguido especialmente aquí —como

han hecho casi todos mis predecesores, aunque no lo reconozcan— a Hermann y Gerda Weber.

Falta hablar también de las fuentes. De los cientos de memorias y recuerdos de quienes tuvieron que ver con Lenin en algún momento, publicadas tanto fuera como dentro de la URSS, cualquiera puede extraer impresiones a la vez acertadas y contradictorias sobre su vida. Las *Leninianas* publicadas en la URSS me han sido de gran ayuda para establecer los hechos generales: hoy conocemos casi día a día los azares y trabajos de Lenin, en una forma tan detallada que no creo que haya líder mundial mejor estudiado. Y no olvidemos sus propias obras, bien publicadas y traducidas y fácilmente accesibles, así como lo son las correcciones hechas durante la glásnot gorbachoviana que recuperaban párrafos y fragmentos maltratados por la censura. Hay también extensas colecciones de documentos, de recopilaciones, de fuentes primarias publicadas y con comentarios explicativos. Y, además, los archivos rusos han estado a disposición de los historiadores en general hasta el comienzo de la invasión de Ucrania en 2022 y, en cierta medida, lo siguen estando, mientras que contamos también con archivos occidentales que, como los de la Hoover Institution en Stanford, ayudan a reconstruir aspectos concretos de la biografía. En la Hoover, por ejemplo, tuve la oportunidad de trabajar con el legado de la Ojrana, la policía secreta zarista, que vigilaba a Lenin en su periplo en el exilio.

Pero ¿por qué escribir por tanto una nueva y añadir más páginas a las que ya circulan sobre el líder bolchevique? La respuesta para mí es muy clara: porque hace falta una síntesis ligera y asequible que no esté contada desde un punto de vista políticamente correcto en sus dos versiones: a favor o en contra. El presente libro es un texto escrito por un historiador profesional, que lleva décadas trabajando sobre el tema, que sin duda tiene sus filias y fobias, pero cuya misión —su oficio— es el de reconstruir la realidad del pasado mediante las huellas que ha dejado en el presente. No estaremos exentos de prejuicios, pero no nos regodeamos en ellos. Lo hemos pensado como una síntesis que reconstruye con brevedad, pero espero que con integridad, la vida de una de las principales figuras históricas que marcó el siglo XX y que, a la vez, continúa influyendo en nuestro tiempo. Es un texto intencionadamente sobrio, que renuncia a juicios de valor, aunque no a la interpretación de los acontecimientos y acciones del individuo que se estudia. He intentado comprender a Lenin en sus propios términos, alejándolo de la paja del mito, para insertarlo en su momento y lugar. Eso no implica que no examine a la vez su terrible legado con ojos críticos ni que no sea capaz de vislumbrar en su trayectoria el germen de la tragedia y el crimen que fueron consecuencia de sus acciones. Sin embargo, he intentado huir de las interpretaciones más ideologizadas de la Guerra Fría y, sobre todo, de la época posterior a la caída del sistema que Lenin ayudó a construir. El anticomunismo banal de los "libros negros del comunismo" y, en nuestro país, de los Jiménez Losantos y similares, ha hecho mucho daño a la historiografía científica: más allá de su lícita opción moral y política, examinar la historia como si fuera un juicio de la

posteridad no añade nada a la comprensión de los hechos, sino que más bien la nubla, construyendo un mito, esta vez negativo. Por otro lado, la historia militante y defensora del bolchevismo tampoco sirve para analizar el pasado, sino que busca construir identidad entre quienes profesan una determinada ideología. Si para la práctica política puede tener su utilidad, como comprensión del devenir histórico resulta cínica y mendaz.

Pero que nadie se llame a engaño. No se trata de equidistancia. No se puede ser equidistante con quien contribuyera decisivamente a construir una dictadura terrible y a trazar los primeros diseños del totalitarismo como sistema. Pero se puede tener una firme posición humanista contra la violencia y el autoritarismo (bolchevique en este caso) y, sin embargo, explorar con sosiego el pasado para comprender el fenómeno histórico y su significado. Podemos y debemos extraer lecciones de ese pasado, aunque conviene tener cuidado con las analogías porque no siempre son reales.

Es por ello que esta síntesis intenta ser densa en la descripción de la vida de Lenin a la vez que ligera en su lectura. He intentado escoger lo más revelador —o eso pienso yo— de su biografía. He buscado también pasar de forma somera los episodios más conocidos y trillados, a cambio de ahondar en lo menos banal y visitado. El lector o lectora dirá si lo hemos conseguido.

Berlín/Madrid, enero 2024

2. El atentado

> La herida fue excepcionalmente grave. La bala que penetró en el pecho, lo inundó de sangre, desgarrando varios vasos. La bala que alcanzó el cuello pasó tan cerca de los vasos vitales (arteria y vena carótidas), que Vladímir Ilích durante los primeros días excretó esputo sanguinolento al toser[2].

Lenin había terminado de hablar en un mitin en la fábrica de armas Mijelson, en Moscú. Su discurso había sido vehemente y pasional, como siempre, aunque en esencia había repetido lo mismo que unas horas antes, en otro encuentro en un almacén de grano, en el barrio de Basmanny. Era el 30 de agosto de 1918. Los bolcheviques habían protagonizado un alzamiento contra la incipiente democracia rusa apenas diez meses antes. La guerra civil estaba comenzando. Si alguno de los demócratas, socialistas de izquierdas o anarquistas rusos había albergado todavía cualquier ilusión de que el nuevo régimen fuera a abrir el camino hacia una nueva sociedad y una democracia plena, se la habían arrebatado los acontecimientos de aquellos meses, como la disolución de la Asamblea Constituyente y la instauración de la dictadura bolchevique, protegida por la Cheka, la nueva policía política. La violencia, el hambre y las carencias se habían adueñado del país, al que ni siquiera el pacto de Brest-Litovsk con Alemania —una rendición en toda regla— había dado un respiro.

Lenin finalizó sus 20 minutos de arenga con las palabras "victoria o muerte". Se refería al combate contra lo que él denominaba "contrarrevolución". Tras la despedida de los obreros de la fábrica, Lenin, completamente solo, salió del edificio cruzando una puerta de dos hojas y anduvo unos 20 metros hasta el automóvil en el que había llegado, un Turcat-Méry francés de 1915, un coche artesanal muy caro y potente, del que no se sabe muy bien cómo acabó en Rusia. Una mujer que estaba allí de pie comenzó a increparle, quejándose del precio del pan. En ese momento, otra mujer se acercó con rapidez y apuntó una pistola con la que disparó tres rápidos tiros. Luego echó a correr. Uno de los guardias de Lenin la persiguió, pero, de pronto, la mujer se detuvo, se dio la vuelta, y se dejó capturar.

Esa mañana María, la hermana de Lenin, le había pedido que no dejara el Kremlin. Tenía miedo por él. La violencia en forma de atentados personales había ido creciendo en los últimos tiempos. Los socialrevolucionarios de izquierda (SRI), sus aliados, le desafiaban a diario. En el Quinto Congreso de los Soviets, las delegaciones de bolcheviques y las de socialrevolucionarios se

enfrentaron verbalmente. Pero mientras se estaba debatiendo, el 6 de julio, el SRI Jakov Bliumkin, un miembro de la Cheka, utilizó su influencia para pedir audiencia al embajador alemán, Wilhelm von Mirbach, y le disparó, acabando con su vida. Esperaba así que se creara un incidente diplomático y la Rusia revolucionaria se lanzara de nuevo a la guerra contra Alemania y exportara la revolución a Europa. Lenin, asustado porque esto podría hacer que los alemanes volvieran a intervenir contra su gobierno, ordenó prohibir el partido socialrevolucionario y mandó a Dzierżyński, el jefe de la Cheka, que detuviera al completo al comité central de los SRI. Cuando Dzierżyński llegó a la sede del partido, ocurrió lo contrario: los SRI le detuvieron a él. Lenin, consciente de lo difícil de su situación, encargó al jefe de los fusileros letones, Vācietis, que atacara la sede de los SRI y liberara a Dzierżyński. Vācietis lo consiguió. Lenin ordenó dar un escarmiento a los SRI. Fue el propio Dzierżyński quien disparó y asesinó a uno de los miembros de su comité central. Comenzaron así las persecuciones de los últimos aliados no bolcheviques de Lenin.

El día del atentado a Lenin, por su parte, a las 10:40, Jakov M. Sverdlov, el presidente del Vserossiiskii Tsentralnyi Ispolnitelnyi Komitet, el Comité Ejecutivo Central Panruso, anunció que se había disparado contra el líder. Sverdlov responsabilizó directamente del atentado al Partido Socialista Revolucionario. Independientemente de los resultados de la investigación, de la credibilidad y plausibilidad de la acusación, lo cierto es que los bolcheviques estaban deseando aprovechar la ocasión para atacar a sus principales rivales políticos en activo. Algunos años más tarde, en 1922, cuando los bolcheviques juzgaran en uno de los primeros juicios-espectáculo de la dictadura a la plana mayor de los SRI, los acusarían formalmente de haber instigado el atentado contra la vida de Lenin y aprovecharían para proclamar legalmente la culpabilidad de Fania Kaplan, que había sido ejecutada apenas unos días después del atentado, tras un brutal interrogatorio. Pero entonces, en agosto de 1918, todavía los SRI eran, al menos nominalmente, aliados suyos.

La investigación no fue hecha con demasiada eficiencia. Dejó demasiados cabos sueltos para un atentado que redujo de inmediato la actividad política del líder y aceleró su muerte con solo 54 años. Un atentado que, con toda seguridad, fue lo que permitió el ascenso de Stalin y la conversión de una dictadura de partido en el que fue quizá el primer régimen totalitario de la historia.

3. El héroe de los niños de la URSS

Cuando Lenin era pequeño,
Se parecía a nosotros,
En invierno llevaba *valenki*,
Llevaba bufanda y manoplas.
Y se cayó en la nieve más de una vez.
Le gustaba jugar al caballito
Y le gustaba correr y saltar
Y le gustaba jugar a las adivinanzas
Y al escondite.
Cuando Lenin era pequeño
Como tú y yo,
Le gustaba en el deshielo,
En un charquito,
Hacer navegar su barquito.
Como nosotros, sabía jugar,
Como a nosotros, le encantaba cantar
Era sincero y valiente
Así era nuestro Lenin.

Margarita Ilinichna Ivensen (1903–1977)

El Volga se abre gigantesco y verde al pasar por Uliánovsk, una ciudad rusa que hoy tiene más de medio millón de habitantes. No lejos del río, en lo alto de una colina, se eleva el complejo memorial dedicado a Vladímir Ilích Uliánov, llamado Lenin. Desde el memorial de Lenin se ve el puente Imperial y, a lo lejos, se vislumbra la otra orilla. Cuando Vladímir Uliánov nació el 22 de abril de 1870, Uliánovsk se llamaba Simbirsk y era una ciudad provinciana, capital de un *gobierno*, como se llamaba a las provincias en Rusia. Simbirsk había sido fundada como una cabeza de puente para impulsar la colonización hacia Siberia y el este ruso, y era considerada como la provincia más anticuada y reaccionaria del Volga. Cuando en 1924 murió Lenin, la ciudad pasó a llamarse con su apellido, Uliánovsk, una denominación que ni siquiera el hundimiento de la Unión Soviética y la pérdida de prestigio de su fundador hizo desaparecer.

En el complejo memorial —que contiene varios edificios alrededor de una gran plaza— hay una estatua de un Lenin niño con su madre. No es ninguna casualidad. Tras su muerte en 1924, el culto a Lenin se enfocó especialmente en los niños, a los que se les presentó el líder desaparecido como un modelo a seguir. Sobre todo, a finales del periodo soviético, cuando la revolución se había convertido en algo ajeno a la experiencia de la gente, la imagen de Lenin acompañaba al hombre desde la cuna hasta la sepultura. Desde su más tierna infancia recibían los niños medallas con la efigie del líder y se les instruía con cuentos e historias acerca de su extraordinaria capacidad

de trabajo y dedicación a la causa ya como infante. Que Lenin era capaz de leer a mucha velocidad, que cumplía con todas sus tareas sin rechistar, que poseía una impresionante clarividencia política ya desde el principio. Los niños formaban parte de la organización infantil de los Pioneros de Lenin, los *boy scouts* comunistas, y allí aprendían a sentirse orgullosos de la herencia leninista y a seguir su ejemplo. La continua alabanza del héroe pudo hacer que, en algún momento, la figura de Lenin resultara repelente y cansina. Pero dejó un poso de santidad que todavía resiste en Rusia y otros países postsoviéticos.

Lenin nunca olvidó su patria chica. Aunque no muy dado a la efusividad, a veces podía ser muy sentimental. Cuando en septiembre de 1918, durante la guerra civil, el Ejército Rojo conquistó la localidad, Lenin, convaleciente de las heridas de su atentado, envió un telegrama a los responsables diciendo que "la toma de Simbirsk —mi ciudad natal— es el mejor bálsamo y la mejor venda para mis heridas. Siento una afluencia inusitada de ánimo y energía. Felicito a los soldados rojos por la victoria y, en nombre de todos los trabajadores, les agradezco sus sacrificios"[3].

Lenin había nacido el 10 de abril de 1870 (el 22, según el calendario gregoriano), en un momento propicio para una Rusia que era potencia mundial, en un mundo en el que surgía el Imperio alemán y comenzaba la era de los imperialismos. Nada hacía pensar que su carrera le llevaría a liderar una revolución en un país destrozado. Durante los primeros años de su vida y, de hecho, hasta 1914 y el comienzo de la Primera Guerra Mundial, el Imperio ruso se transformó y modernizó a gran velocidad. Ni siquiera la europeización llevada a cabo por Pedro el Grande, que había vuelto el país hacia el oeste, cortando las barbas de la antigua nobleza medieval y abriendo esa ventana a Occidente que significaba la construcción de San Petersburgo como capital del imperio, había llegado a tanto. En contraposición a los estereotipos acerca del eterno subdesarrollo ruso, el imperio había abierto algunos espacios lo suficientemente amplios para que el capitalismo moderno se introdujera. Así, las ideas de progreso burgués, las ideas de imperio de la ley, de democracia burguesa, de liberalismo, pero también las de socialismo proletario y de anarquismo, se habían integrado en la vida intelectual de la sociedad rusa, al menos de las ciudades.

Tras la humillante derrota de Rusia ante Gran Bretaña y Francia en la guerra de Crimea (1853-1856), el zar Alejandro II (1818-1881, cuyo reinado comenzó en 1855) se vio obligado a realizar reformas para asegurar una modernización del Estado que superara las deficiencias reveladas por la guerra. Abolió la servidumbre en 1861, liberando a más de 20 millones de campesinos de unas condiciones no muy distintas de la esclavitud. Al mismo tiempo, el zar introdujo un sistema judicial moderno, reformó la fiscalidad, liberalizó en alguna media la censura y desplegó instituciones locales y regionales que, entre otras cosas, debían proporcionar escolarización en un sistema educativo ampliado a todos los niveles.

De este modo, aunque seguía estando por detrás del crecimiento de

Europa occidental, que se había disparado con la Segunda Revolución Industrial, la Rusia europea, que incluía a los territorios mucho más prósperos de las orillas del Báltico y de la Polonia rusa (la *Kongresówka*), había dado un enorme salto hacia la industrialización. Para 1913, la agricultura ya solo aportaba algo más de la mitad de la renta nacional del imperio. La población urbana de la Rusia europea se triplicó con creces en los 40 años anteriores al comienzo de la Primera Guerra Mundial. Entre 1863 y 1914, la población de la capital, San Petersburgo, aumentó de 470.000 a 2.118.000, mientras que la población de Moscú pasó de 462.000 a 1.762.000. Esta constatación, algo exagerada por él, iba a permitirle a Lenin desarrollar su idea de que el Imperio ruso estaba maduro para una revolución marxista.

Por otro lado, el imperio era enorme. Ni Siberia, ni Asia central, ni otras regiones no rusas se desarrollaron de la misma forma, aunque Bakú y otros centros industriales o de explotación petrolífera tuvieron un crecimiento importante. Y también es cierto que la sociedad rusa quedó marcada por la persistencia de las áreas rurales, y por una agricultura primitiva y poco financiada, que reposaba en un campesinado que, en muchos aspectos, seguía lastrado por las consecuencias de la tardía abolición de la servidumbre. La forma, insuficiente, de la liberación campesina había dejado al campo con enormes problemas sociales y con retardos importantes para su progreso. Pero poco a poco el capitalismo se había ido introduciendo también en el campo y las comunidades rurales —autoritarias, aisladas y de un comunitarismo agresivo para con el cambio económico y social— se iban desgastando y abriendo paso a la modernidad. De hecho, el paso de "campesinos a rusos", por parafrasear a Eugen Weber, se estaba dando con lentitud, pero con regularidad. Todavía una encuesta a niños moscovitas de principios del siglo XX mostraba que una buena parte de ellos no conocía su propio apellido ni patronímico, y muchos no sabían que vivían en Moscú. Pese a que posiblemente el aspecto exterior de estos niños, su idioma o sus costumbres tuvieran que ver con la imagen de "lo ruso", lo cierto es que todavía no había consciencia de nacionalidad compartida y su autorreconocimiento como individuos se establecía de otras formas, quizá el barrio, la pandilla, la familia…[4].

El analfabetismo era un gran problema, pero estaba retrocediendo. En 1897, el 29% de los hombres y el 13% de las mujeres del imperio sabían leer y escribir, lo que era similar a los porcentajes de la España de la época. Pero como demuestran las estadísticas del servicio militar, la alfabetización entre los reclutas del Ejército pasó del 19% en 1870 al 68% en 1913. Al mismo tiempo, en el albor de la Gran Guerra, más de tres cuartas partes de la población de San Petersburgo y más de dos tercios de la de Moscú habían dejado atrás el analfabetismo.

También la educación en general estaba creciendo con rapidez. Las escuelas primarias y secundarias pasaron de 955.000 alumnos en 1860 a 9.656.000 en 1914. Las universidades también se llenaron: de 8.500 estudiantes universitarios o de educación superior en 1860 se pasó a 127.000

en 1913. Además, la composición social también evolucionó, porque al filo de la Primera Guerra Mundial más del 20% de los que recibían una educación superior eran de origen campesino, cuando todavía en 1880 no alcanzaban más de un 3%[5].

Podría parecer que los problemas nacionales del gigantesco imperio fueran determinantes. Algunas autonomías específicas, como en Finlandia, algunas concesiones para integrar a los polacos —después de haber rusificado por entero la educación y la vida pública—, la mano dura en otros territorios, menos europeos, el *laissez faire* local en la mayoría de los lugares difíciles de controlar, hacían que, a la altura de 1914, el imperio no tuviera visos de desaparecer. En una situación de estabilidad es muy probable que ninguna de las nacionalidades hubiera tenido fuerza suficiente para derribar los andamiajes del imperio.

La violencia era omnipresente, pero, en comparación con otros países de su entorno, no muy distinta. La vida cotidiana estaba repleta de usos violentos —propios de una cultura patriarcal y rural—, pero uno podía viajar de San Petersburgo a Bujará, o digamos a Simbirsk, sin ser robado y asesinado por bandas de cuatreros como en la California del momento. La dificultad de las comunicaciones en los climas extremos y las distancias gigantescas no impedían un constante movimiento de personas, por mucho que la mayoría campesina siguiera tan pegada a la tierra como antes de la emancipación.

El principal problema del Estado ruso era, precisamente, político. La incapacidad del sistema imperial para comprender los tiempos en los que vivía era legendaria. El propio Alejandro II, pese a la enorme labor reformista, no dejó de mantener el poder absoluto que en teoría solo respondía ante Dios. La lenta marcha hacia un liberalismo de impronta europea se vio cortada de raíz por el asesinato del zar a manos de miembros de una secta revolucionaria, la Naródnaia Volia (la Voluntad del Pueblo). No era el primer atentado que se ejecutaba contra el emperador. Nihilistas y terroristas de diferentes condiciones habían perseguido al zar una y otra vez, con una saña y una constancia propia de iluminados, hasta que consiguieron darle muerte con un ataque coordinado y dos bombas. Esto supuso el fin de las reformas.

Su sucesor, su hijo Alexander III, aunque introdujo alguna modernización técnica, rechazó radicalmente los cambios liberalizadores e impulsó una centralización aún mayor y una represión más completa. Los problemas en el comercio exterior, por otra parte, llevaron a un fuerte aumento de los aranceles a la importación de bienes industriales procedentes de Europa. Según Trotski,

> las ideas del trabajo libre en la agricultura y del libre comercio exterior llegaron a su fin al mismo tiempo. Alejandro III restableció las condiciones semifeudales en interés de los terratenientes e introdujo aranceles protectores en interés de los industriales, que equivalían casi a una prohibición de las importaciones. El lema oficial del zar "Rusia para los rusos" significaba: nada de Occidente, sobre todo nada de ideas constitucionales; los cargos estatales para la nobleza rusa; el mercado interior para la industria rusa; el gueto para los judíos, la opresión de Polonia y Finlandia en interés del funcionario ruso y del comerciante ruso. La semirestauración de la servidumbre y la promoción del

capitalismo —dos procesos que corrían en direcciones opuestas— dieron como resultado conjunto la política económica de Alejandro III[6].

Un compañero de juegos de Lenin en Simbirsk, Mstislav Farmakovski, que luego se convertiría en famoso arqueólogo, explicaba cómo la política invadía también los juegos de los niños: "El final de los años setenta fue una época muy problemática, y recuerdo que una vez, en nuestro círculo infantil, yo, aficionado a dibujar y a contar en voz alta lo que dibujaba, exclamé 'Y van y matan al zar, y aquí vuela una pierna ¡una mano!'. La vieja niñera me detuvo con las palabras: '¡Qué dices, qué dices, señorito! Ahora hasta las paredes oyen…'"[7].

Las continuas represiones en un país que, por otro lado, no escapaba a los cambios, y que estaba bien entrelazado en lo social y cultural con el resto de Europa, hacía que los jóvenes se resintieran ante la falta de posibilidades y de oportunidades. Muchos hijos de nobles, de burgueses, de funcionarios, la llamada *intelligentsia* rusa, —los que sabían leer y escribir y tenían algún puesto oficial o un trabajo intelectual— se sintieron llamados a cambiar las cosas. La imposibilidad de hacerlo de forma organizada mediante un sistema liberal impulsó el recurso a la violencia. Esa implicación de los hijos de la *intelligentsia* rusa en la revolución entró pronto en la vida de Lenin. La organización clandestina Naródnaia Volia, a la que el éxito del atentado contra Alejandro II le había costado caro por la incrementada represión, preparó también el asesinato de su sucesor. La policía descubrió el plan y detuvo a los conspiradores, entre ellos a Aleksandr Uliánov, que era el hermano mayor de Vladímir Uliánov. El hermano de Lenin, junto con otros cuatro aspirantes a terroristas, fue ahorcado en mayo de 1887. Esto marcaría para siempre al futuro revolucionario.

Lenin en familia

Pocas cosas más transcendentales para Lenin que su familia, tanto en la que había nacido como aquella, un tanto peculiar, que luego llegaría a crear él mismo. Dado que su vida estuvo entregada a la acción política y que su intervención en la historia lo ha convertido en un mito, a menudo no se tiene en cuenta la importancia que tuvo para él la vida privada. Lars T. Lih demostró a través del análisis de sus identidades y seudónimos como "por razones tanto personales como oficiales, luchó por mantener una distinción entre Vladímir Ilích la persona y Lenin la institución política"[8]. La figura de su padre ayudó a diseñar su cultura del esfuerzo y el trabajo incansable; la educación de su madre y su constante guía y apoyo, incluso económico (él lo llamaba "ayuda filantrópica"), impulsaron toda su carrera; la sombra del hermano ejecutado sobrevoló toda su vida y le sirvió de ejemplo en todos los sentidos, hasta el de no recurrir al terrorismo, por sus consecuencias; sus hermanas fueron

guardianas, protectoras y activas revolucionarias, y no le dejaron nunca; su hermano superviviente, Dmitri, como médico, dedicó su carrera también a la revolución y escribió reminiscencias sobre su famoso hermano. Pese a su vida errante y ascética, pese a sus convicciones revolucionarias, Lenin fue un hombre profundamente familiar, que mantenía una abultada correspondencia con sus parientes en la que se entremezclaban las premuras de la vida cotidiana con las inquietudes políticas.

Su padre, Ilya Nikoláyevich Uliánov (1831-1886), que provenía de una familia de clase media baja (el abuelo de Lenin había sido siervo y luego sastre), era inspector de escuelas, un cargo que tenía prestigio y que les permitía vivir en una moderada abundancia. Pese a la situación de relativa pobreza de su familia, Ilya había tenido la posibilidad de estudiar y luego se dedicó a enseñar matemáticas y física en la ciudad de Penza. Su visión extremadamente cientificista de la vida —aunque era hondamente religioso— y su rigurosidad y severidad influyeron mucho en su hijo. Ilya, en Penza, se casó con María Aleksándrovna Blank (1835-1916), hija de un médico y descendiente de una familia acomodada de orígenes judíos y alemanes. María era una persona austera y seria, en las antípodas de la radicalidad de sus hijos, pero dedicó toda su vida a ellos, peregrinando a prisiones y cuarteles de policía, humillándose para pedir clemencia hacia ellos, acompañándolos en sus estudios, destierros y prisiones, y ayudándolos con su dinero siempre que era necesario. Fue su capacidad de ahorro la que salvó a los Uliánov cuando el padre murió de pronto de una hemorragia cerebral en 1886 y tuvieron que comenzar a depender de la pensión de él y la herencia de ella.

No hay duda de que la muerte de su padre, un hombre liberal moderado, que creía en la reforma del sistema, admirador de Alejandro II, profundo creyente y orgulloso de haber ingresado en la nobleza, fue uno de los factores que impulsó a su hijo por el camino del activismo político. Según el propio Lenin, fue en el verano posterior a la muerte de su padre cuando rompió con la religión. El niño había contribuido a portar el ataúd durante el sepelio, en una ceremonia en la que se había reunido la crema y nata de la ciudad. La familia, aunque rota por la desaparición del padre, era todavía parte de la élite provincial rusa.

Vladímir había crecido como un niño alegre, travieso y, al mismo tiempo, extraordinariamente inteligente, que sacaba siempre las mejores notas en el colegio, que aprendió a jugar al ajedrez y vencía a todos, que estaba acostumbrado a ser el mejor en lo que se proponía. El mismo Farmakovski describe a Lenin de pequeño como perspicaz y seguro de sí mismo, "un niño robusto y fornido de unos 10 u 11 años, de temperamento inusualmente vivaz. Vladímir Ilích era siempre el inspirador y el líder de todos nuestros juegos infantiles; estos juegos solían tener lugar en nuestra casa o, mejor dicho, en el jardín y el patio. Nuestro hogar era una pequeña casa de provincias en las afueras de Simbirsk, en la calle Kazán"[9].

Por su parte, los Uliánov vivían —después de algunas otras estaciones— en una casa que habían comprado en la calle Moskvá. Los recuerdos de Lenin

y sus hermanas en torno a aquella casa y, en general, de todo Simbirsk, eran casi idílicos. En las reminiscencias de sus hermanos o en las cartas que Lenin escribía con profusión, se encuentran rememoraciones de la naturaleza de la zona, de los manzanos, los cerezos, los campos poblados de ruiseñores, del río. Igualmente idílicos son los recuerdos de la casa de dos plantas en Kokúshkino (hoy día Lénino-Kokúshkino), en la gubernia de Kazán, que pertenecía a la familia de la madre. Allí pasaron los veranos hasta la muerte del padre y, cuando en 1887 Vladímir y su hermana fueron enviados al destierro por su actividad revolucionaria, estuvieron allí unos meses, que la familia recordaba también como una estancia en el paraíso.

La muerte del padre no tardó en ir acompañada de otra terrible desgracia. El 3 de marzo de 1887, el hermano de Lenin, Aleksander, que estaba estudiando biología en la Universidad de San Petersburgo, fue detenido por planear un atentado contra la vida del zar Alejandro III. Aleksander, que era un estudiante modélico y un científico prometedor, había estado envuelto en el plan de forma ocasional, pero había preparado tres bombas destinadas al atentado. Todos los detenidos por el complot confesaron y se les condenó a diversas penas. Cinco de ellos, entre otros el hermano de Vladímir, fueron condenados a muerte y ahorcados en la prisión de Schlüsselburg en San Petersburgo. Aleksandr se comportó con una rectitud y fuerza moral impecables, dando ejemplo de mártir por la revolución y el pueblo ruso. Al mismo tiempo, Lenin estaba preparando sus últimos exámenes del instituto, que terminaron dos días después de la muerte del hermano con la medalla de oro, es decir, el primer puesto de su promoción. Vladímir no supo de la muerte del hermano hasta después del examen, pero parece ser que le afectó mucho. Aunque la relación entre ellos había sido fría y distante, porque sus naturalezas eran muy distintas, el carácter de Lenin cambió por completo desde aquel momento.

También cambió la vida en la ciudad. Si hacía apenas un año, durante el entierro del padre, la burguesía y la clase media de Simbirsk habían arropado a la familia del prestigioso inspector de escuelas, lo cierto es que después del ajusticiamiento del hijo, todos les volvieron la espalda. El temor a la represión y el rechazo hacia la familia del terrorista les dejó aislados en la ciudad. La condena tuvo también repercusión en la carrera de Volodia, el joven Lenin. Pertenecer a la familia de un regicida en ciernes implicaba que se le impedía estudiar en la universidad, que se le cerraban las puertas de adquirir una profesión honorable.

Como cuenta Nadezhda Krúpskaya, la mujer de Lenin, en sus memorias, esto hizo que el joven sintiera repugnancia por la hipocresía de los liberales:

Todos los conocidos habían rechazado a la familia Uliánov, e incluso un viejo profesor, que hasta entonces había venido casi todas las tardes a jugar al ajedrez, había dejado de llamarle. Simbirsk no tenía ferrocarril en aquella época, y la madre de Vladímir Ilích había tenido que viajar a Syzran en un vehículo tirado por caballos para poder coger el tren a San Petersburgo, donde su hijo estaba encarcelado. Vladímir Ilích fue enviado a buscarle una compañera de camino, pero nadie quería ser visto con la madre de un

arrestado. Esta cobardía general, me dijo Vladímir Ilích, le había chocado profundamente en aquel momento[10].

La única persona que continuó apoyando a la familia en Simbirsk fue el director del instituto de Lenin, Fiodor Kérenski, padre de Alexander Fiodorovich, quien luego fuera prominente socialista y el último primer ministro del Gobierno provisional surgido de la Revolución de 1917. Kérenski se permitió escribir un informe entusiasta sobre Vladímir en el que, al mismo tiempo, intentaba alejar la sospecha de que el joven podría seguir el camino de su hermano.

Sus esfuerzos no sirvieron de nada. Lenin fue rechazado en las grandes universidades y la madre, agotada por el aislamiento en Simbirsk, vendió la casa de la calle Moskvá y se llevó a la familia a Kokúshkino. Llegaron a finales de junio de 1887. Allí estaba ya la hija mayor, Anna, que también había sido detenida junto con Alexander, aunque no tenía nada que ver con la conspiración. Al cabo de un tiempo, a Vladímir Uliánov se le permitió matricularse en la Universidad de Kazán, que era la capital de la región, y la familia se trasladó allí en otoño de 1887.

La felicidad familiar no debió de durar mucho. En un contexto de protestas estudiantiles por toda Rusia, estas también llegaron a Kazán. El 16 (4) de diciembre, Lenin tomó parte en una manifestación estudiantil en su universidad. Lo más probable es que no tuviera nada que ver con ella, más allá de participar de forma casi casual. Pero fue detenido al día siguiente en su domicilio y encarcelado durante días con varias decenas de estudiantes más.

Si aplicamos una mirada actual, podríamos pensar que la carga psicológica a la que se vio sometido aquel adolescente fue excesiva. En apenas unos meses murió su padre, su hermano fue ejecutado como terrorista, y los vecinos y amigos les dieron de lado. La vida de aquel muchacho cambió por completo. Tuvo que comenzar una nueva vida en otra ciudad distinta y en una universidad repleta de desconocidos. Y, por fin, como colofón a todo, le detuvieron por algo que, a sus ojos, con toda seguridad, no era demasiado grave. Soportar mentalmente todo ese proceso no debió resultar nada sencillo.

Vladímir fue expulsado de la universidad y desterrado, una práctica habitual en Rusia que era una pena administrativa y por tanto bastante ligera. Le enviaron a Kokúshkino, a su propia casa, donde, como su hermana Anna, estaría vigilado permanentemente por la policía del lugar. Allí vivió un año en la tranquilidad y melancolía del paisaje rural ruso, algo que luego él llegaría a echar de menos. Su hermana Anna describiría ese año como una época de retiro, en la que

> no teníamos vecinos. Pasábamos el invierno en completa soledad. De vez en cuando venía un primo a visitarnos, y a veces el jefe de policía del distrito aparecía para comprobar si yo seguía en el lugar y no estaba alborotando a los campesinos […] Vladímir Ilích leía mucho […] Además de su lectura, Vladímir Ilích se ocupaba de su hermano menor y salía de caza, en invierno con raquetas de nieve. Pero estos fueron sus primeros intentos de tiro, por así decirlo, y la caza no le reportó nada en todo el invierno[11].

No fue hasta un año más tarde, en octubre de 1888, que le dieron permiso para regresar a Kazán, y allí se trasladó la familia. En la capital tártara, rodeado de libros, comenzó su formación como marxista, relacionándose con un círculo de estudios organizado por Nikolai E. Fedoseev, aunque parece ser que Lenin no llegó a conocerlo personalmente. Fedoseev, un joven de apenas 18 años que ya gozaba de cierta fama de introductor del marxismo en aquella zona, terminaría luego suicidándose trágicamente en el destierro siberiano. Un círculo de estudios consistía entonces en poco más que una decena de personas que se reunían una o dos veces por semana, que solían leer un artículo de prensa o de revista, o un capítulo de libro, o escuchaban a uno de los asistentes presentar una exposición sobre temas filosóficos o políticos y luego discutían sobre ello. El círculo de Fedoseev terminó cuando a este le detuvo la policía en julio de 1889 por organizar una imprenta ilegal. Años después, Lenin escribía que: "En la primavera de 1889 fui a vivir a la provincia de Samara, donde a fines del verano me enteré de que habían sido detenidos Fedoseev y otros miembros de los círculos de Kazán, incluso del

círculo al que yo había pertenecido. Creo que, si me hubiera quedado ese verano en Kazán, sin duda me habrían detenido también"[12].

Efectivamente, para entonces Lenin y su familia ya se habían ido de Kazán. La madre de Lenin, que apenas podía mantener a los suyos con los magros ingresos de la pensión del padre, compró una pequeña finca y un molino en Alakaevka, un pueblo cerca de Samara, en el Volga central. La madre invirtió en aquel terreno su herencia y todo lo que había obtenido por la venta de la casa de Simbirsk. Su intención parecía ser que Lenin se convirtiera en terrateniente. El propio Lenin decía: "A mi madre le hubiera gustado que me dedicara a la agricultura. Empecé, pero pronto me di cuenta de que las cosas no iban bien. Las relaciones con los campesinos eran anormales"[13].

Lenin era incapaz de comprender cómo debía llevar aquel negocio. Su talento organizativo, que brillaría luego en la clandestinidad y en la construcción del sistema soviético, se deshacía ante las tretas y resistencias de los campesinos a su servicio, que eran mucho más bragados que él en la tarea de burlar el amo y aprovecharse de sus debilidades. Con la idea de ganar algo del dinero que no conseguía con los beneficios de la finca, Lenin puso un anuncio en la *Samarskaya Gazeta* ("El Periódico de Samara") ofreciéndose a impartir clases particulares. Poco tiempo después, en septiembre, incapaces de gobernar la finca, Ilích y su familia se trasladaron de Alakaevka a Samara.

Allí las lecturas de Lenin se hicieron decididamente marxistas. Al parecer, fue en Samara donde comenzó a leer *El capital* de Marx. Su libro de cabecera, sin embargo, será *¿Qué hacer?* de Nikolái Chernishévski, y que se puede considerar como la biblia de los revolucionarios rusos. Se trataba de una novela de mala factura, pero que presentaba un arquetipo de héroe revolucionario ascético, puro, dedicado solamente a la revolución. El libro contaba la historia de una joven burguesa que decidía huir de un mundo que detestaba y de un matrimonio arreglado y se volcaba en entregar toda su vida a la causa de la libertad del pueblo. El contenido era lo más alejado posible del marxismo: romanticismo revolucionario, voluntarismo social, ideología individualista de pequeñas cooperativas… Sin embargo, el libro impactó a Lenin como pocos y parece ser que lo leyó y releyó durante todo aquel verano. No fue el único. La influencia del libro sobre los distintos socialismos rusos —incluyendo a Tolstói, que redactó su propia versión de *¿Qué hacer?*— fue extraordinaria. La Revolución rusa —al menos en su impulso pasional y romántico— le debe más a Chernishévski que a Marx.

De hecho, el joven Vladímir mantuvo durante mucho tiempo sus simpatías hacia los *narodniki*, los populistas, los revolucionarios que consideraban que la violencia era un medio legítimo para derribar un sistema injusto y que habían desarrollado un socialismo ruso, muy sensible a las necesidades del campesinado. Los *narodniki* rechazaban buena parte de las consecuencias negativas de la modernidad, y querían evitarla apuntalando los aspectos socialistas que decían encontrar en la forma tradicional de la vida agraria rusa. Para ellos, la comuna campesina, el *mir*, y el taller cooperativo,

el *artel*, podrían ser la base para construir una futura sociedad socialista. Fue un populista ruso el que escribió al propio Marx para preguntar si, según su teoría, Rusia podría pasar directamente del feudalismo al socialismo sin tener que sufrir la fase capitalista. Marx contestó afirmativamente, aunque dando unas pautas específicas. Lenin, años después, dedicaría muchos esfuerzos a demostrar que Rusia ya había entrado en la fase capitalista, lo que le permitiría dar el paso a la revolución socialista.

A lo largo de los años noventa, en Rusia, el análisis marxista fue sustituyendo teóricamente al de los *narodniki* —en buena medida también gracias al trabajo infatigable de Lenin— pero la popularidad entre el campesinado, como demostraron en 1917 las elecciones a la Asamblea Constituyente, la mantuvieron los socialistas revolucionarios, sus sucesores. Aun así, no hay que olvidarlo, la cifra de miembros efectivos de todos estos partidos en la época de la juventud de Lenin era muy escasa: la mayor parte de la población estaba ausente de la acción política. Solo a lo largo de estos años comenzó a construirse un movimiento obrero todavía muy débil, pero que más tarde acabaría confluyendo con los revolucionarios marxistas teóricos.

Un joven abogado

Además de marxismo, durante aquel tiempo Lenin también estudió derecho con ahínco. Le habían permitido matricularse como externo en la Facultad de Leyes de la Universidad de San Petersburgo y durante el otoño de 1891 pudo realizar los exámenes. Los aprobó, por supuesto, y en enero del año siguiente ya pudo recibir su diploma. Esto abría nuevas perspectivas a su vida. Su intención era quedarse en San Petersburgo, pero otra desgracia familiar vino a cancelar sus propósitos. Vladímir estaba viviendo con su querida hermana Olga, con la que tenía una relación muy cercana. Pero Olga enfermó de tifus y murió en la habitación que compartían. Él estuvo a su lado hasta el último momento. Su dolor y el de su madre fueron tan terribles que Vladímir decidió volver por un tiempo con su familia, a Samara. De nuevo la provincia rusa, las cúpulas de cebolla junto a los grandes ríos.

Allí se unió a un círculo marxista en la primavera de 1893, pero parece ser que apenas participaba. O bien le parecía poco interesante o bien temía ser arrestado por una actividad política que le resultaba demasiado nimia y sin importancia. Su objetivo de convertirse en un revolucionario a tiempo completo le llevó a trasladarse a San Petersburgo en septiembre de 1893. No tenía más que 23 años, había asumido el marxismo como su doctrina de vida, que ya no le abandonaría nunca y al que dedicaría primero sus esfuerzos teóricos y organizativos y luego la tarea de ponerlo en práctica en un país destrozado por la guerra y la revolución.

Aunque Vladímir Uliánov había encontrado un puesto como ayudante del abogado M. F. Volkenstein, un próspero profesional liberal que no le imponía

demasiadas obligaciones, su dedicación favorita era la propaganda revolucionaria y la lucha contra el zarismo. Su actividad incansable y su dureza en los debates le hicieron destacar pronto dentro del círculo de los marxistas rusos. Con su doctrinarismo ya habitual, su nueva asumida creencia en el marxismo le llevó a que el objetivo principal de sus ataques fueran ahora los *narodniki*. A su crítica le dedicó Lenin numerosas conferencias en las que combatía lo que, desde su punto de vista marxista, resultaba un romanticismo poco "científico" y perjudicial para la causa de la revolución tal y como él la veía. También a ellos les dedicó su primer gran texto, *Quiénes son los "amigos del pueblo" y como luchan contra los socialdemócratas* (1894), en el que desplegaba ya su talento polémico que no dudaba en ridiculizar y denostar al adversario.

Ya desde el principio, el marxismo de Lenin se impregnó de las preocupaciones rusas y se enraizó en la tradición del país. Por ello prestó especial atención a la cuestión agraria, a los problemas del campo en la transición al capitalismo, y analizó todo esto teniendo en cuenta el contexto de represión zarista que era muy distinto del de los países de Europa occidental, cuya persecución a los movimientos obreros —que era también omnipresente — se realizaba, sin embargo, en marcos muy diferentes.

También en *Quiénes son los "amigos del pueblo"* describía Lenin por primera vez su fe en la transformación histórica inevitable: "Desde que apareció *El capital*, la concepción materialista de la historia ha dejado de ser una hipótesis para convertirse en una tesis demostrada con argumentos científicos".

Aunque a renglón seguido anticipaba la posibilidad de que se pudiera encontrar otro tipo de concepción de la historia, lo cierto es que zanja la cuestión, con una arbitrariedad que le es muy típica, diciendo que "el materialismo no es, 'en lo fundamental, una concepción científica de la historia', como piensa el señor Mijailovski, sino la única concepción científica de ella"[14].

Fue también en uno de esos círculos marxistas donde Lenin acabaría conociendo a quien llegaría a ser su mujer y compañera de viaje, Nadezhda Krúpskaya (1869-1939). Hija de un militar profesional que había sido despedido en desgracia, cuando este murió la madre de Nadezhda, Elizaveta (1842-1915), sobrevivía con algunos trabajos de oficina y algunas clases particulares. Elizaveta sería luego parte integrante de la extraña familia de Lenin, viviendo con ellos mucho tiempo, fueran a donde fueran. Aleksándr Potrésov, redactor del periódico *Iskra* con Lenin, luego menchevique, escribió que "en casa, Lenin era un modesto padre de familia, sin pretensiones y virtuoso, enfrascado en una guerra diaria, bonachona y a veces cómica, con su suegra, la única persona de su entorno inmediato que podía hacerle frente"[15].

Nadezhda era profesora, pionera integrante de la Naródnaia Volia y luego miembro del círculo marxista de San Petersburgo dos años antes que Lenin. Su figura ha quedado oculta por detrás de la su marido, pero ella misma fue una líder bolchevique de altura, extraordinaria organizadora y luchadora, y que

durante los años de exilio fue esencial para el mantenimiento del partido. Más adelante, en la época posterior a 1917 y hasta su muerte, participaría en la construcción del Estado soviético con energía. Trotski escribió sobre ella y su trabajo en la época del exilio que "entonces se encontraba en el centro de todo el trabajo de organización, recibía a los camaradas que llegaban de fuera, daba instrucciones a los que se marchaban, establecía los contactos, proporcionaba direcciones, escribía cartas y dirigía la sección de cifra"[16].

El papel de las mujeres bolcheviques en general ha sido poco reconocido pese a que, muy en la tradición rusa, en el movimiento revolucionario siempre hubo muchas mujeres que, además, eran activas por sí mismas y no eran relegadas, como pasaba en los movimientos occidentales, a seguir a sus maridos. Esto no evita que las actitudes tanto masculinas como femeninas de los revolucionarios rusos continuaran, en cuestiones domésticas, dentro del papel tradicional asignado a hombres y mujeres. Pero sin cuestionar la participación o incluso el liderazgo femenino en el trabajo político.

En cualquier caso, Vladímir, a quien otra mujer de su círculo marxista, Apolinariia Yakubova, le había dado calabazas, comenzó un romance —ciertamente cerebral y frío, al estilo revolucionario ruso— con Nadezhda. Esta contaba en sus memorias:

> Vi a Vladímir Ilích por primera vez durante la temporada de Carnaval. Se había decidido con el ingeniero Klasson, un respetado marxista de San Petersburgo, con quien había trabajado en un círculo marxista dos años antes, que organizara una reunión de algunos marxistas de San Petersburgo con desconocidos. Para disimular la naturaleza de la reunión, se organizó una cena de carnaval con blinis. Un momento que se me ha quedado grabado en la memoria. Estábamos discutiendo el camino que debíamos seguir. No había un verdadero consenso. Uno de los presentes —creo que era Shevlyagin— pensaba que el trabajo en la Asociación para la Educación Elemental era muy importante. Vladímir Ilích se rio de esto, y su risa sonó un poco maliciosa y seca[17].

En la primavera de 1895, Lenin enfermó gravemente de neumonía y se vio obligado a guardar reposo. Cuando se recuperó, llevó a cabo su idea de viajar por vez primera al extranjero, con la intención de establecer contacto con los marxistas rusos que habían emigrado, en especial el grupo Emancipación del trabajo. Esta organización había surgido del fracaso del intento de unificar a toda la oposición radical rusa, intento que se saldó con el enfrentamiento entre los populistas y los marxistas. Estos últimos crearon un grupo puramente socialdemócrata que, en principio, y ante las dificultades para ganar miembros, se dedicó tan solo a producir discurso marxista, ya fuera con traducciones de Marx y Engels o con intentos de adaptar las obras de estos a las condiciones de Rusia. El primer núcleo del grupo lo formaron Gueorgui Plejánov, Vera Zasúlich, Vasili Ignátov, Leo Deutsch y Pável Axelrod, todos ellos trascendentales para el desarrollo marxista en el imperio, pero que vivían en el exilio por distintas razones.

Este encuentro con Europa occidental fue decisivo para Lenin. Plejánov era por entonces la cabeza del marxismo ruso. De orígenes anarquistas, su

oposición al terrorismo lo fue desviando de la corriente principal del movimiento revolucionario ruso y acercándolo al marxismo, sobre todo desde que tuvo que exiliarse en 1880. Su posición de estrella del movimiento le llevó a adoptar una actitud paternalista con Lenin, quien se mostró abrumado por el encuentro con el gran teórico. Años más tarde, el discípulo acabaría por desplazar al maestro.

Lenin no solo visitó a los exiliados rusos en Suiza, sino que estuvo también en París y en Berlín, donde trabajó en las bibliotecas, contactó con los socialistas de estos países y aprendió acerca de las diferencias de su Rusia natal con los países europeos. También puso un gran esfuerzo en desarrollar su conocimiento de idiomas, sobre todo cuando descubrió, desesperado, que su nivel de alemán, del que estaba orgulloso, no le permitía comprender nada. Decía así en una carta a su madre:

Lo único malo es el idioma; entiendo mucho menos el lenguaje hablado alemán que el francés. La pronunciación de los alemanes es tan diferente de lo que estoy acostumbrado que ni siquiera entiendo los discursos públicos; en cambio en Francia entendía casi todo de esos discursos desde el primer momento. Anteayer fui al teatro, representaban *Los tejedores* de Hauptmann. Pese a que antes de ir leí toda la obra para poder seguirla, no pude captar todas las frases. De todos modos, no me desanimo; lo único que lamento es tener tan poco tiempo para estudiar a fondo el idioma[18].

A su regreso a San Petersburgo, impulsado por las experiencias vividas, Lenin contribuyó a fundar una organización, Liga de Lucha para la Emancipación de la Clase Obrera, que le llevó a ocuparse de forma más concreta y detallada sobre los problemas de los obreros. Escribió unos artículos para el primer número de la revista de la Liga, *Rabocheie Delo*, "La causa obrera", pero la misma noche del cierre de la edición, la policía detuvo a todos los líderes de la organización, incluyendo a Lenin.

Durante algo más de un mes, Lenin estuvo en prisión, donde fue interrogado repetidas veces. Su declaración ante la policía recoge muy bien las características más claras del cinismo político del que haría gala toda su vida. Proclamó que se declaraba inocente de pertenecer al Partido Socialdemócrata ni a ningún otro partido, que no tenía conocimiento de la existencia de ningún partido antigubernamental ni de haber participado en la agitación entre los trabajadores. Asimismo, decía: "Con respecto a las pruebas confiscadas durante el registro domiciliario, declaro que el llamamiento a los trabajadores y la descripción de la huelga en una fábrica estaban en mi poder por casualidad, que los recibí para su lectura de una persona cuyo nombre no recuerdo…"[19].

Lenin no pensaba convertirse en mártir como su hermano. Su actitud hacia la política era muy distinta: la moral no le importaba tanto como los hechos. O lo que él consideraba como hechos inalienables. Mentir a la policía era lícito, por supuesto, porque el objetivo revolucionario lo justificaba.

No parece que la prisión fuera demasiado dura: la familia podía visitarlo dos veces por semana, recibía paquetes de comida y libros, podía escribir,

enviar y recibir correspondencia. Como le comenta en una carta a A. K. Chebotariova, una amiga, "a los presos se les autoriza a realizar trabajos literarios: se lo pregunté especialmente al fiscal, aunque lo sabía de antemano (se autoriza a escribir incluso a los encarcelados). Me confirmó también que no se limita el número de libros que puedo recibir. Además, los libros pueden devolverse, lo que permite utilizar las bibliotecas"[20].

Fue aquí donde comenzó a trabajar en el manuscrito de *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, un libro que sería esencial para su visión de la acción revolucionaria en el imperio. El 10 de febrero de 1897 se le asigna un exilio administrativo de tres años y es enviado a Siberia. Comienza así el camino habitual de los disidentes rusos y entra de lleno en la vida del revolucionario profesional.

5. Del destierro al exilio

El destierro en Siberia ha llegado a ser uno de los grandes tópicos de la historia rusa, e incluso europea. La imagen de los deportados por el Imperio ruso recorriendo los caminos siberianos, volviendo demacrados a sus casas sin ser reconocidos por sus hijos o muriendo lejos de su tierra, como en el famoso cuadro de Jacek Malczewski *La muerte de Elena* (1883), se han mezclado en la imaginación popular con los deportados al Gulag estalinista, los campos de trabajo y los prisioneros sobre la nieve. Pero hay mucha diferencia entre ellos. Lo primero en las cifras: las deportaciones y destierros soviéticos registraban cifras que fueron creciendo de cientos de miles hasta millones —durante la colectivización, por ejemplo—, mientras que los zaristas eran apenas de unos miles hasta alcanzar el punto álgido de unos 10.000 al año al final del siglo XIX. La *ssylka*, el destierro administrativo o judicial de la época zarista, era una forma de alejar a los acusados de las grandes ciudades y de los centros donde tenían sus redes de contacto, y a la vez servía para poblar territorios poco habitados. Como pena de destierro administrativo, el destino no solo era Siberia —recordemos que al estudiante Lenin y a su hermana se los envió a su propia casa en Kokúshkino—, sino a cualquier parte del imperio[21]. Los envíos a Siberia —que solían ser por delitos más graves— mantenían formas bastante humanas: a los desterrados se les permitía correspondencia, visitas, contactos, la vigilancia policial se relajaba; se podía vivir de forma precaria, pero libre. Si el apoyo familiar o político —en el caso de los presos revolucionarios— lo permitía, la gente podía vivir con cierta normalidad. Esto se reflejaba en el hecho de que había incluso presos privilegiados a los que se les permitía viajar por su cuenta, sin escolta policial, si se pagaban ellos el viaje.

Gracias a la intercesión de su madre ante las autoridades, esto es precisamente lo que hizo Vladímir Ilích. Aunque parece que él quería esperar a sus compañeros, que no tenían tanta suerte —su camarada Yuli Mártov, como judío, fue enviado al norte, a un lugar mucho peor—, Lenin pudo ir primero a Moscú, donde pasó cierto tiempo, luego a Krasnoyarsk, donde tuvo que esperar a que le confirmaran su lugar de destierro. Allí le permitieron

investigar en una bien provista biblioteca privada, recopilando materiales para el que luego sería su primer libro famoso. Por fin se le asignó un lugar específico para el destierro. En una carta a su madre confirma su exaltación:

Estoy muy satisfecho del lugar al que me destierran (si los rumores se confirman, y no creo que sean falsos), pues Minusinsk y su comarca son lo mejor de esta región, tanto por el magnífico clima como por la vida más barata. La distancia hasta Krasnoyarsk no es muy grande, el correo llega dos o tres veces por semana… No espero poder salir antes de que se reanude la navegación, pues el deshielo y las crecidas primaverales están ahora en su apogeo, y la partida que se dirigía a Irkutsk ha debido quedarse aquí hasta mayo. Cuando se reanude la navegación podré ir a Minusinsk en barco"[22].

Efectivamente, pudo viajar, primero en barco de vapor, el San Nicolás, y luego en una carreta, hasta la localidad que se le había asignado, Shushenskoye, en la región de Krasnoyarsk, en la confluencia de los ríos Yeniséi y Shush. Cuando llegó allí, el 20 de mayo, comenzó un destierro que duró casi tres años, en una zona que estaba a 600 kilómetros del ferrocarril más cercano:

La aldea es grande, con varias calles, bastante sucias, llenas de polvo, tal como debe ser. Está en medio de la estepa, no tiene jardines ni, en general, vegetación alguna. Alrededor de la aldea hay… estiércol; la gente de aquí no lo lleva al campo, sino que lo descarga en las afueras, de modo que para salir de la aldea hay que atravesar siempre un determinado montón de estiércol. Al lado de la aldea pasa el riachuelo Shush, que ahora es poco profundo[23].

Sin embargo, el destierro no se le hizo cuesta arriba. Lenin, que era capaz de trabajar muy duro, tuvo toda su vida una enorme debilidad por pasar tiempo en el campo, por descansar, por las vacaciones sin nada que hacer más que pensar o, como mucho, leer. Le gustaba la caza, a veces la pesca, subir montañas y cruzar bosques. Para todo esto, la zona del Yeniséi era especialmente adecuada. La naturaleza siberiana es monumental y desbordante, los espacios inmensos y sobrecogedores.

En 1898, Nadezhda Krúpskaya llegó a Shushenskoye junto con su madre. La habían desterrado también a consecuencia del mismo caso y se la había asignado como lugar de exilio Ufá, la capital de Baskiria, pero a petición suya se le permitió sustituirlo por el pueblo donde había sido enviado Lenin. Cuando llegó, Vladímir no estaba y Nadezhda le preparó una broma. Él estaba regresando de una de sus expediciones de caza y se sorprendió de que hubiera luz en su ventana. El casero, aleccionado por Nadezhda, le contó que había sido un amigo suyo el que había provocado el desorden, llegando borracho y que había desordenado todos los libros. Lenin, enfadado, corrió rápidamente al porche y allí se encontró con Krúpskaya. Dado que Nadezhda venía acompañada de su madre, Vladímir Ilích se trasladó a un piso más grande y comenzó a vivir en familia. Ella y Vladímir Ilích tradujeron del inglés un libro del matrimonio británico compuesto por Beatrice and Sidney Webb sobre el sindicalismo, con el fin de ganar algo de dinero. Lenin tenía un subsidio del

Gobierno y los aportes circunstanciales de su madre, pero vivía de forma muy austera. Un aporte monetario no le venía mal.

El 10 de julio de 1898, Vladímir y Nadezhda se casaron en la iglesia local, por el rito ortodoxo, ya que el matrimonio religioso era la única forma que existía legalmente en Rusia. Antes del sacramento, como era costumbre en estos casos, los novios se confesaron y comulgaron; durante la ceremonia, dieron tres vueltas alrededor del altar, como es habitual en las ceremonias ortodoxas. Aunque como revolucionarios lo veían ridículo, para la ceremonia eclesiástica se necesitaban anillos. En ausencia de joyerías en aquel pueblo, uno de los desterrados, que había aprendido algo del oficio antes de que lo detuvieran, hizo dos alianzas con monedas de cobre. Luego se las quitaron de los dedos y no las volvieron a llevar nunca, aunque Nadezhda conservó la suya hasta su muerte.

En febrero de 1899 Lenin terminó su libro más importante hasta el momento, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. En él desarrollaba por primera vez una tesis que le serviría para construir su versión de la revolución marxista en Rusia. Dado que para una verdadera revolución marxista hacía falta que hubiera un régimen capitalista que superar, Lenin desarrolló la tesis de que en Rusia ya se había dado el paso hacia el capitalismo y se había abandonado el feudalismo. Esta idea sería a lo largo de los años otro de los puntos de fricción con marxistas más ortodoxos, que incluso encontrarían prematura la revolución desde arriba de Stalin. Lenin, en un juego de manos que se volvería habitual, escamoteaba el problema leyéndolo de la forma más conveniente para sus objetivos. El libro, en cualquier caso, era un texto de economía, lleno de cifras —algo que el propio autor sabía que le permitiría burlar la censura, poco interesada en obras indigeribles y sofisticadas—. El libro se publicó legalmente bajo el seudónimo de Vladímir Ilyin.

La vida transcurrió de forma apacible durante aquel tiempo. Entre leer, escribir y realizar las labores de la vida cotidiana, el tiempo fue pasando. El destierro de Lenin terminó oficialmente el 10 de febrero de 1900 y de inmediato se dirigió a Pskov, cerca de San Petersburgo, y que cumplía todas las condiciones previstas por su liberación: no tenía universidad ni era demasiado grande. Pero antes tuvo que pasar por Ufá, donde debía dejar a Nadezhda y a su madre, ya que a ella todavía le quedaban seis meses de destierro. Lenin estaba impaciente por volver a la vida activa y no se le pasó por la cabeza el quedarse con Nadezhda hasta su liberación.

Sin embargo, a Lenin le costó marcharse de Shushenskoye, porque por primera vez en muchos años había tenido la posibilidad de trabajar y escribir en paz y libertad, realizando las actividades de recreo en la naturaleza que tanto le gustaban. Desde sus años mozos, Lenin había encontrado placer en la caza, la pesca, la natación, el patinaje sobre los lagos helados y las excursiones por el campo y la montaña. Competitivo como era, no cejaba hasta subir a las montañas más altas o llegar a lugares muy complicados, y en aquel idilio rural siberiano, Lenin había sido feliz. También, por primera vez, Lenin no había estado solo, sino en compañía de Nadezhda.

Los tres años de destierro resultaron una preparación para lo que vendría después: completó su obra teórica más importante hasta entonces, intervino en la política del movimiento socialista a través de la prensa y de sus cartas, y recuperó la salud y las ganas de luchar. Fue en ese tiempo que la idea de crear un partido revolucionario fuerte y sólido se volvió una obsesión para Lenin.

También le había servido para comprender mejor el país en el que había nacido. Su hermana cuenta como "Vladímir Ilích salió del exilio no solo como un revolucionario con experiencia y una personalidad definitivamente cristalizada, que ya era una autoridad en la clandestinidad; no solo como un hombre que había publicado una obra científica, sino que, como resultado de tres años de vida en la espesura del campo, había reforzado su conocimiento del campesinado, la capa principal de la población rusa"[24].

Los avances de la revolución

Una nueva situación política se había creado mientras Lenin estaba en el destierro. En un congreso celebrado ilegalmente en Minsk, Bielorrusia, del 1 (13) al 3 (15) de marzo de 1898, se había fundado el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, el POSDR. Por fin los marxistas rusos tenían un partido que podía considerarse como tal, aunque las perspectivas no eran muy halagüeñas. A iniciativa del marxista Piotr Struve, varios grupos de diversas ciudades (Kiev, San Petersburgo, Vilnius) así como el Bund, la formación socialista judía, se reunieron y decidieron formar el partido. Sin embargo, los escasos delegados —nueve en total— no pudieron ponerse de acuerdo en los estatutos o el programa, tan solo publicaron un manifiesto escrito por Struve que sirvió para posicionar a los marxistas rusos en el escenario político. Por desgracia, casi todos los delegados fueron detenidos por la policía al poco tiempo. Las características autoritarias y represivas del sistema zarista impedían que se desarrollara una política constante, a la manera liberal, lo que conducía a los que querían cambiar las cosas hacia una ilegalidad que, a la larga, se revelaría fatal para la pervivencia del imperio. Es posible que, de no haber sido asesinado Alexander II, el sistema habría encontrado la posibilidad de evolucionar hacia un parlamentarismo que hubiera dado paso a una evolución y evitado la debacle total.

En cualquier caso, para Lenin, la existencia del partido era a la vez una promesa y una amenaza. Una promesa porque mostraba que su intuición de que Rusia estaba lista para el socialismo era correcta. Una amenaza porque esto estaba sucediendo sin su participación. Su ansiedad por el desarrollo de los acontecimientos le llevó de nuevo a enfrascarse en la lucha revolucionaria. Participó en reuniones en diversas ciudades, transportó materiales, quebrando a la vez su obligación de permanecer en Pskov. Pidió autorización para ir a Ufá a ver a Nadezhda, pero como no se la concedieron, se fue de todos modos. Al final, apenas unos meses después de salir del exilio, la policía le detuvo con

unas maletas llenas de materiales subversivos. Le retuvieron una semana, pero al final le permitieron exiliarse, quizá porque pensaban —con razón— que sería menos peligroso tenerlo fuera que dentro del país. En cualquier caso, la idea de salir al extranjero era algo que le rondaba a Lenin desde hacía tiempo. En una reunión con Vera Zasúlich, la revolucionaria exiliada que había entrado ilegalmente en Rusia, se decidió trasladar el grueso de la actividad propagandística del partido hacia el exterior. Lenin, como el resto de los líderes del movimiento, estaba convencido de que había que crear un periódico que sirviera de órgano al partido. A Lenin se le ocurrió el nombre de *Iskra*, "la chispa", que derivaba de un lema de los decembristas, los liberales radicales rusos que habían intentado proclamar un régimen constitucional siguiendo el ejemplo de España y la Constitución de 1812. A la larga, toda la historia del grupo en torno al periódico marcaría el futuro de la socialdemocracia rusa y de la revolución que surgiría de ella.

Porque Ilích era para entonces un socialdemócrata ruso, inspirado fundamentalmente en la socialdemocracia de Europa occidental, sobre todo en la alemana, la más poderosa y organizada, y la primera que consiguió grandes logros. Pero también era principalmente ruso, porque "su proyecto fundamental era ayudar a construir un partido en Rusia que se pareciera tanto a los partidos socialdemócratas occidentales como lo permitieran las condiciones y, cuando las condiciones no lo permitieran, cambiarlas mediante el derrocamiento revolucionario del zar"[25].

Fue también por entonces cuando Vladímir Ilích Uliánov, que había usado diversos seudónimos para sus escritos, decidió —no se sabe muy bien por qué— firmar como Lenin. Hay teorías que lo derivan del río Lena, en Siberia, donde años después tuvo lugar una tristemente célebre matanza de obreros, pero no hay una respuesta segura. En cualquier caso, se trató de un acierto: un verdadero *branding* político que convirtió luego su nombre, fácil de pronunciar en cualquier idioma, en referencia transnacional de un partido, un movimiento y una forma de pensar el mundo.

La época de *Iskra*

Cuando un joven Lev Davídovich Bronstein (mejor conocido como León Trotski) llegó a Londres en octubre de 1902, llamó a una puerta con un número determinado de aldabonazos, señal prevista para anunciar a los de dentro que quien tocaba era un camarada. Le abrió Nadezhda Krúpskaya, medio dormida todavía, tan temprano era. Lenin estaba todavía en la cama, le recibió con un gesto "afable pero perplejo". Trotski había entrado en la organización iskrista en Samara, con el nombre de "La Pluma" y tanto Lenin como Nadezhda sabían quién era, aunque no lo conocían personalmente. Trotski había huido de la cárcel y atravesado la frontera para llegar a Europa occidental. En los meses que siguieron, conviviría con los Uliánov y conocería

de cerca el mundo del grupo de exiliados rusos que habían cambiado por completo el discurso revolucionario de un imperio en ebullición.

Lenin había llegado a Londres tras un largo camino. Primero había viajado de Rusia a Suiza, donde convenció a Pável Axelrod y Gueorgui Plejánov, los maestros marxistas, de embarcarse en la publicación del *Iskra*, un diario obrero, y *Zarya* ("El amanecer"), una revista teórica de la que solo se publicaron cuatro números. Aunque la tensión con Plejánov, que se daba cuenta de que el discípulo le estaba sobrepasando, iba creciendo, Lenin consiguió que se aceptara su propuesta. Para Lenin era imprescindible la unión de todos los socialdemócratas rusos,

> y esa unión no puede ser lograda simplemente por decreto, no puede ser impuesta por acuerdo exclusivo de una asamblea, por ejemplo, de representantes; esa unión hay que crearla. Es preciso crear, en primer lugar, una literatura común de todo el Partido. Común en el sentido de que sirva a todo el movimiento ruso, y no a determinadas zonas; de que examine los problemas de todo el movimiento en su conjunto y contribuya a la lucha de los proletarios conscientes, y no solo los problemas locales"[26].

Iskra se convirtió así en el primer periódico socialdemócrata totalmente escrito en ruso. En la redacción figuraban los dirigentes del grupo Emancipación del trabajo (Plejánov, Axelrod y Zasúlich), así como Lenin, Yuli Mártov, Aleksándr Potrésov y, más tarde, Trotski. El periódico se imprimió primero en Leipzig, luego en Múnich y finalmente en Stuttgart. Cuando en 1902 el Gobierno alemán prohibió la publicación en su territorio, Lenin y la redacción se fueron a Londres, donde continuaron hasta que marcharon a Ginebra. Cuando más tarde, en 1903, llegara la división en el partido, la fracción de los mencheviques luchó por quedarse con el órgano. Lenin dimitió y con ello terminó la historia de la "vieja" *Iskra*. El periódico menchevique continuó hasta 1905 y hubo luego un intento de revivirlo en 1917, pero fue cerrado por los bolcheviques tras el alzamiento de Octubre.

Pero mientras duró el trabajo conjunto en la redacción, se trató de uno de los más provechosos equipos intelectuales del marxismo de la época. Una conjunción de periodistas y escritores que vivían gracias a los apoyos de algunos burgueses rusos comprensivos con la causa, así como de la solidaridad de los socialdemócratas de Europa occidental. Plejánov era un teórico, "brillante comentarista de Marx, maestro de varias generaciones, teórico, político, publicista, orador de renombre europeo y con relaciones europeas"[27]. Zasúlich, a la que "no solo su heroico pasado [la] colocaba en primer plano. No, era una mente perspicaz con una vasta cultura, ante todo histórica, y de una gran intuición psicológica", era una extraordinaria escritora y activista[28].

Lenin, por su parte, se enzarzó en una labor teórica y divulgativa a la que concedía la mayor importancia. Viacheslav Karpinski, un bolchevique de menor edad que trabajó junto con él en la redacción de varias de las publicaciones del partido, contaba cómo era su estilo de trabajo:

> Se han conservado muchos documentos sobre cómo Vladímir Ilích trabajaba en sus obras.

Normalmente, la redacción de un artículo iba precedida de un periodo de reflexión sobre el mismo, cuando aún estaba "en el tintero", como decía Vladímir Ilích. A menudo esbozaba un plan o un esquema de la obra. Entre los manuscritos de Vladímir Ilích hay muchos que están escritos sin una sola marca. Pero podía trabajar durante semanas en un manuscrito ya terminado[29].

Eran personas ya maduras, pero no se podía decir que fueran ancianos. Llevaban una larga trayectoria, toda una vida combatiendo por una causa que se les escapaba una y otra vez, en algunos casos con 20 o más años de exilio. Personas que habían dejado toda posibilidad de llevar una vida común y corriente, que malvivían en cuartuchos de mala muerte, hoteles y pensiones baratas, viajando constantemente para evitar las persecuciones. Todos ellos estaban bajo la atenta mirada de la Ojrana, que se había infiltrado tanto en el movimiento en Rusia como en las organizaciones del exilio. Apenas tenían más que su causa, en algún caso su pareja, quizá algún hijo.

En la emigración, la situación material de Vladímir Ilích no era particularmente buena. La remuneración por las obras publicadas legalmente era irregular y no siempre suficiente. Sucedió que a él "le faltaba dinero". Por ello Vladímir Ilích daba conferencias para ganar algo de dinero, y Nadezhda Konstantinovna daba clases o etiquetaba sobres para enviar a Rusia anuncios de empresas suizas. Por supuesto, esto solo daba como resultado unos pequeños ingresos… Uno se preguntará: ¿No podía el partido de Lenin crear al menos un mínimo de condiciones necesarias, al menos en aquellos tiempos difíciles? Vladímir Ilích opinaba que podía mantenerse a sí mismo con su propio trabajo, es decir, debía hacerlo[30].

Los números de la revista se publicaban primero una vez al mes y luego cada dos semanas. Una vez impresos —unos miles de ejemplares— se introducían en Rusia de formas muy diversas. En el propio país los números se reproducían en imprentas clandestinas y se redistribuían.

Los objetivos de *Iskra* eran muy concretos: impulsar el movimiento socialista en Rusia y defender el marxismo ortodoxo según Plejánov y Lenin. Pero para muchos de los más mayores, que llevaban tanto tiempo en la emigración y no tenían posiblemente fe en un regreso victorioso, lo cierto es que la edición del periódico era poco más que un intento literario y político, una forma de expresión. Lenin, sin embargo, estaba decidido a convertir aquella plataforma en un proyecto revolucionario que permitiera organizar un partido. En analogía a la Ojrana, Lenin pensaba en un partido clandestino, muy formado y centralizado, con unos pocos integrantes muy preparados y dispuestos. Estos debían convertirse en la vanguardia revolucionaria y dirigir la revolución porque, en su opinión, los trabajadores, dejados a su libre albedrío, tan solo eran capaces de desarrollar sindicatos. Esta teoría la expuso Lenin en un panfleto que tuvo una importante resonancia, *¿Qué hacer?*, donde además lanzaba la famosa frase "Dadme una organización de revolucionarios y pondré a Rusia patas arriba". Lenin proponía crear una organización de revolucionarios profesionales, personas disciplinadas y solo dedicadas a la revolución, que encarnaran un partido fuerte, centralizado, capaz de plantar

cara al autoritarismo zarista.

Es cierto que, como Lars T. Lih ha mostrado, el texto se escribió en el contexto de la lucha contra los "economicistas", es decir, los marxistas rusos en torno a la revista *Rabocheie Delo*, que consideraban que los trabajadores tenían que centrarse en obtener ventajas salariales y mejoras económicas, en vez de desarrollar una acción revolucionaria. Estos pensaban que esa estrategia evolutiva les permitiría llegar más pronto a un cambio social, pero para Lenin ello significaba traicionar la idea de revolución que, en su particular comprensión del marxismo, iba a ser el paso inevitable para sobrepasar el capitalismo.

Pero *Iskra* era también un intento de unir las dispersas fuerzas de los revolucionarios. Y Lenin tenía la obsesión de impulsar el movimiento revolucionario ruso hacia el objetivo que él creía mejor y más provechoso: una especie de ejército revolucionario que supiera cabalgar la ola de las masas que, según él, se estaban alzando contra el despotismo. Por eso se convirtió en algo extremadamente importante para él controlar el partido.

La época de *Iskra* fue un momento esencial para comprender la construcción de la socialdemocracia europea. Ginebra se convirtió en "la meca" de los revolucionarios rusos. Como contaba algún tiempo después Mikhail Vasilyev-Yuzhin, viejo bolchevique luego ejecutado por Stalin:

> Y aquí estoy en Ginebra, en la misma Ginebra en la que el primer grupo del partido obrero ruso (el grupo de la Liberación del Trabajo), donde se sentaron las bases de la escuela marxista y donde la *Iskra*, que iba a encender la llama del fuego revolucionario en el vasto país de la arbitrariedad burguesa y terrateniente; estoy en Ginebra, donde vive el extraordinariamente ingenioso y profundamente culto Plejánov, que tanto contribuyó a que yo y muchos otros camaradas nos convirtiéramos en marxistas. Y Lenin, aún poco conocido, pero extrañamente atractivo, me atrajo poderosamente por su energía, su pasión revolucionaria, su gran inteligencia y su ilimitada fe en la clase obrera[31].

Lenin y Krúpskaya, como los otros miembros de la redacción, se vieron obligados a trasladarse a los lugares a donde, sucesivamente, se iba desplazando la revista, ya fuera por consideraciones políticas, económicas o de seguridad. Así, Lenin pasó de Alemania a Inglaterra y luego a Suiza, aunque con sucesivos viajes a Francia o Bélgica, lo que le llevó a conocer de primera mano buena parte de Europa. Los vivos debates en la diáspora se mezclaban con los de los movimientos socialistas en los países en los que se vivía y de los que muchas veces se dependía para sobrevivir, material y moralmente. De este modo, Lenin se encontró con muchos de los principales líderes socialistas del continente. Y con personajes como Róża Luksemburg y Julian Marchlewski, dos intelectuales marxistas polacos que habían fundado el partido socialdemócrata en la Polonia rusificada, pero que eran parte esencial del movimiento socialista alemán. Con Luksemburg tendría Lenin una relación intermitente, a veces muy cercana, a veces enfrentada, con varias discusiones en las que la superior cualidad intelectual de la polaca dejaría maltrecho el pensamiento del ruso. Así, ella combatió con fuerza el "ultracentralismo" que

le achacaba a Lenin en su idea de organización del partido. Luksemburg previó buena parte de los problemas de la construcción de la sociedad soviética cuando analizó la idea de partido de Lenin, a la que consideraba de un "centralismo militar". Su análisis del camino hacia el que se dirigía el partido era, por entonces, muy claro y resultaría en el futuro bastante certero:

> Por un lado, las masas; por el otro, su objetivo histórico, situado fuera de la sociedad imperante. Por un lado, la lucha cotidiana; por el otro, la revolución social. Tales los términos de la contradicción dialéctica por la cual avanza el movimiento socialista [...] De ahí se desprende que la mejor manera en que puede avanzar el movimiento es oscilando entre los dos peligros que lo acechan constantemente [...] Uno es el peligro de retrotraerse al estado de secta; otro, el peligro de convertirse en un movimiento para la reforma social burguesa[32].

Esta discusión tuvo lugar en 1904, en el marco de los debates posteriores al II Congreso del POSDR, Dado que el llamado "primer congreso" no fue más que un encuentro anecdótico, era preciso convocar un segundo que sirviera para consolidar el partido y para hacer patente la evolución del movimiento revolucionario. El primer verdadero congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia fue por tanto el segundo. La reunión se inició en Bruselas en el verano de 1903, en un gran almacén. Lenin fue elegido vicepresidente, del presídium y de la comisión de credenciales en la primera sesión. En total había 43 delegados con 51 mandatos colectivos y 14 delegados con voz consultiva. La organización *Iskra*, con 27 delegados (y 33 votos), era mayoritaria, el Bund judío tenía cinco representantes, los economistas siete y había cuatro delegados que tenían seis votos y que no pertenecían a ninguna de estas organizaciones[33].

Pero las autoridades belgas estaban inquietas por tal reunión de peligrosos extranjeros y comenzaron a expulsar a algunos delegados, lo que hizo que se vieran obligados a trasladarse a Londres. La capital británica era un terreno favorable a Lenin. Las distintas facciones que habían contribuido a formar el partido estaban demasiado alejadas unas de otras en aspectos organizativos, ideológicos, políticos. Se notaba la absoluta falta de contacto con el movimiento obrero real del Imperio ruso, que estaba avanzando a ojos vista y que, en regiones más industrializadas y modernas, como la Polonia ocupada, tenía además otros fines, relacionados con la liberación nacional. Las discusiones y las disputas fueron amargas y despiadadas. Lenin maniobró con su radicalismo verbal para acorralar a la mayoría y conseguir brevemente el dominio. El 18 de agosto, los delegados del Bund y dos representantes de los economistas abandonaron, lo que cambió el equilibrio de la votación. De pronto, los que dominan el congreso son los partidarios de la línea dura de *Iskra*, encabezados por Lenin. Es en este momento, tras esta mayoría fortuita, cuando los partidarios de Lenin comienzan a denominarse bolcheviques (de *bolshetsvó*, mayoría en ruso) y los partidarios de Mártov, mencheviques (de *menshestvó*, minoría). Esa misma noche, después de la última sesión del congreso, se produjo la ruptura final entre los partidarios de Lenin, los

bolcheviques, y los de Mártov, los mencheviques. La ruptura entre los nueve iskristas de "línea dura" y los siete de "línea blanda" giraba, entre otras cosas, sobre quién debía ser elegido para el comité central. Como los bolcheviques habían quedado ahora con 24 delegados y los mencheviques solo con 20, en las elecciones de los días subsiguientes al comité central y al consejo del partido, los partidarios de Lenin, Krzhizhanovsky, Lengnik y Noskov, fueron elegidos para el comité central al tiempo que Lenin, Plejánov y Mártov resultaron votados para la redacción de *Iskra*. Mártov, sin embargo, renunció, lo que significaba en la práctica —el propio Lenin lo reconoció así— la división del partido.

Sin embargo, todavía quedaba un gesto simbólico que hicieron juntos. El 24 de agosto, Lenin y los delegados del congreso visitaron la tumba de Karl Marx en el cementerio de Highgate, sellando así el compromiso marxista del partido. La ritualidad marxista enlazaba con la liberal, que durante el siglo XIX había ido construyendo en torno a los grandes hombres y sus hechos las posibilidades del progreso de la historia.

En realidad, atendiendo a contactos, personalidades e impacto sobre la opinión pública, los mencheviques, dirigidos por Yuli Mártov, eran superiores. Ambos grupos llevaron a cabo encuentros para recomponer la unidad, pero no hubo consenso. El problema organizativo era importante. Suponía seguir el camino de un partido de masas, que navegara de algún modo la legalidad existente, o un partido militante y activista, que impulsara una revolución social, basado sobre todo en cuadros bien entrenados. Sin embargo, ambas estrategias podrían haberse combinado de alguna manera, sobre todo en un caso como el ruso, en el que no era fácil ni ampararse en la legalidad, por un lado, ni impulsar una revolución social ante unas masas que parecían impermeables a la propaganda de la "vanguardia" y cuyas fuerzas se desarticulaban una y otra vez. Lo que sucedía es que los disensos eran más producto de aversiones personales, de egos desatados y de enfrentamientos íntimos. Y de ambiciones sin fondo, como la de Lenin.

El congreso de Londres significó la ruptura entre muchos de los antiguos colegas, amigos y discípulos, como Trotski. También con Alexander Parvus, un judío ruso, convertido en socialdemócrata alemán, expulsado luego del partido y que se hizo millonario con la venta de armamento a Turquía. Su riqueza y su influencia sería luego esencial para el inicio de la Revolución de Octubre.

Era evidente que, para que una socialdemocracia prosperara, se necesitaba derrocar el zarismo y dar paso a libertades políticas. Los años anteriores al congreso habían visto un crecimiento de las protestas, desde la revuelta estudiantil de 1899 pasando por las huelgas de los ferroviarios en Georgia y las manifestaciones en Járkov en 1901, hasta llegar a la masiva celebración del Primero de Mayo de 1902 por todo el imperio. Esto parecía dar la razón a Lenin en su desesperada construcción de un pequeño ejército de líderes que supieran transformar las revueltas en una revolución.

6. La revolución llega. Y se va

Los años inmediatamente posteriores al congreso fueron los tiempos en los que, de forma más completa, se desarrolló la actividad periodística y combativa de Lenin. Sus numerosos textos fueron marcando el camino de un partido del que se había convertido en líder indiscutible. El prestigio de Lenin entre los marxistas rusos crecía sin pausa, aun cuando su trabajo no fuera especialmente novedoso. Lenin nunca fue un intelectual, sino un periodista y un activista. El ya citado Karpinski comentaba como "es sabido que Vladímir Ilích, siendo ya jefe del Estado soviético, en su cuestionario, cuando le preguntaban por su profesión, escribía: "periodista", "escritor". El propio Vladímir Ilích sentía un gran respeto por la palabra impresa y exigía la misma actitud a los demás"[34].

También años después, cuando se mudó a Cracovia y tuvo que dar cuenta a la policía austriaca de sus intenciones, Lenin escribió que era "corresponsal de *Pravda*, el periódico democrático ruso publicado en San Petersburgo, y de *Sotsial Demokrat*, el periódico ruso que aparece en París; estas son mis fuentes de ingresos"[35].

Sus artículos y textos eran siempre de segunda mano, aunque leyera todo lo que estaba a su alcance, con una meticulosidad rayana en la pedantería. Sus aportaciones más originales o interesantes siempre lo eran porque aplicaba los hallazgos intelectuales de otros a la práctica revolucionaria, creando un relato que, siendo muchas veces falso en lo factual, sonaba lo suficientemente convincente como para impulsar la acción.

Para entonces Lenin, disconforme con la línea de Plejánov, conciliadora con los mencheviques, decidió abandonar el consejo editorial de *Iskra* que pasó a ser un periódico de los partidarios de Mártov. Los bolcheviques corrían el peligro de ir deslizándose ahora cada vez más hacia convertirse en una pequeña secta. El propio Lenin se dedicó a enzarzarse una y otra vez en minúsculas disputas de salón, como intentando legitimar la división a la que su implacabilidad revolucionaria había llevado a la organización. Lenin atacó a los mencheviques, a los anarquistas, a los socialrevolucionarios (los

sucesores de los populistas), pero también al Bund, los judíos socialistas, e hizo imposible la colaboración a muchos de los nacionalismos socialistas de los pueblos del imperio, pese a su concesión a los separatismos como arma contra el zarismo. Pero para entonces parecía que la pedantería leninista en asuntos revolucionarios no resultaba más efectiva que las fantasías sangrientas del terrorismo populista: ambos apenas arañaban el sistema que decían combatir.

Es probable que Lenin y los suyos no hubieran sido poco más que una nota a pie de página de la historia del socialismo europeo de no haber sido por el proceso revolucionario en Rusia, un proceso al que los bolcheviques contribuyeron mínimamente, pero que supieron aprovechar muy bien.

El primer paso importante de ese proceso fue la Revolución de 1905, a la que quizá con mayor propiedad habría que denominar como "las revueltas de 1905", dado que el resultado de ellas no fueron cambios fundamentales del sistema, sino apenas una deslegitimación aún más profunda. La causa inmediata fue la derrota rusa en la guerra con Japón. El Imperio ruso se había enzarzado en una disputa territorial con el naciente Imperio japonés por Manchuria y Corea. En 1904, los japoneses habían atacado la ciudad de Port Arthur, en el extremo suroriental de Manchuria, que había sido ocupada por los rusos como parte de una política de acercamiento a China. La guerra no duró mucho y mostró la escasa preparación del Ejército ruso. La derrota fue rotunda e inesperada. Las negociaciones del armisticio, en las que mediaron los norteamericanos, sellaron la vergüenza del imperio de los Romanov. A estas alturas, la pérdida de prestigio de la monarquía era imparable. Solo unas reformas valientes y profundas podrían salvarla.

La situación económica del país se deterioró rápidamente debido a la recesión producida, entre otras cosas por los recortes obligados en el presupuesto del Estado, que no permitieron materializar los contratos tanto para el Ejército como para la finalización de proyectos estratégicos de expansión, como el ferrocarril. Si desde 1890 Rusia había alcanzado un proceso de industrialización rápido y bastante moderno en su formato, ahora esto se detuvo. El desempleo en los centros industriales aumentó, al tiempo que la agricultura se resentía por el hundimiento de la exportación. Toda la inestabilidad social que había ocultado el elevado crecimiento anterior comenzó a revelarse. Los grupos revolucionarios que ya existían tuvieron un crecimiento inesperado. Comenzaron las huelgas, en especial en la Polonia rusa y en Finlandia.

Fue en esta situación tan explosiva que se produjo el llamado Domingo Sangriento del 9 (22) de enero de 1905. Una manifestación pacífica en San Petersburgo, que se dirigía a presentarle al zar diversas peticiones, fue detenida con extrema violencia por el Ejército. El contexto en la ciudad era el de una huelga en la principal fábrica de la ciudad que se contagió a otras, así como a los astilleros. Durante la manifestación, el Ejército disparó a los manifestantes y causó más de 100 muertos. Esta masacre impulsó disturbios en todo el imperio. La furia popular se dirigió contra la nobleza terrateniente,

se ocuparon tierras, se declararon huelgas por doquier. Este momento coincidió con la existencia de un movimiento obrero sindicalista ya bastante organizado y de unos partidos revolucionarios no muy numerosos en general, pero con cuadros experimentados y decididos. La situación se había deteriorado tanto que hasta los liberales y los partidos demócratas veían en la monarquía un obstáculo al crecimiento económico y social del país.

El 10 (23) de enero, un día después del Domingo Sangriento, Lenin se enteró de los acontecimientos de San Petersburgo. Krúpskaya cuenta: "Vladímir Ilích y yo nos dirigíamos a la biblioteca y nos encontramos con los Lunacharski, que venían hacia nosotros […] La mujer de Lunacharski […] estaba tan excitada que no podía hablar […] Fuimos al restaurante de los emigrantes Lepeshinski. Queríamos estar juntos. Las personas allí reunidas apenas se dirigían la palabra, estaban tan excitadas"[36].

Lenin se sentó aquella tarde y escribió un texto en el que hablaba con fruición de lo que ya llamaba "Revolución en Rusia". Por fin parecía que su lucha cobraba sentido. El momento coincidió también con que los bolcheviques, después de una época de vegetar en la inoperancia, acababan de comenzar a editar *Vpieriod* ("Adelante"), un periódico que, financiado en parte por el escritor Gorki, simpatizante suyo, le dio a Lenin una plataforma donde exponer su estrategia. El artículo se publicó el 24 de enero, y pocos días después el cuarto número de *Vpieriod* llevaba varios artículos más de Lenin sobre el tema, en los que ya hablaba de los acontecimientos en curso como "punto de inflexión en la historia de Rusia" y exigía "que mientras tengamos que permanecer a tan maldita distancia, la situación sea presentada con exactitud"[37].

Poco después tuvo Lenin la posibilidad de hacerse una idea más directa de lo que estaba sucediendo en Rusia. El sacerdote ortodoxo Gueorgui Gapón, que había dirigido la manifestación del Domingo Sangriento y que había escapado de Rusia, llegó a Ginebra donde, entre otros, habló con el líder bolchevique. Krúpskaya nos cuenta muy gráficamente cómo se produjo este encuentro: "Ilích no encendió fuego en su habitación y se paseó de un rincón a otro. Gapón era una pieza viva de la creciente revolución en Rusia, un hombre íntimamente relacionado con las masas trabajadoras que confiaban en él de todo corazón, e Ilích estaba entusiasmado por este encuentro".

Para Lenin, que luego alabaría a Gapón en el congreso socialdemócrata e incluso lo citaría en algún texto, el sacerdote "todavía estaba envuelto en el aliento de la revolución. Al hablar de los obreros de San Petersburgo, ardía, hervía de indignación, indignación contra el zar y sus secuaces. Esta indignación tenía mucho de ingenuidad, pero era más directa. Esta indignación estaba en armonía con la indignación de las masas trabajadoras"[38].

Por entonces Lenin estaba esforzándose por construir su estrategia política para el nuevo congreso del partido que, en principio, tendría que impulsar la reunificación. Pero ante la situación de la revolución en Rusia, esa tarea meramente teórica se entremezclaba con la planificación del futuro de la

revuelta. El conflicto entre bolcheviques y mencheviques no había menguado; Lenin continuó en Suiza mientras otros, como Trotski, que ya había vuelto a Rusia en febrero de 1905, actuaban ya dentro del país. La principal preocupación de Lenin parecía ser la preparación del III Congreso del Partido en 1905 más que la revolución propiamente dicha. Los bolcheviques contaban entonces con unos 8.000 miembros en toda Rusia. Se necesitaba pues, para un partido que ya existía, una dirección política en tiempos revolucionarios.

En esta situación, en un texto preparatorio para el congreso y publicado en *Vpieriod*, "Nuevas tareas y nuevas fuerzas", Lenin desplegó por primera vez su tesis sobre "la dictadura *democrática* del proletariado y el campesinado" como objetivo de la revolución de 1905[39]. Leyendo a Marx de forma interesada, Lenin se saltaba ya la etapa de revolución burguesa y liberal prevista en los estadios de evolución histórica del marxismo y se atrevía a pensar en un cambio radical. Su proyecto de alianza con el campesinado fue muy criticado por los mencheviques, tildándolo de poco marxista.

Apenas un mes más tarde reafirmó su postura en otro texto publicado en el periódico y que fue de inmediato traducido a varios idiomas del imperio: "La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado". Todavía después publicó el panfleto *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, también ampliamente reeditado y leído. Toda esta labor teórica intentaba probar la idea de que la burguesía rusa era demasiado débil y retrógrada y que era incapaz de llevar a cabo una revolución burguesa y con ello traer el régimen liberal-democrático que sería el paso anterior a la transformación socialista. Por ello, esa fue la tesis innovadora que desarrolló Lenin: ha de ser una dictadura conjunta del proletariado y el campesinado la que impulse y acelere esa revolución burguesa. Resulta difícil entender hoy día por qué estos abstrusos debates causaron tantas enemistades entre los revolucionarios rusos, pero no debemos olvidar que, en esencia, se estaba discutiendo acerca de la cuestión del poder, de quién debía tener acceso al poder, y ello en un contexto de revuelta social real en el viejo país ruso.

La convocatoria del III Congreso en Londres fue seguida tan solo por los bolcheviques. Durante unas semanas entre abril y marzo de ese año de 1905, Lenin tuvo el campo libre para exponer sus estrategias revolucionarias, consolidar su visión del partido y celebrarse a sí mismo como líder indiscutible de los bolcheviques. El congreso le nombró además editor del nuevo órgano del partido, *Proletarii*, lo que le permitió seguir construyendo su doctrina. Aún más, Lenin comenzó una activa campaña entre el socialismo internacional para conseguir que los fondos que la Internacional Socialista destinaba a *Iskra* y los mencheviques le fueran enviados a él y a *Proletarii* como representante legítimo de los socialdemócratas rusos. La cuestión financiera había sido esencial para todos ellos. Los exiliados vivían en general de forma precaria, gracias a ayudas muy diversas y a magros honorarios de artículos publicados en revistas ignotas y poco agradecidas. De ahí que Lenin se aferrara a su nuevo poder político para retener todo el dinero posible.

Al mismo tiempo, Lenin comenzó a contemplar la lucha armada como

algo viable. Siempre había estado en contra del terrorismo, aunque nunca por razones morales, sino simplemente prácticas: como había comprobado por el caso de su hermano, la violencia individual no servía para cambiar el sistema y lo acababa reforzando. Se perdían las vidas de valiosos militantes que, de otro modo —y él lo sabía bien— podían seguir combatiendo la autocracia. Para él, el terror consistía "en tomar venganza en tales o cuales personas. El terror era una conspiración de grupos de intelectuales. El terror estaba desvinculado por completo del estado de ánimo de las masas. El terror no preparaba a dirigentes combativos de las masas. El terror era fruto —y también síntoma y acompañante— de desconfianza en la insurrección, de falta de condiciones para la insurrección"[40].

Pero ahora había una revolución en marcha. En Ginebra, Lenin se encontró con Gapón de nuevo, quien desde la masacre de los manifestantes pacíficos llevaba clamando que el único camino que le quedaba al pueblo ruso era la lucha armada. Ambos conversaron acerca de la entrega de armas y de cómo llevarlas a Rusia. Más adelante, Lenin urgió al comité de combate de Petersburgo a formar escuadrones de combate diciéndoles: "Me horroriza —te doy mi palabra— me horroriza comprobar que hace más de seis meses que se habla de bombas y, sin embargo, no se ha fabricado ninguna. ¡Formad inmediatamente escuadrones de combate en todas partes!"[41]. Muy pronto Lenin pasaba a proponer la creación de milicias armadas que portaran "fusiles, revólveres, bombas, cuchillos, puñales, palos, trapos empapados en queroseno para encender fuego, o escaleras de cuerda, palas para construir barricadas". Animaba también al "estudio de la ciencia militar" para preparar una verdadera guerra civil en la que los bolcheviques, liderando a los obreros, conquistarían el poder. Los bolcheviques —y no solo— comenzarían a organizar grupos armados, algunos de los cuales llevarían a cabo robos y asaltos con el objetivo de obtener fondos para el partido. Algunas de estas operaciones "confiscatorias" —como se las denominaba— resultaron en espectaculares y sangrientos asaltos a bancos y oficinas de correos.

Lenin llamaba a la insurrección armada precisamente cuando el zar, obligado por los acontecimientos y empujado por sus ministros, firmaba el llamado "Manifiesto de Octubre", que aceptaba la mayor parte de las reivindicaciones populares. El manifiesto prometía derechos civiles y libertades y un sistema parlamentario. Las huelgas y disturbios acabaron de forma inmediata. Solo en Moscú un levantamiento armado comenzado por los bolcheviques mantuvo todavía la tensión. El cansancio de los obreros era manifiesto, el resquicio de un cambio del sistema era saludado por casi todos. Las clases medias rusas, que estaban por la superación del zarismo, creyeron que llegaba por fin la tan esperada apertura liberal. También muchos obreros y no pocos campesinos, aunque la situación de la tierra no parecía reflejada en el manifiesto del zar.

Lenin reaccionó pronto al manifiesto imperial con un artículo que hablaba de "La primera victoria de la revolución" y que apareció en la revista *Proletarii*. Para él estaba claro que los acontecimientos impulsaban al país

hacia una revolución burguesa y que el odiado sistema zarista se veía obligado a ceder. Este era el primer paso en su objetivo final de una revolución socialista.

Tras la convocatoria de una huelga general, se formó un consejo de diputados obreros en San Petersburgo, que luego fue imitado en otros lugares. Los soviets (consejos) se convirtieron rápidamente en una ingeniosa invención que marcaría a partir de entonces la política revolucionaria del socialismo internacional. Se trataba de asambleas informales de trabajadores, de sindicalistas y de activistas políticos, sobre todo hombres (aunque había algunas mujeres), cuya tarea autoimpuesta era la de organizar la construcción de la revolución. Se formó tras una reclamación del Gobierno imperial que buscaba una interlocución por parte de los obreros. Los mencheviques y los socialrevolucionarios se unieron de inmediato, mientras que los bolcheviques tardaron más, por miedo a que el soviet cuestionara la tarea centralizadora del partido. El soviet duraría "50 días", en palabras de Trotski, uno de sus mayores protagonistas.

Regreso a Rusia

Pero Lenin, desde su lejanía en Suiza, ya no podía esperar más. Poco a poco, los revolucionarios rusos iban volviendo. Uno de los exiliados, S. Chapko, que apenas llevaba unos meses en Ginebra, se acercó a despedirse de Lenin.

> Dos habitaciones, una más pequeña que la otra, y una cocina americana. Una de las habitaciones es el estudio y dormitorio de Vladímir Ilích. Escucha que vuelvo a Rusia. Me mira con afecto, me anima gentilmente… Aquí llega Nadezhda Konstantinovna. Como secretaria del comité central, tiene que proporcionarme una "comparecencia" y un mandato. Me ofrece tomar una taza de té, —es por la tarde. Hablando de Rusia, a donde voy, no puedo recordarlo ahora, pero fue en octubre de 1905. La primera huelga ferroviaria de toda Rusia. Había mucho en lo que pensar para el líder revolucionario. Allí, en la lejana Rusia, los obreros estaban arrimando el hombro y preparándose para la huelga, —todo el mundo debía apresurarse a ayudar allí"[42].

Lenin tenía que contemplar por fin con sus propios ojos lo que estaba pasando. Las nuevas libertades le concedían la posibilidad de volver a Rusia. Lenin fue siempre muy cauto, casi miedoso podríamos decir, en su compromiso político. Solo se atrevió a regresar cuando sintió que no corría peligro de ser detenido. Inició su viaje a mediados de noviembre, primero por Estocolmo, donde hubo de esperar que se le dieran los papeles necesarios. Cuando los recibió, salió de la capital sueca el 18 de noviembre y, a través de Helsinki, llegó a San Petersburgo el 21 de noviembre de 1905.

Al día siguiente, Lenin presidió ya una reunión ilegal de funcionarios bolcheviques para discutir el programa del nuevo periódico del partido, que aparecería de forma legal en San Petersburgo. Se llamaba *Novaya Yizn*

("Nueva vida") y Lenin comenzaría una frenética actividad en él, lanzando iniciativas y perfilando su visión de la revolución en marcha. Pronto impulsaría la convocatoria de un IV Congreso del Partido. Esto coincidió con la publicación de un largo artículo dividido en varias partes, "La reorganización del partido", en el que Lenin apoyaba una democratización de la organización. Puede que esto fuera debido a que percibía la viabilidad de la democratización del Estado, con las primeras posibilidades de una cierta libertad de asociación y de prensa a las que podría seguir una acción más normalizada del partido, comparable a la de los socialistas europeos.

A estas alturas Lenin seguía siendo un socialdemócrata y es cierto que, pese a su visión centralista y violenta de la política, en un sistema más liberal es muy posible que el partido bolchevique hubiera seguido otro camino. La concesión de la Constitución de 1906, que consagraba la Duma, un parlamento, y que concedía unas ciertas libertades cívicas, convertía así a la monarquía autocrática en constitucional, aunque manteniendo al zar por encima de la ley. Lenin probablemente pensaba que esto ampliaría las posibilidades de realizar propaganda y agitación de forma legal, y progresar así en la construcción de un partido revolucionario y en el objetivo —ahora europeo— de la revolución mundial. Rusia entraría así en el círculo de las socialdemocracias del continente si se conseguía que el sistema se homogeneizara a los de su entorno, en esa extraña mezcla de fragmentos liberales y autoritarismo básico que caracterizaba a la mayoría de las monarquías europeas del momento.

Pero esto no fue así. El zar rompió sus promesas y muy pronto estuvo claro que no iba a haber avances decisivos hacia la democratización. Las dos dumas elegidas en sucesivas elecciones fueron disueltas por su "radicalidad", los partidos perseguidos, la censura iba y venía, a veces se prohibían publicaciones, a veces no. Poco a poco, el sistema zarista volvió a consolidar su poder, sin otorgar más concesiones.

Para entonces, Lenin había tomado pleno control sobre el partido en el interior. Él y Krúpskaya, que era la secretaria del partido, viajaron a finales de diciembre a Tampere, en Finlandia, para participar en la Primera Conferencia Bolchevique Panrusa (25-30 de diciembre 1905). En la conferencia se decidió, entre otras muchas cosas, boicotear la Primera Duma. Lenin había estado valorando en aquellos días cómo encauzar la cuestión del parlamento. Tal y como le escribió a Anatoli Lunacharski, para él, en un contexto revolucionario como el que estaban, el parlamentarismo era inútil. Lenin veía a la democracia liberal como una simple herramienta de propaganda, no como un fin en sí mismo. Toda su actividad de los meses siguientes iría encaminada a justificar el boicot a la Duma y la preparación de una insurrección. Es también en ese contexto que se desarrollaron encuentros, conferencias y publicaciones encaminadas a reforzar el partido a través de la reunificación con los mencheviques. La cuestión de la insurrección era rechazada en general por los mencheviques, mientras que Lenin y los suyos se empeñaban en ponerla en la agenda continuamente y en impulsarla allá donde tenían

mayoría.

En Rusia, Lenin siguió hablando de "guerra civil". Según él, la guerra civil estaba en "ebullición", porque la situación se desplegaba de forma muy distinta a la esperada: "Los acontecimientos han revelado totalmente el carácter ilusorio del manifiesto del 17 de octubre. Se han disipado las ilusiones constitucionales. La reacción actúa en toda la línea. La autocracia ha sido restablecida plenamente e incluso 'ahondada' con los derechos dictatoriales de los sátrapas locales"[43].

A lo largo del invierno de 1906, Lenin discutió en todos los foros del partido su idea de la preparación de una insurrección. No confiaba en las tácticas constitucionales y la colaboración con los partidos demócratas o moderados. Lenin decía que debían prepararse para la insurrección armada

> sin negarnos, desde luego, a utilizar todos y cada uno de los medios "legales" para ampliar la propaganda, la agitación y la organización, pero sin llamarnos a engaño respecto a la consistencia de estos medios y su significación. Debemos recoger la experiencia de las insurrecciones de Moscú, del Donets, de Rostov y otras, difundir el conocimiento de las mismas, preparar tenaz y pacientemente las nuevas fuerzas de combate, adiestrarlas y templarlas en una serie de operaciones de guerrilla [44].

En aquellos meses, Lenin se mantuvo en la clandestinidad, pero continuó siendo muy activo mediante sus publicaciones y su asistencia a reuniones del partido. A finales de abril y primeros de mayo de 1906, participó en el IV Congreso del POSDR (llamado "de reunificación") en la casa del pueblo de Estocolmo. Los mencheviques tenían 62 mandatos mientras que los bolcheviques solo habían podido conseguir 46. Pese a ello, Lenin fue elegido miembro del presídium y de la comisión encargada de redactar los estatutos. Dirigió varias sesiones y pronunció discursos acerca de la cuestión agraria, de la situación en Rusia y, por supuesto, sobre la posibilidad del levantamiento armado y su preparación. Aunque su prestigio hizo que parte de los estatutos adoptados lo fueran con su versión, lo cierto es que los mencheviques dominaban el congreso y solo cuatro bolcheviques, entre los que no se encontraba Lenin, fueron elegidos para el comité central, el máximo órgano del partido entre congresos. Al final, la reunificación resultó ser solo formal y las divisiones continuaron existiendo. Lenin prosiguió su tarea de líder de la fracción bolchevique, cada vez más con las características de un partido específico.

Pocos días después se produjo el primer baño de masas de Lenin. Bajo el seudónimo de Karpov, habló por primera vez en Rusia ante unas 3.000 personas en una reunión del club sociopolítico en la residencia de la condesa Panina en San Petersburgo. Tal y como describió Krúpskaya,

> Ilích estaba muy emocionado. Durante un minuto permaneció en silencio, terriblemente pálido. Toda la sangre le había llegado al corazón. Se vio de inmediato cómo la excitación del orador se transmitía al público. De repente, empezaron a sonar unas palmas estruendosas: los miembros del Partido habían reconocido a Ilích… Al final del discurso de Ilích, todos los presentes se sintieron embargados por un entusiasmo extraordinario.

En ese momento todos pensaban en la lucha que se avecinaba hasta el final[45].

Lenin había seguido trabajando en San Petersburgo y aparecía en las reuniones bolcheviques bajo nombres falsos. Pero la Ojrana tomó todas las medidas posibles para detenerle y Lenin, harto de la persecución, huyó a Finlandia a finales del verano de 1906. Allí vivió en Kuokkola, en la casa de campo de un camarada bolchevique. Seguía viajando ilegalmente a San Petersburgo para mantener su liderazgo del partido, intentando avivar la llama de una revolución que iba menguando.

Durante la primavera y el verano de 1906, Lenin volvió a hablar en otros mítines similares, bajo el mismo nombre de Karpov, por lo general consiguiendo atraer hacia los bolcheviques a la mayoría de su público, por su radicalismo y claridad de ideas. Lenin nunca fue un gran orador, basta con escuchar cualquiera de las grabaciones que quedan de él para advertir su voz un poco nasal, con problemas para pronunciar la erre, con una manifiesta incapacidad de entonar. Sin embargo, la forma en que desplegaba su pensamiento, sencilla y machacona, hacía que los oyentes comprendieran bien lo que expresaba. Esto le permitía ganarse a los obreros que le escuchaban, hartos de las complicadas florituras de otros políticos del momento. El antiguo bolchevique Solomon, que había tenido una buena relación con el líder, aunque luego huyera del país, contaba que:

Era un orador muy malo, sin una chispa de talento: hablaba, aunque siempre con suavidad y coherencia y sin buscar palabras, pero era aburrido, adolecía de una falta total de elevación y no captaba al oyente. Y si, a pesar de todo como ocurrió en Rusia tanto antes como después del golpe de Estado bolchevique, multitudes de personas le escuchaban atentamente y caían bajo la influencia de sus discursos, era solo porque por el hecho de que siempre hablaba con inteligencia y, sobre todo, por el hecho de que siempre hablaba de temas que de por sí fascinaban a su público[46].

También el escritor revolucionario Gorki —uno de los principales donantes del partido— narraba un mitin en el que

Vladímir Ilích subió al estrado y dijo con su voz gutural: "Compañeros". Me pareció que hablaba mal, pero al cabo de solo un minuto yo, como todos los demás, estaba completamente hipnotizado por su discurso. Por primera vez oí que alguien hablaba de las complicadísimas cuestiones de la política con tanta sencillez, tan fácilmente. No trató de retorcer frases hermosas, sino que ofreció cada palabra con la palma de su mano y desnudó su significado exacto con asombrosa facilidad. Es difícil expresar la inusual impresión que causó. Su brazo, extendido y ligeramente levantado, su mano que parecía sopesar cada palabra, desechando las frases de sus oponentes y contrarrestándolas con tesis de peso, pruebas de que era el derecho y el deber de la clase obrera seguir su propio camino y no ir detrás de la burguesía liberal, ni siquiera a su lado —todo esto era insólito y lo decía él, Lenin, como si no viniera de él, sino como si la historia realmente hablara a través suyo[47].

Gorki recordaba con estas palabras la aparición de Lenin en el V Congreso del Partido, que tuvo lugar de nuevo en Londres, del 13 de mayo al 1

de junio de 1907. Esta vez los mencheviques tenían mayoría y a los bolcheviques les costó influir en el desarrollo de las sesiones. Aun así, Lenin fue elegido para el comité central. No obstante, los partidarios de Lenin crearon un llamado "centro bolchevique", con él a la cabeza, que demostraba lo muy dividido que seguía el partido. También en aquel verano participó Lenin como delegado en el congreso de la II Internacional en Stuttgart, donde se aprobó la resolución que impulsaba a los socialdemócratas a combatir la guerra y a rechazarla, algo que se demostraría ilusorio cuando pocos años después estallara el conflicto mundial. Fue en aquel congreso donde Róża Luksemburg y él intimaron y colaboraron políticamente por primera vez. Aunque disintieran en muchos aspectos, en su internacionalismo estaban los dos de acuerdo.

Poco a poco, ya no pudo pasarse por alto que la revolución había sido derrotada. En el mes de junio el zar había disuelto la Duma, por considerarla demasiado avanzada, y se preparaban nuevas elecciones. Lenin se dedicó sobre todo a combatir la idea de los mencheviques y de la mayoría del partido de participar en ellas en colaboración con los liberales y democratacristianos. Aunque consiguió recabar el apoyo de los socialdemócratas polacos y letones, lo cierto es que su postura era minoritaria. Ahora Lenin encontraba razones para apoyar la participación en la Duma cuando el año anterior estaba en contra.

Sin embargo, ya no cabían más ilusiones. La policía perseguía a los bolcheviques, sus publicaciones habían sido ilegalizadas. Era necesario volver a exilarse, entre otras cosas, para trasladar la edición del órgano del partido, *Proletarii*, fuera de Finlandia, porque allí ya era imposible redactarlo e imprimirlo. La idea era que Lenin escapara a Estocolmo y esperara a Nadezhda, que todavía tenía que ocuparse de su madre, resolver una enorme cantidad de asuntos del partido en San Petersburgo y, solo entonces, seguir los pasos de su marido.

A todo esto, Lenin había huido de Finlandia de forma dramática, cruzando varios kilómetros de hielos no muy firmes que se resquebrajaban, para alcanzar un barco y evitar ser capturado. Logró escapar de la muerte por los pelos. Cuando Nadezhda se le uniera en el último día del año 1907, le contaría que "habría sido una forma de morir muy estúpida".

7. Un segundo exilio

La vuelta a la emigración resultó doblemente amarga. En octubre de 1907, Lenin —posiblemente barruntando ya su nuevo exilio de Rusia— le había escrito a un camarada recién emigrado palabras muy amargas sobre ello: "Además, es todavía más importante el que usted mantenga contacto con la organización en Rusia: entonces no carecerá de terreno allí. […] Solo quien logre asegurarse en el extranjero de un trabajo ligado a la organización rusa podrá protegerse contra el pantano de la aflicción, las querellas, el encono nervioso, etc. Esta 'vida en el extranjero' ha arraigado hondo en mi memoria, y hablo de ella partiendo de una profusa experiencia"[48].

La nueva emigración era, después de haber probado la miel de la acción política real en el país, una especie de derrota. Al volver a Ginebra, Lenin hablaba de venir "como si le fueran a enterrar". Ginebra ya no era la meca de los marxistas rusos, sino el lugar donde se certificaba el fracaso de su acción revolucionaria. Lenin y Krúpskaya habían perdido la ilusión y se dedicaban a pasear por la ciudad, a ir al teatro o al cine, a leer y escribir. También la relación con el resto de la comunidad de exiliados estaba trastornada: había razones para creer que la Ojrana estaba minando a los grupos de refugiados con informantes enviados expresamente desde Rusia. Por eso, Lenin y Krúpskaya apenas podían confiar más que en aquellos bolcheviques que conocían de la emigración anterior, como Grigori Zinóviev y Lev Kámenev.

Lenin se enfrascó en el estudio de la filosofía. Quizá para comprender qué estaba pasando con las nuevas corrientes del marxismo, el líder bolchevique se encerraba horas en las bibliotecas. Con estupor, Lenin se dio cuenta de pronto de que estaba surgiendo una nueva escisión dentro de la propia fracción bolchevique. Era un grupo que, bajo el liderazgo de Alexander Bogdanov, un brillante filósofo y científico, exigía la retirada de la Duma de los diputados bolcheviques. Al mismo tiempo, Bogdanov estaba impulsando un proyecto filosófico-científico de ampliación de la teoría del conocimiento marxista que intentaba conciliarla con la filosofía de Ernst Mach y otros filósofos positivistas del momento. Esta corriente fue ganando fuerza dentro del

partido, hasta el punto de que el propio Lenin se vio en minoría y comenzó a maniobrar para expulsar a Bogdanov, aún a riesgo de dividir de nuevo a los bolcheviques. Como soporte teórico a su crítica, Lenin escribió un tratado filosófico en el que, con su habitual estilo polémico y despectivo, ajustaba cuentas con Mach y Bogdanov. El libro estaba tan cargado de invectivas que su propia hermana, María, cuando leyó el manuscrito, le pidió que las redujera: "Muchos de los abusos deben ser eliminados o atenuados. Cielos, Volodek, hay una enorme cantidad en él [...] especialmente para un estudio de filosofía está atiborrado... Su parte central es muy convincente ... Pero *il ne faut pas outrer* [no hay que exagerar] ya que, créeme, toda exageración debilita el argumento"[49].

Materialismo y empiriocriticismo, terminado en octubre de 1908, no llegó a publicarse hasta mayo de 1909. Era un libro confuso, pleno de insultos, que hoy resulta extemporáneo por su pedante detallismo y sus reflexiones abstractas. Lenin pretendía desarrollar la teoría del conocimiento marxista, pero el resultado no era más que una síntesis de materialismo vulgar que defendía la existencia de una realidad externa y objetiva. Es evidente que Lenin se había refugiado en la tarea académica para escapar del sentimiento provocado por la derrota de la revolución.

El trabajo en el nuevo libro le había apartado de la redacción de *Proletarii*, al que había intentado insuflar nueva vida como herramienta para mantener el partido vivo. Tras la publicación —cuidadosamente orquestada— de *Materialismo y empiriocriticismo*, una reunión de la redacción expulsó a Bogdanov de la fracción bolchevique (no del partido). Tras ello, Lenin volvió a su hiperactividad. Ya era hora. Muchos antiguos compañeros estaban dejando la organización, como se quejaba él mismo en una carta a Gorki, aunque encubriéndolo con su típico triunfalismo: "La significación de la gente intelectual en nuestro Partido desciende: llegan noticias de todas partes de que los intelectuales huyen del Partido. ¡Puente de plata a esa canalla! El Partido se depura de la basura pequeñoburguesa. Los obreros ponen manos a la obra cada día más. Se acentúa el papel de los revolucionarios profesionales de entre los obreros"[50].

La melancolía de Lenin no duraría mucho. Su temperamento era ardientemente combativo. En la lucha encontraba fuerzas para seguir y legitimar su existencia. Había que revitalizar el partido. Tuvo la suerte de que los bolcheviques recibieron algunas donaciones de enorme entidad, en especial, la herencia de Nikolai Schmidt, un joven empresario, bolchevique, que había participado en la preparación de la insurrección de Moscú y que había sido torturado y asesinado por la policía zarista. El dinero de Schmidt llegó al partido a través de sus hermanas, a las que casaron con dos camaradas bolcheviques, en una extraña estafa al parecer diseñada por el propio Lenin. Los dos jóvenes bolcheviques no cumplieron del todo sus obligaciones después, y solo una parte del dinero fue enviado. Pero era lo suficientemente enjundiosa como para permitirle a la facción leninista de los bolcheviques la independencia económica. También les llegaba algún dinero de las

"expropiaciones" realizadas en el imperio. Sin embargo, resultaba difícil colocar en el extranjero los billetes robados. En alguna de estas operaciones participó Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, un joven georgiano de rostro picado por la viruela, exseminarista, al que pronto se le comenzaría a conocer por su seudónimo de Stalin.

Para entonces, Lenin y Krúpskaya ya se habían mudado a París. La capital francesa era por aquel momento el lugar al que todos iban, la verdadera capital de la cultura y la política. Los pintores, poetas y escritores de todo el mundo ocupaban las plazas y los cafés y departían hasta altas horas de la noche. También los rusos. Allí se encontraban poetas y artistas como Zinaida Gippius, Andrei Bely o el propio Sergei Diagilev, que había traído el arte del *ballet* ruso a Europa. También muchos revolucionarios habían llegado a la ciudad escapando de Rusia o de lugares de exilio menos agradables. La mudanza de Lenin, que tuvo lugar en diciembre de 1908, fue causada a medias por decisión del partido y a medias por la influencia de un allegado de la pareja, un tal doctor Zhitomirski, bolchevique desde el principio, pero que resultó ser un agente de la Ojrana. Zhitomirski convenció a Lenin de que en una gran ciudad iba a estar sujeto a menos vigilancia y menos peligro. Sin embargo, París era el centro de la policía secreta rusa en Europa occidental, donde estaba su mayor oficina y sus mejores redes entre el exilio. Fue una decisión errónea. Lenin y Nadezhda no entraron pronto en la agitada vida de la ciudad. No les faltaba dinero. Lenin tenía un sueldo del partido y los ocasionales *royalties* de sus libros, aparte de las aportaciones puntuales de su madre. Esto les permitió encontrar una vivienda agradable, pero Nadezhda y él no conseguían aclimatarse. Ambos acabaron por recordarlo como una de las peores épocas de su exilio.

Pero en París tuvo lugar también un encuentro que marcaría la vida de Lenin. A finales de mayo de 1909, tras un mitin en un café en Montparnasse donde se reunía la gente de izquierdas, Lenin conoció a una extraordinaria mujer, Inessa Armand. Inessa era de origen francés, aunque había pasado parte de su vida en Rusia, a donde le había enviado su madre para que la cuidara su tía. Casada con un hombre de buena posición, tras engendrar varios hijos, comenzó una relación con el hermano de su marido. Su curiosidad por el feminismo y el socialismo la llevaron a interesarse por la revolución. Fue detenida varias veces, deportada y, con ayuda de su marido, huyó a Francia para reunirse con su amante. Tras la muerte de este, decidió quedarse en Europa y estudiar economía. Fue por entonces que se encontró con Lenin, cuyas obras ya conocía.

Lenin y ella vivieron una turbulenta y accidentada relación de la que no tenemos demasiadas evidencias directas. Lenin pasaba mucho tiempo con Inessa, eran vistos en los cafés parisinos, compartían actividad en el partido, pero puede que también cama. Sin embargo, la relación de Lenin con Nadezhda prevaleció. Tanto Inessa como Nadezhda eran mujeres modernas, creyentes en la libertad de sentimientos y parece que Nadezhda hasta le propuso a Lenin separarse para que pudiera llevar una nueva vida con la

francesa. Pero a Lenin la lealtad y el trabajo de su mujer le eran más necesarios que el amor impulsivo y exigente de Inessa. Los tres acabaron por encontrar un punto de equilibrio. Durante años, formaron un extraño trío de revolucionarios profesionales unidos por lazos personales. Así explica Nadezhda que "durante horas caminábamos por los senderos del bosque sembrados de hojas. Normalmente íbamos en trío, Vladímir Ilích, Inessa y yo [...] A veces nos sentábamos en una ladera soleada, cubierta de arbustos. Ilích esbozaba esquemas de sus discursos, acertando con el texto, mientras yo aprendía italiano [...] Inessa cosía una falda y disfrutaba del calor del sol otoñal"[51].

Armand seguiría al lado de Lenin, como una fiel colaboradora, hasta su muerte en 1920. Aunque mucho se ha especulado acerca del carácter de su relación con Lenin, no parece que se tratara de una simple relación afectiva. Armand era una revolucionaria y feminista por sí misma, que no necesitaba de la condescendencia ni del patronaje de ningún hombre. Brillante y emotiva, creyente en el amor libre, es posible que se enamorara de Lenin, como demuestra la única carta suya de contenido íntimo que sobrevivió a la censura bolchevique:

¡Nos hemos separado, querido, nos hemos separado! Y duele tanto. Lo sé, lo siento, ¡nunca vendrás aquí! Al contemplar los lugares familiares, me di cuenta más claramente que nunca del enorme lugar que ocupabas todavía en mi vida aquí en París. De que casi todas mis actividades aquí en París estaban unidas a ti por mil hilos. Entonces no estaba enamorada de ti en absoluto, pero ya entonces te quería mucho. Incluso ahora podría prescindir de los besos; solo verte, hablar contigo a veces, sería una alegría, y no haría daño a nadie. ¿Por qué privarme de eso? Me preguntas si estoy enfadada porque "fingiste" la ruptura. No, creo que no lo hiciste por gusto[52].

Lo que sí es seguro es que fue la única mujer por la que el líder bolchevique demostró pasión y sentimientos y por la que se sintió libre de desplegar palabras de cariño en su correspondencia. Incluso la muerte de ella, durante la guerra civil en Rusia, fue con toda seguridad uno de los factores que aceleraron la enfermedad de Lenin.

Hay indicios de que la vida de Lenin en París no fue tan triste como sus biógrafos oficiales han intentado mostrar. Vivía en Montparnasse, el corazón de la bohemia parisina, donde la prostitución y el alcohol estaban muy presentes. Lenin atendía con asiduidad algunos de los cafés de los artistas y escritores más conocidos, relacionándose a su forma austera y dogmática con ellos —para quien era un "extremista aburrido"—. Jugaba al ajedrez con Apollinaire, hacía largas excursiones en bicicleta, paseaba con amigos rusos, y hasta es posible que frecuentara los prostíbulos. Todo ello parece difícil de congraciar con su estilo de vida dedicado en exclusiva a la revolución, pero no hay que olvidar que Lenin, incluso en los años después de la toma del poder en Rusia, era capaz de paralizar toda actividad política para tomarse unas largas vacaciones. Por tanto, sabía disfrutar de los placeres de la vida cotidiana.

A lo largo de los años siguientes, hasta el comienzo de la Gran Guerra, se

desarrollarían feroces luchas fraccionales entre los bolcheviques y entre estos y los mencheviques. Una vez expulsados de la fracción bolchevique, los partidarios de Bogdanov crearon su propio órgano de prensa, usando el viejo nombre de *Vpieriod*, y una escuela del partido. Al mismo tiempo, una disputa interna dentro de los mencheviques, entre quienes querían mantener el partido y quienes querían disolverlo y usar las posibilidades legales que la época posrevolucionaria en Rusia les permitía, incrementó la tensión. Para Lenin, tanto los partidarios de Bogdanov como los "liquidacionistas" mencheviques representaban el enemigo acérrimo. Los debates llegaban a veces a las manos e impedían una reunificación de unas organizaciones que, en esencia, se habían quedado muy disminuidas después del fracaso de la revolución. También Lenin creó una escuela de partido, en la que pudo por fin explayarse y agitar como le gustaba. A la escuela acudieron 18 estudiantes, casi todos emigrados rusos. Los estudiantes vivían en una casa que había alquilado Inessa Armand, y que había arreglado también las comidas con gente del pueblo. Lenin inauguró el curso explicando el *Manifiesto Comunista*, aunque seguiría hablando una y otra vez durante los tres meses que duró el curso, impartiendo más de 50 charlas. Inessa Armand le escribió en una carta que le había gustado mucho verle hablar en la escuela y es posible que fuera allí donde su relación se profundizara. En la escuela, sus charlas causaron cierta sensación. Pese a su falta de dotes oratorias, Lenin era capaz de convencer de sus posiciones a cualquiera.

En enero de 1910, Lenin se había convertido de pronto en el mero jefe de una pequeña fracción escindida de otra fracción del partido socialdemócrata. En el pleno del comité central en París, que incluía a miembros de los bolcheviques así como de los mencheviques, se tomaron decisiones que despojaron a Lenin de sus poderes. Por un lado, se ordenó el cierre del Centro Bolchevique y de la revista *Proletarii*, a la que se acusaba de fraccionalismo. Al tiempo, se trasladaba la dirección del partido a Rusia, con un consejo específico que tenía derecho a ejercer los poderes del comité central. Se exigía también que los sustanciales fondos de la fracción bolchevique (los obtenidos de la herencia de Schmidt) fueran administrados por un grupo de fideicomisarios no rusos —Karl Kautsky, Franz Mehring y Clara Zetkin— en nombre del comité central del partido. Lenin había sido derrotado por completo.

Como le escribió a Gorki algo después,

> en el Pleno del CC ("el Pleno largo", ¡tres semanas de angustias, todos los nervios crispados!) a estos factores serios y profundos, que no todos, ni mucho menos, reconocieron, se sumaron otros, pequeños y mezquinos, un espíritu de "conciliación en general" (sin una noción clara de con quién, para qué y cómo), más el odio contra el Centro Bolchevique por su implacable lucha ideológica, más las intrigas de los mencheviques, que deseaban armar escándalo, y como resultado salió un niño cubierto de pústulas. Y ahora tenemos que sufrir. O —en el mejor caso— abrimos las pústulas, se deja salir el pus y curamos y criamos al niño. O —en el peor de los casos— el niño muere. En esas circunstancias, viviremos algún tiempo sin niños (es decir,

restableceremos la fracción bolchevique) y luego haremos nacer una criatura más saludable[53].

En agosto de 1910, Lenin viajó a Copenhague para participar en el VIII Congreso de la Internacional Socialista. La socialdemocracia europea era una fuerza internacional extraordinaria que, mediante su participación en la política parlamentaria, su construcción teórica y propagandística y la lucha cotidiana, estaba consiguiendo influir en la modernización del continente. Lenin y los suyos, pese a toda su radicalidad, o quizá precisamente por ella, estaban inmersos en aquella corriente transnacional de transformación social y política.

La cuestión rusa estuvo muy presente en el congreso, con la participación de muchos de los más destacados socialdemócratas rusos. La cuestión de la reunificación del partido estaba a la orden del día, aunque no progresó de ningún modo. A instancias de Lenin, entre otros, se valoró la eficacia del cooperativismo como herramienta de cambio y se animaba a los socialistas a impulsar el movimiento cooperativo. El interés de Lenin por las cooperativas se desarrollaría mucho más tarde en su concepción del sistema soviético, aunque ya inserto en una formulación obligatoria y forzada.

En el congreso se debatió también en profundidad el problema de la posible guerra entre las grandes potencias europeas, una amenaza que parecía cada vez más posible de convertirse en realidad. En el congreso anterior, en Stuttgart en 1907, se habían promulgado algunas resoluciones para parar una eventual guerra que ahora se discutían y se querían reformar. El ala izquierda en torno a Édouard Vaillant y Keir Hardie proponían el reconocimiento de la huelga general como medio decisivo para evitar la guerra, aunque se enfrentó con la resistencia de otros sectores —los bolcheviques entre ellos, por diversas razones—. Las resoluciones llamaban a intentar desactivar el militarismo y la guerra a través de no conceder los fondos necesarios en los parlamentos, así como para intentar que los conflictos y problemas fueran llevados a tribunales de arbitraje internacional. Los partidos socialistas se comprometían a coordinarse para intentar parar cualquier posible guerra. De poco valdrían estas resoluciones cuando, apenas un lustro después, comenzara de verdad el conflicto.

Tras el congreso, Lenin viajó a Estocolmo. Había conseguido convencer a su madre de que pasara unos días de vacaciones con él allí. Fue la última vez que estuvieron juntos. En muchos aspectos, Lenin era un verdadero europeo. Durante esos años viajaba constantemente por el continente, dando charlas, participando en reuniones y congresos, dirigiendo los asuntos del partido en la emigración o, como hemos visto, simplemente de vacaciones. Lo mismo podía visitar a Gorki en Capri, en la costa italiana, para pescar y jugar al ajedrez con Bogdanov, que acudir a Copenhague al congreso de la Internacional Socialista o a dar una charla en la casa del pueblo de Leipzig.

Poco a poco, el partido se iba recomponiendo, mientras en Rusia el movimiento socialista volvía a crecer. Una huelga en las minas de oro junto al

río Lena, en Siberia, fue respondida con violencia y murieron al menos 200 obreros. Esta masacre hizo incrementarse la resistencia al sistema zarista. Los socialdemócratas decidieron trasladar el centro de gravedad del partido al interior del país. Por ello, percibiendo tiempos nuevos, en junio de 1912, Lenin y Krúpskaya se trasladaron a Cracovia, que por entonces era parte del Imperio austrohúngaro y se encontraba mucho más cerca de Rusia. Allí disfrutaban también de mayor libertad, entre otras cosas porque los austríacos recibían con los brazos más o menos abiertos a quienes consideraran peligrosos para el Imperio zarista y los polacos odiaban al zar y no estaban predispuestos a colaborar con su policía. Las circunstancias especiales de Galitzia, región de Cracovia junto a la frontera con el Imperio ruso, favorecían una mayor cercanía al movimiento en Rusia. Desde allí se podía contactar más fácilmente con San Petersburgo y Moscú, se recibían más pronto los periódicos y noticias, incluso se podían recibir visitas del interior de forma más sencilla. Así, por ejemplo, los diputados socialdemócratas de la Duma podían visitar con cierta regularidad a Lenin y su comité central para recibir instrucciones. Además, para Lenin también había otra ventaja: Polonia tenía una cercanía cultural mayor con Rusia, se sentía por primera vez cerca de casa, "casi en Rusia".

Junto con Sergó Ordzhonikidze, un bolchevique georgiano que había huido de Rusia y de la deportación a Siberia, Lenin dedicó mucho tiempo a organizar, en enero de 1912, la VI Conferencia del Partido en Praga. La forma y el lugar en que se convocó la conferencia permitió que solo participaran bolcheviques. Esto enfureció a los mencheviques y Trotski organizó otra conferencia rival en Viena. Los propios participantes en la de Praga criticaron a Lenin por su fraccionalismo, más todavía teniendo en cuenta su consigna de participar en las elecciones y de ejercer trabajo político legal. Pero Lenin consiguió al final lo que quiso. Los apenas 18 delegados eligieron un comité central casi exclusivamente de bolcheviques que, reclamaron, había de ser vinculante para todo el partido. Esto impulsó aún más la división de la organización. Hasta los informes de la Ojrana mantenían que Lenin era su mejor baza para desmantelar el partido socialdemócrata. La constante acción separatista y divisiva de Lenin, que él pensaba como algo indispensable para mantener un partido a su imagen y semejanza, fue mortal para la socialdemocracia rusa. En vez de crecer como en Alemania o Escandinavia —o incluso España— hacia un partido de masas que asumiera la democracia liberal como método y sirviera para estabilizar a la larga el país y modernizarlo, el incansable faccionalismo y las interminables diatribas leninistas lo condujeron a la disgregación y al mantenimiento de un extremismo fuera de época. La desgracia de Rusia comenzó probablemente allí. De hecho, tras Praga, su grupo surgió como un partido que cinco años más tarde tomaría el nombre oficial de Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolchevique). Con ese nombre, el partido de Lenin daría el golpe de Estado que llevaría a la autocracia bolchevique a partir de 1917.

El cambio de opinión de Lenin con respecto a la participación de su

partido en las elecciones a la Duma —totalmente incongruente con su faccionalismo— coincidió con una relajación de la censura. A los bolcheviques se les permitió editar un periódico legal dentro de Rusia: el *Pravda* ("La Verdad"). El periódico tenía una historia más larga, pues había sido editado en Viena como órgano del partido y, por tanto, introducido ilegalmente en Rusia. Tras la conferencia de Praga, los bolcheviques —que ya constituían la parte dura de la redacción— decidieron tomarlo como suyo y trasladar la edición al interior del país. Publicado en San Petersburgo, salió en mayo de 1912 y sobrevivió con muchos problemas hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. Formalmente, los editores eran el departamento exterior del comité central, es decir, Lenin, Zinóviev y Kámenev. Como la censura intervenía a menudo, sufrió constantes cambios de nombre mientras que sus periodistas eran detenidos a menudo. Fue un verdadero éxito, porque mezclaba noticias expresadas de forma sensacionalista y artículos políticos que, por lo general, eran moderados en su contenido. Lenin se mostró muy satisfecho del periódico, aunque no controlaba la redacción y, de hecho, muchos de sus artículos más extremistas eran ignorados y no acababan en la imprenta. Pero tanto su pasión de periodista como su ociosidad como exiliado se llenaban con la participación en la publicación.

Uno de los asuntos más turbios de la época fue el de Roman Malinowski, antiguo menchevique de origen obrero, devenido bolchevique y participante en la Revolución de 1905. Detenido por la policía en 1910 y extorsionado por unos cargos de intento de violación, Malinowski se convirtió en confidente de la Ojrana. Como tal, participó en la conferencia de Praga, donde trabó conocimiento con Lenin. El líder bolchevique le tomó afecto y lo promovió como miembro del comité central del POSDR y candidato a la Cuarta Duma. Fue elegido para ella y se convirtió en el presidente de la fracción laborista socialdemócrata rusa. Durante varios años, Malinowski fue el bolchevique más conocido en el imperio. Al mismo tiempo se fue convirtiendo en la mejor arma de la Ojrana contra los revolucionarios, un agente fiel y productivo, que mantenía a la policía al tanto de hasta las más pequeñas novedades del entorno de Lenin. Entre los revolucionarios traicionados estuvo Stalin, para entonces miembro del comité central y editor jefe de *Pravda*, al que la policía detuvo por una delación de Malinowski y acabó en Siberia hasta que estalló la Revolución de 1917.

Pero las sospechas de colaboración con la policía y sobre su actividad como confidente comenzaron a hacerse cada vez más fuertes. Inesperadamente, en mayo de 1914, Malinowski renunció como diputado y se fue de San Petersburgo. Eso acrecentó aún más los rumores y, voluntariamente, se presentó ante un tribunal del partido en el extranjero. Lenin lo defendió fieramente y el tribunal lo declaró inocente de los cargos.

Como bien explicó Trotski, Lenin era muy dado a "enamorarse" de gente sin tener en cuenta sus cualidades:

Lenin, que era hombre de gran pasión moral, no admitía la indiferencia en sus relaciones

con otras personas. Este gran pensador, observador y estratega se dejaba llevar fácilmente del entusiasmo por la gente. De esta cualidad habla también, en sus Recuerdos, su mujer, Nadezhda Konstantinovna Krúpskaya. Lenin no acostumbraba a formar juicio de un hombre por la impresión que le causara a primera vista. Su ojo tenía una potencia microscópica. Agrandaba y potencializaba aquellas cualidades que, por las circunstancias del momento, cayesen en su campo visual. Muchas veces negaba a enamorarse de una persona, en el sentido literal de la palabra. Yo solía reírme un poco de él en casos tales, y le decía:

—Ya veo, ya veo que tiene usted un nuevo amor…

Lenin, que conocía también esta debilidad suya, se echaba a reír a guisa de respuesta, con una risa un tanto perpleja y un tanto amarga[54].

Sin embargo, después de la Revolución de 1917, una comisión extraordinaria del Gobierno provisional que interrogó a miembros de la policía no dejó duda de su colaboración con los servicios de seguridad. Su renuncia a la Duma fue provocada por la Ojrana para evitar que se le desenmascarara y aquello causara un daño político grave al Gobierno. En 1918, Malinowski volvió a Rusia; fue juzgado, condenado y ejecutado. Lenin, que lo había defendido durante años, se encontró por completo desalentado. Y aun así, se defendió de alguna manera de haberlo apoyado:

Lo peor fue que en 1912 el delator Malinowski se abrió camino en el comité central de los bolcheviques. Traicionó a decenas de los mejores y más leales camaradas, los llevó a prisión y aceleró la muerte de muchos de ellos […] Con el fin de ganarse nuestra confianza, Malinowski tuvo que ser elegido miembro del comité central del Partido y diputado a la Duma, Malinowski tuvo que ayudarnos a publicar diarios legales que, incluso bajo el zarismo, supieron luchar contra el oportunismo de los mencheviques y propagar los principios del bolchevismo de forma convenientemente disfrazada. Por un lado, Malinowski envió a muchas docenas de los mejores líderes del bolchevismo al exilio y la muerte, y por el otro, tuvo que ayudar a educar a decenas de miles de nuevos bolcheviques a través de la prensa legal[55].

Este asunto puede considerarse como una escuela para los bolcheviques de hasta qué punto la acción de la policía secreta podía llegar dentro de la organización. La experiencia de la infiltración de la policía secreta rusa fue esencial para el surgimiento de los servicios secretos soviéticos, como ejemplo y acicate[56].

Al mismo tiempo que estaba sucediendo todo esto, la vida de Lenin en Cracovia —con algunos meses en otros lugares cercanos— seguía su curso. Nadezhda estaba enferma de un problema glandular y la enfermedad empeoró tanto que tuvo que someterse a una dolorosa y costosa operación en Suiza. Tras la vuelta a Cracovia, la pareja disfrutaba de una vida en una ciudad que les recordaba en muchos momentos a Rusia. También a Cracovia llegaron Inessa y sus cinco hijos, pese a que parece que, para entonces, el triángulo solo encubría una amistad. Nadezhda había tomado cariño a Inessa y las cosas parecían haber llegado a un equilibrio. Si Lenin y ella habían tenido una relación más profunda, lo cierto es que Lenin —como se refleja en la

correspondencia ya citada— debió de acabar con ella pronto, hacia finales de 1913, porque Inessa volvió de improviso a París. En el ínterin, Inessa había sustituido a Lenin en misiones del partido, y había participado en actividades revolucionarias como un viaje a Rusia para localizar a una célula del partido y que la llevó a ser detenida y de donde solo pudo escapar de nuevo gracias a su marido.

Aunque Lenin barajó la idea de volver a París, al final se mantuvo en Galitzia. Esto le puso en grave peligro cuando, unos meses más tarde, en agosto de 1914, Europa se deslizó hacia una terrible guerra.

8. Imperialismos

A lo largo de los años en el segundo exilio, Lenin había comenzado a interesarse por dos cuestiones esenciales del mundo de la época: el imperialismo y los problemas nacionales. Lenin se daba cuenta de que la explotación de los pueblos no europeos, su destrucción y sometimiento, y su dependencia con respecto a los grandes imperios eran un punto débil en el sistema internacional. Lenin mantenía que la competencia de los imperios los lanzaría a una guerra que, siendo terrible para los obreros, abriría inevitablemente las puertas a la revolución y a la destrucción del capitalismo.

No se trataba de un mero deseo de sangre y destrucción, ni de un imaginado plan maquiavélico. Lenin creía firmemente en que la guerra y la revolución que la habría de seguir impulsarían una simple ley de la historia, un desarrollo de la humanidad previsto por Marx y especificado en las investigaciones sociológicas y económicas más modernas. Lenin había comenzado a interesarse por el desarrollo del imperialismo desde hacía más de una década. Los análisis del economista liberal inglés Hobson, que él y Nadezhda llegaron a traducir al ruso, hablaban de una nueva época del capitalismo caracterizada por una competitividad feroz y un crecimiento de los enfrentamientos por los beneficios entre los capitalistas, en un mercado que estaba muy lejos del caótico sistema de Adam Smith. El marxista Rudolf Hilferding partía de esa visión para hablar de un nuevo capitalismo financiero, controlado por grandes bancos, anónimo en su forma de invertir y, por lo tanto, cada vez más despegado de la economía real y de las consecuencias negativas de las inversiones. El capital y las empresas se concentraban en gigantescas megacompañías, cada vez en menor cantidad, lo que llevaba a la instauración de monopolios.

Porque la burguesía ya no anhelaba la paz sin más. Llevada por la extensión de los monopolios, la avidez de la bestia capitalista conducía hacia una orgía de violencia y de destrucción. La trágica suerte de los nativos americanos y de los africanos mostraba claramente esa pauta. Si el teórico socialdemócrata Eduard Bernstein pensaba que el capitalismo se iba

apaciguando a través de la democracia liberal y llamaba a llegar al socialismo por vía pacífica, Hilferding pretendía demostrar que el desarrollo del sistema conducía a todo lo contrario, a la guerra y la opresión.

El enorme poder de las compañías hacía que cada vez tuvieran más influencia sobre las políticas de los Estados y que la soberanía nacional se convirtiera en una cuestión de poder. El nacionalismo, ya fuera defensivo o separatista, era otro de los grandes problemas de la época que ocupó también a Lenin. Los Estados-nación poderosos dictaban sus condiciones a los más débiles, lo que significaba en realidad que los mercados y sus políticas económicas eran un escenario para el desarrollo de los monopolios. De ahí la extensión del imperialismo y la expansión de las colonias. Para Lenin, el apoyo a los movimientos nacionalistas dentro de los imperios era esencial como medio de debilitarlos y destruirlos, lo que abriría paso a revoluciones globales. La autodeterminación era una herramienta para impulsar el socialismo.

Por eso, el estallido de la Gran Guerra abría oportunidades para destruir el odiado régimen zarista, pero no solo. Agosto de 1914 le cogió por sorpresa, viviendo en Poronin, una pequeña localidad cercana a Cracovia. Allí se enteró del comienzo de la contienda y de que los socialistas alemanes y franceses, en contra de lo acordado en los congresos de la Internacional Socialista, habían votado a favor de los créditos para la guerra. Lenin había pensado que se abstendrían, por cobardía y miedo. Pero jamás que los aceptarían. Lenin —el nómada europeo— no podía comprender la profundidad de los sentimientos nacionalistas de los obreros. La votación en el Reichstag alemán, el 4 de agosto de 1914, de los créditos de guerra por parte de la socialdemocracia alemana, su modelo, le afectó enormemente. Los socialistas europeos en general se comportaron de forma "defensista": para los socialistas alemanes, el Imperio ruso era la encarnación del mal y del atraso feudal; para los franceses, Alemania era una sociedad militarista y autoritaria y un peligro para el socialismo. Defender el propio país no solo era nacionalmente correcto, sino además servía, se justificaba, al socialismo.

Lenin mantuvo que la posición de la socialdemocracia sobre la guerra significaba la ruptura y desaparición del movimiento. Los radicales como él se habían quedado solos en la defensa de los principios internacionalistas y, en su opinión, eran los únicos legitimados para mantener la bandera del socialismo.

Pero poco podía hacer Lenin por entonces. Apenas comenzada la guerra fue detenido en Poronin, acusado de espía ruso. Aunque fue liberado al poco, gracias a las gestiones de los socialistas austríacos, lo cierto es que tuvo que irse de Austria-Hungría y volver a Suiza. Cuando llegó a Berna, le escribió a su hermana acerca de las condiciones en las que había estado en la cárcel, diciendo: "Por ahora no necesito dinero. Mi cautiverio fue muy breve, 12 días en total, y muy pronto se me concedieron algunos privilegios; en general, 'el encierro' fue bastante soportable, las condiciones y el trato, buenos. Ya he tenido tiempo de observar los alrededores y me he instalado. Vivimos en dos

excelentes habitaciones amuebladas; almorzamos en el restaurante más próximo"[57].

A primeros de septiembre, Lenin organizó un encuentro con algunos bolcheviques para decidir qué actitud adoptar en torno a la guerra. De esa reunión informal, caracterizada como "reunión de un grupo de socialdemócratas", salió una resolución que anunciaba ya la forma en que iba a actuar en el conflicto. Lenin nunca engañó a nadie. El conflicto era una "guerra burguesa, imperialista y dinástica" y el apoyo de los partidos socialdemócratas era "una traición al socialismo". En la resolución, Lenin iba rebatiendo uno a uno los argumentos que, así creía, estaban usando los socialistas europeos para excusar su apoyo a la guerra. Sin embargo, para Rusia, según él, estaba todo claro:

> La socialdemocracia de Rusia tiene en particular, y en primer término, la tarea de luchar implacable e ineludiblemente contra el chovinismo ruso y monárquico-zarista y contra su defensa sofística por los liberales, los demócratas constitucionalistas, parte de los populistas y otros partidos burgueses de Rusia. Desde el punto de vista de la clase obrera y de las masas trabajadoras de todos los pueblos de Rusia, el mal menor sería la derrota de la monarquía zarista y de sus tropas, que oprimen a Polonia, a Ucrania, a toda una serie de pueblos de Rusia y atizan la enemistad nacional para reforzar el yugo de los rusos sobre otras nacionalidades y fortalecer el Gobierno reaccionario y bárbaro de la monarquía zarista[58].

Al mismo tiempo, Lenin animaba a hacer propaganda para establecer repúblicas "alemana, polaca, rusa, etc.", pero siempre que se tuviera en cuenta que había que conseguir "la transformación de todos los Estados de Europa en los Estados Unidos republicanos de Europa". Su europeísmo socialista era legítimo y suponía un arma evidente en la lucha contra la disgregación producida por la guerra. Europa era un campo de batalla ahora, pero también había sido el escenario en el que el revolucionario ruso se había movido como pez en el agua, de un extremo al otro del continente. En algunos de sus textos de la guerra, Lenin defendería su posición como patriota ruso, pero para él un verdadero patriota era quien luchaba contra el zarismo y la burguesía y a favor de la gran mayoría del pueblo ruso. Pero al mismo tiempo, tanto el contexto intelectual en el que había crecido como la estrategia política le hacían ver que una Europa unida era el mejor antídoto contra la guerra que arrasaba las ciudades y campos que tan bien conocía.

Pero Lenin y los suyos —Grigori Zinóviev, el matrimonio Shklovksy e Inessa Armand también estaban en Berna— se veían obligados a vegetar en aquella ciudad provinciana en la que al menos había librerías, a las que Lenin tanto había echado de menos en el rural polaco. El temperamento violento e incansable de Lenin le impedía sin embargo estarse quieto. Podía por fin leer con cierta tranquilidad —y lo apreciaba— pero su activismo vital no remitió. Desde Berna, y luego desde Zúrich, Lenin desarrollaría una ferviente tarea política contra la guerra, sobre todo con sus escritos y sus conferencias. Aun así, encontraría tiempo para escapar durante casi seis meses a las montañas

para pasar unas vacaciones que lo alejaban de las cuestiones inmediatas del conflicto.

Aunque los bolcheviques en la Duma rusa habían rechazado la declaración de guerra, lo cierto es que también se produjo una división entre los socialistas rusos acerca del apoyo o no al esfuerzo bélico. La división no siguió —como en otras partes de Europa— las estrictas líneas partidistas. La mayor parte de los socialrevolucionarios y de los mencheviques (y un cierto número de bolcheviques) estaban a favor de que Rusia se defendiera de la agresión de las potencias de Europa central, al tiempo que pedían negociaciones para poner fin a la guerra. Pero diversas minorías dentro de cada partido estaban a favor de impulsar una revolución que parara la guerra, no solo en Rusia, sino en todos los países beligerantes.

Lenin tomó otro camino. Desde muy pronto comenzó a propugnar un levantamiento de los obreros europeos que transformara la guerra mundial en una guerra civil, dando paso así al socialismo. Era la única consigna que consideraba verdaderamente revolucionaria. Lenin comenzó a hablar de "la época de la bayoneta", de las mejores formas de conseguir que la guerra entre Estados se convirtiera en guerra entre clases. La paz no era su opción, estaba por completo en contra. La guerra era una herramienta muy útil para sus planes.

Lenin proclamó también muy pronto que la II Internacional Socialista había perdido su sentido, ahogada por la debacle del conflicto. Tendría que construirse una "Tercera Internacional" con la misión de organizar las fuerzas del proletariado "para la ofensiva revolucionaria contra los gobiernos capitalistas, para la guerra civil contra la burguesía de todos los países por el poder político y por la victoria del socialismo"[59]. Su concepción de la guerra civil estaba ya madura y bien asentada en su pensamiento.

Sin embargo, por el momento parecía que una guerra civil europea estaba muy lejos de los deseos de las masas en la mayoría de los países. Quizá con la excepción de Rusia. El Ejército ruso había sufrido graves derrotas al principio de la guerra, aunque luego fue capaz de estabilizar el frente entre finales de 1915 y principios de 1916. Unas pésimas decisiones militares llevaron a que se embarcaran en una ofensiva infructuosa que produjo una enorme debacle, con una tremenda cantidad de bajas. Esto agitó el descontento en el país y fue caldeando el ambiente.

Aunque la relación de Lenin con Inessa Armand se hubiera reducido a una de trabajo, lo cierto es que, en mitad de la guerra, todavía encontraba tiempo para debatir con ella sobre amor y sexo en un tono condescendiente, paternalista y, como siempre, muy impaciente. Armand estaba embarcada en escribir un panfleto sobre el amor y el socialismo, en el que pensaba exponer la reivindicación de la libertad de amar de las mujeres. Lenin le criticó acerbamente estas intenciones, tachándolas de burguesas y no proletarias. La crítica descorazonó a Inessa y el texto nunca llegó a publicarse. Entre otras cosas, la respuesta de Lenin escondía la forma en que había ido manipulando su relación con ella, dejándola más y más en el lugar de una amiga y

colaboradora, y eliminando todo posible romanticismo de su relación.

En todo caso, a lo largo de los años de la guerra, Suiza se había convertido en refugio de exiliados y emigrados políticos de todo tipo, y su condición neutral la convirtió en el lugar ideal para realizar conferencias internacionales de las organizaciones socialistas. Lenin intentaba siempre marcar la pauta de las deliberaciones, pero por lo general era derrotado. Su faceta de agitador sectario era bien conocida y sus bolcheviques eran una clara minoría. Aparte de varias más pequeñas o sectoriales, en septiembre de 1915 se celebró una Conferencia Internacional en la localidad de Zimmerwald, muy cerca de Berna. Allí se reunieron delegados de diversas organizaciones socialistas y sindicalistas europeas opuestas a la guerra. La iniciativa vino de los partidos socialistas italiano y suizo, que llevaban meses intentando recomponer algún tipo de acción conjunta de la Internacional. Los delegados eran de importancia muy desigual dentro de sus partidos, porque muchas figuras importantes del movimiento socialista posicionadas contra la guerra estaban en la cárcel como Róża Luksemburg o se les impidió viajar, como a la delegación británica. La delegación más potente era la alemana, con Ernst Meyer y Bertha Thalheimer, mientras que la francesa estaba constituida por apenas unos pocos sindicalistas, dado que la postura antibélica era muy débil dentro del socialismo francés. La otra delegación importante era la de los exiliados rusos. Allí estaban los viejos contrincantes de Lenin como Mártov y Axelrod, representando a los mencheviques, pero también Trotski, de forma independiente; Lenin y Zinóviev acudieron encarnando a los bolcheviques, pero también estuvieron otros importantes políticos de izquierda europeos como Karl Radek, como enviado de la socialdemocracia polaca, y que se alineó con Lenin.

El líder bolchevique consiguió reunir a su alrededor a los más radicales (se los acabaría conociendo como "la izquierda de Zimmerwald"), con la intención de promover una resolución más en consonancia con sus ideas de convertir "la guerra imperialista" en una "guerra civil europea". Pero la mayoría de los delegados mantenía una postura eminentemente pacifista, de cese de las hostilidades y de negociación. A Lenin y a quienes estaban más a la izquierda —no solo los bolcheviques— aquella postura les repugnaba, porque les parecía demasiado "blanda", pero cedieron y en la conferencia se aprobó un "Manifiesto" que clamaba contra la guerra y pedía su urgente finalización. Zimmerwald mostró que había fuerzas en Europa que no se rendían ante el patriotismo exacerbado y el nacionalismo agresivo. Pero también dejó claro que el movimiento obrero se había dividido irremediablemente. El paso que más tarde daría Lenin como líder de la URSS de organizar el movimiento comunista internacional enfrentado a la II Internacional significaría tan solo una consolidación de esta tendencia.

Las discusiones en Zimmerwald fueron tan duras para Lenin que, a su regreso a casa, como cuenta Krúpskaya, tuvo un periodo de desfallecimiento:

Al día siguiente de la llegada de Ilích de Zimmerwald subimos al Rothorn. Subimos con

un "apetito glorioso", pero cuando llegamos a la cima, Ilích se tumbó de repente en el suelo, en una posición incómoda casi en la nieve, y se quedó dormido […] Al parecer, Zimmerwald le había crispado mucho los nervios y le había quitado muchas fuerzas. Fueron necesarios varios días de vagabundeo por las montañas y el ambiente de Sörenberg antes de que Ilích volviera a ser él mismo[60].

La situación personal comenzó también a ser mucho más difícil. La guerra había cortado las vías por las que le llegaba dinero de Rusia —ya fuera de la familia o del *Pravda*—, dejó de tener acceso a los fondos del partido, que estaban controlados por Clara Zetkin en Alemania y apenas recibía pagos por sus textos publicados. Cuando podía, se ofrecía para dar conferencias, de modo que recibiera un pequeño pago. Los últimos años en el exilio fueron la primera vez que Lenin y Krúpskaya vivieron una experiencia de privaciones y miseria. Por primera vez, Nadezhda empezó a pensar en algún tipo de trabajo remunerado, más allá del partido. Así se lo escribía a María, la hermana de Lenin:

Ahora te escribo por un motivo especial. Muy pronto nos quedaremos sin nuestros viejos medios de subsistencia y el problema de ganar dinero será bastante serio para nosotros. Aquí es difícil encontrar algo. Me han prometido un alumno, pero el asunto demora en concretarse; me han prometido trabajos de copia, pero tampoco resulta nada. Intentaré alguna otra cosa, pero todo es muy problemático. Tengo que pensar en el modo de ganar algo con el trabajo literario[61].

Lenin se centró en leer en las bibliotecas y en escribir. En 1916 terminó *El imperialismo, la más alta etapa del capitalismo*, que, aparte de su dimensión teórica de revisión del esquema marxista de la historia, se puede considerar su visión del origen de la guerra y su justificación de la necesidad de una revolución inminente. Para entonces el matrimonio se había trasladado a Zúrich y estaban viviendo en una situación casi de miseria. Allí recibieron la noticia del fallecimiento de la madre de Lenin, lo que les dejó además sin su apoyo financiero. Inessa, que había acabado por perder sus ilusiones con Lenin, se había alejado de él; Nadezhda estaba constantemente enferma y su madre había fallecido unos meses antes; la situación del partido no mejoraba y Lenin parecía ir perdiendo cada vez más influencia y partidarios. En Zúrich, Lenin se alejó de la escena de los exiliados y se relacionó con muy poca gente, sus partidarios más incondicionales. Lenin era ahora un radical sumido en la pobreza y con un oscuro futuro para sus intenciones revolucionarias. Dentro de Rusia, más allá del partido y algunos intelectuales de izquierda, nadie sabía quién era Lenin. Parecía que su hora ya había pasado. Pero entonces les llegó la noticia. En Rusia había estallado la revolución.

9. Revolución y victoria

Vladímir Ilích estaba nervioso porque la revolución había comenzado y él no estaba presente[62]. Aún más. Parecía que no iba a poder llegar a tiempo, que todo se iba a resolver sin él y que no se necesitaría su presencia, tan rápido parecía que iban los acontecimientos en Rusia. Lenin había aprendido mucho en el anterior intento, el de 1905, cuando esperó a ver qué pasaba antes de viajar al país. Pero ahora parecía que iba en serio. Lenin estaba muy preocupado por las noticias que llegaban de Petrogrado (como se llamaba desde el comienzo de la guerra San Petersburgo)[63]. Le habían pillado de improviso. Apenas dos meses antes había estado hablando ante unos estudiantes y obreros socialdemócratas suizos y, mientras ratificaba su fe en la causa, había afirmado durante el mitin que, "nosotros, los viejos, no viviremos quizá para ver las batallas decisivas de la próxima revolución"[64]. Por supuesto, exageraba. Lenin no era tan viejo, tenía solo 47 años, pero era cierto que el sistema, tras la sacudida de 1905, parecía haberse afianzado. Todo apuntaba a que la enorme explosión de la Gran Guerra, con su sucesión de derrotas y problemas de abastecimiento, estaba removiendo Rusia de nuevo. Pero el conflicto llevaba ya tres años, los frentes se habían estabilizado y las cosas, pese a las convicciones de Lenin, que quería ser optimista y profético, no parecían moverse.

Pero entonces se precipitaron los acontecimientos. Otro emigrado pasó por su apartamento para decirle que había estallado una revolución en Petrogrado. Lenin no lo creía demasiado, pero se acercó a las oficinas del *Neue Zürcher Zeitung*, el periódico local, y allí confirmó el rumor, aunque no le podían ofrecer ningún detalle. Confuso y un tanto excitado, Lenin emprendió una de sus habituales excursiones. Subió al Zürichberg, la montaña que domina la ciudad, una corta caminata de pocos kilómetros[65]. Pero esto le calmó un poco y le permitió clarificar su mente. Al contrario que en 1905, Lenin no quería esperar a ver qué pasaba.

Porque estaba pasando mucho. El hambre y la represión habían producido asaltos a panaderías y tiendas, había huelgas y motines. Tras una

manifestación de mujeres pidiendo pan el Día Internacional de la Mujer, el 8 de marzo (23 de febrero en el calendario juliano vigente entonces en Rusia), todo Petrogrado se quedó paralizado. Los días siguientes hubo enfrentamientos con la policía y el Ejército, donde se produjeron las primeras víctimas. El zar disolvió la Duma y, al mismo tiempo, las guarniciones de la capital se unieron a la revuelta. Presionado por su Estado Mayor, el zar abdicó y su hermano, al que se le cedió la corona, no la aceptó. La monarquía cayó de súbito. Un gobierno provisional de representantes de la Duma tomó el poder mientras que los obreros y soldados formaron consejos como habían hecho los obreros en 1905.

Esta vez Lenin no esperó a ver qué pasaba, sino que se lanzó de inmediato a buscar, con su habitual ansiedad e impaciencia, la forma de regresar a Rusia. No estaba solo. Volver se había convertido en la principal preocupación para todos los desterrados revolucionarios[66]. En la pequeña y oscura habitación de Lenin y Krúpskaya se reunieron unos 20 exiliados, sentados en las camas, las sillas, en el suelo. Hablaron del futuro. Por fin había llegado la hora, por fin tantos años de espera tenían sentido. Si habían luchado para que llegara aquel día, lo cierto es que los revolucionarios de la emigración no podían faltar. No era tarea fácil. Los países contendientes podían arrestarlos en cualquier momento como espías o como simples ciudadanos enemigos. Lenin, con su reticencia a arriesgar su seguridad —cobardía la llamarían algunos—, dudó mucho. Se pensaron planes delirantes para viajar al país. A Lenin se le ocurrió la extravagante idea de conseguir el pasaporte de algún sordomudo sueco que se pareciera a él para suplantarlo. Tras innumerables negociaciones con unos y otros, al final, gracias a la ayuda de los socialdemócratas suizos, Lenin y otro buen número de revolucionarios exiliados —entre los que estaban Nadezhda e Inessa— aceptaron la oferta del Gobierno alemán de viajar en un tren extraterritorial, con las puertas selladas y que cruzaría las fronteras sin necesidad de mostrar los pasaportes. En el tren viajaron 20 hombres, 10 mujeres y 2 niños. Lenin y Krúpskaya ocupaban un compartimento de segunda clase mientras Inessa compartía otro con Karl Radek, Olga Ravich (la exmujer de Zinóviev) y el joven bolchevique Georgy Safarov y su esposa. Por su lado, el matrimonio Zinóviev junto con Grigorii A. Usievich y su esposa Helena Kon ocuparon uno de tercera clase[67].

Se ha escrito mucho sobre esto, tanto en la época como en los años de la perestroika, implicando muchas veces que Lenin fue un traidor a su país, al aceptar el plan germano. Aunque los bolcheviques, como otros grupos, recibieron financiación alemana —las cantidades fueron muy importantes—, lo cierto es que Lenin nunca fue un agente del Gobierno alemán. Su cinismo le hacía carecer de escrúpulos y se sentía legitimado para utilizar todo apoyo económico o logístico de quien fuera, porque para él, por lo general, el fin justificaba cualquier medio. Pero eso no implicaba colaborar en la destrucción de su país más allá de que, de hecho, eso era lo que él quería.

Cuando en 1914 había estallado la guerra, quienes marcaban la política exterior alemana intentaron aprovechar las fisuras que les parecían

potencialmente más peligrosas para la estructura del Imperio ruso, que ellos veían en los movimientos nacionalistas y separatistas. A aquella altura parecían mucho más importantes que la actividad de las sectas revolucionarias socialistas, como bolcheviques y mencheviques. Al final, sin embargo, serían estas pequeñas sectas las que alcanzarían mayor éxito en desestabilizar el imperio. Los fondos de reptiles del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán llovieron sobre el enemigo de su enemigo[68]. Pero eso no significaba que la colaboración con los alemanes fuera parte de la estrategia ni de su acción política siquiera. La colaboración, al menos en lo que él sabía, era puntual y movida por su impaciencia revolucionaria.

Sus ideas eran las correctas y, según él, se demostraban en que, por fin, había comenzado en Rusia la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. En aquel momento Lenin no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo en Rusia, más allá de algunas noticias generales que llegaban por telegramas o periódicos. Pero la efervescencia que le acompañaría en los años siguientes comenzaba a mostrarse. También su determinación sectaria, de la que había hecho gala siempre, se expresaba sin tapujos. Así, el 6 (19) de marzo ya enviaba a los bolcheviques que volvían a Rusia un telegrama en el que expresaba su rechazo a la vía democrática-liberal y se pronunciaba por mantener la tensión: "Nuestra táctica: desconfianza absoluta, ningún apoyo al nuevo Gobierno; sospechamos especialmente de Kérenski; la única garantía es armar al proletariado; elecciones inmediatas para la Duma de Petrogrado; ningún acercamiento a otros partidos. Telegrafíen esto a Petrogrado"[69].

El viaje fue accidentado y difícil. Pero alcanzaron su objetivo. El 3 de abril llegaron a Petrogrado y allí Lenin y los suyos fueron recibidos por obreros, soldados y miembros del partido. Los bolcheviques de la capital estaban deseando que llegaran. El imperio Romanov había caído en menos de una semana y su sucesión en un gobierno provisional "burgués", con solo un socialista, Aleksandr Kérenski, estaba teniendo problemas para reconducir las masas hacia una república de democracia parlamentaria. Como ya se ha dicho, este Kérenski era también de Simbirsk, hijo del director de la escuela de Lenin que le había ayudado tras la muerte de su padre.

A lo largo de toda Rusia se habían formado de nuevo soviets de diputados obreros y campesinos que eran, esencialmente, asambleas autoproclamadas. El soviet de Petrogrado, el más importante, desarrolló una estrategia progresiva de oposición al Gobierno provisional. Este fue incapaz de integrar la nueva estructura de los soviets ni tampoco de hacerlos desaparecer. En vez de contribuir a construir un sistema constituyente, dirigido hacia el parlamentarismo liberal y democrático, los socialistas y radicales retaron ese proceso. Querían, como Lenin, construir un mundo nuevo.

El partido de Lenin en Petrogrado lo constituían quizá 1.000 bolcheviques que no sabían muy bien qué hacer ni cómo luchar. Encabezados por un joven obrero, Aleksándr Shliapnikov, necesitaban con desesperación la guía de sus líderes. Mientras los socialrevolucionarios y los mencheviques tenían mucha mayor presencia y mejor liderazgo en el interior, el puñado de

radicales bolcheviques esperaban el regreso de los exiliados con ansia. De ahí que el recibimiento a Lenin en la estación de Finlandia fuera —dentro de sus límites— apoteósico.

El socialista menchevique Nikolái Sujánov, uno de los mejores narradores de la revolución, describía el ambiente que recibió a Lenin: "La multitud frente a la estación de Finlandia abarrotaba toda la plaza, obstruyendo el tráfico y apenas dejando pasar a los tranvías. Por encima de las innumerables pancartas rojas dominaba una magnífica pancarta bordada en oro: 'Comité Central del POSDR (bolcheviques)'. Bajo las mismas pancartas rojas con orquestas de música en la entrada lateral de la antigua estancia del zar en la estación estaban alineadas unidades militares".

A Lenin lo recibían unidades militares, figuras prominentes del soviet, miembros de su partido. El hombrecillo del bombín nuevo, que le habían obligado a comprar en la escala del tren en Estocolmo, con su traje raído y gastado, se sentía incómodo con aquellos homenajes. Lenin estaba extraordinariamente seguro de sus ideas y era consciente del papel que —él creía— debía jugar en la revolución. Pero las alabanzas y los cumplidos no le satisfacían. Su austeridad era real, no impostada.

Pero seguimos mirando: "El rugido de numerosos coches. En dos o tres lugares las terribles siluetas de los blindados sobresalían entre la multitud. Y desde una calle lateral, un monstruo desconocido se adentraba en la plaza, asustando y abriéndose paso entre la multitud: un reflector que de repente arrojaba a la oscuridad vacía y sin fondo enormes franjas de la ciudad viva: tejados, casas de varias plantas, postes, cables, tranvías y figuras humanas"[70].

Es comprensible que Lenin no se sintiera cómodo. No solo porque no le gustaran los homenajes, sino también porque estaba asistiendo a los primeros vagidos de la nueva sociedad de masas, de una revolución no solo política o social, sino de una que anunciaba el cambio histórico del siglo XX.

Lenin no fue el único en llegar. También por otros medios y desde otros lugares iban acudiendo a Rusia los bolcheviques exiliados. El 12 de marzo llegó Stalin, con una máquina de escribir bajo el brazo y al que nombraron pronto miembro del consejo editorial de *Pravda*. El 4 de mayo Trotski, cuya posición entre bolcheviques y mencheviques era todavía muy ambigua, alcanzó por fin Rusia, después de una odisea al cruzar el Atlántico y de ser detenido por el Gobierno británico.

Nada más llegar Lenin a Petrogrado, su actuación se desplegó en contra del Gobierno provisional, tal y como había proclamado ya desde Ginebra. Con su rabia e impetuosidad típicas y con su falta de todo escrúpulo, Lenin estaba desesperado por utilizar la ventana de oportunidad para un cambio radical de la sociedad que le ofrecían los primeros momentos de la revolución, algo que había aprendido del fracaso del intento de 1905. Sabía que no había que esperar o la ola de las masas se agotaría y no habría posibilidad de impulsar la revolución "burguesa" hacia una "socialista". Su programa era el de la consumación de las ideas del socialismo tal y como él las entendía, mediante la negación absoluta de la legitimidad del Gobierno provisional, la destrucción

de todo mecanismo de consenso y el impulso de toda acción violenta que permitiera marcar fronteras entre los dos campos. La polarización que Lenin había ejercitado en sus quehaceres periodísticos y partidistas podría haberle resultado efectiva para construir su pequeña secta radical. Pero, para la débil democracia surgida de la Revolución de Febrero, era una estrategia mortal.

'Tesis de abril' y después

La primera visita de Lenin en Petrogrado fue al cementerio. Allí visitó las tumbas de su hermana Olga y de su madre, las contempló de forma sobria y fría, los aspavientos de la tradición rusa le eran ajenos. Aquella visita era el signo indudable de su ligazón a la familia en la que había empezado su lucha revolucionaria y que tanto le había ayudado a lo largo de los años. La familia entera, desde la ejecución del hermano, había estado implicada en el combate contra el régimen zarista. Que su madre le sostuviera económicamente, a él y a sus hermanas, que fuera receptora de sus textos y los comentara, no tiene que ver solo con los sentimientos maternales que pudiera albergar, sino, muy posiblemente, también con un ánimo propio de odio al zarismo y de deseo de cambio social. Por eso, para Vladímir, cuya emocionalidad era siempre filtrada por la convicción política, acudir a la tumba de su madre era un deber no solo como hijo, sino como político.

Y luego se lanzó a la batalla. Ese mismo día, 4 de abril, Lenin se encontró con un grupo de delegados bolcheviques al congreso de los soviets. Allí expuso el programa que había ido pergeñando en el tren y que pasaría a la historia como las "Tesis de abril", que no eran sino la explicación detallada de su idea, mantenida durante toda la guerra, de superar la revolución burguesa y pasar a la socialista. Febrero no había sido más que un triunfo de la burguesía y ahora era el proletariado el que debía llevar a cabo su revolución. Para ello había que destruir todo el aparato del Estado, incluyendo los medios de represión, pero también la burocracia. Repetía su tesis de que no debía llegarse a ningún compromiso con el Gobierno provisional y que todo el poder debía ir a los soviets, decantándose por ellos como herramienta para desmontar el Estado. También exigía el fin inmediato de la guerra, reclamaba la nacionalización de bancos y empresas, y también de la tierra. Estas tesis eran tan radicales y fuera de lugar en aquel momento que, de inmediato, cuando se publicaron en *Pravda* el día 20, le ganaron la burla y la repulsa no solo de sus enemigos políticos, sino también de otros bolcheviques cercanos a él como Kámenev, Rykov o Stalin. Los bolcheviques de la capital, antes de la llegada de Lenin, habían estado por la colaboración pasiva con el Gobierno provisional, algo que el líder, como sabemos, rechazaba de pleno. La posición de Lenin les dejaba al descubierto. Pero a cambio Lenin encontró un importante aliado en Trotski, que apoyó sus posiciones y, desde su retorno, se fue convirtiendo poco a poco en el segundo líder bolchevique. Muy

oportunamente, Lenin comenzó también a hablar de convocar un congreso del partido y cambiarle el nombre —y la esencia— para "como Marx y Engels" denominarse Partido Comunista.

A lo largo de los días siguientes propuso importantes innovaciones en la línea del partido, como la liberación de la mujer. Ya hemos visto como Lenin siempre estuvo rodeado de mujeres. A menudo les había confiado tareas fundamentales en la lucha política, nunca mostró prejuicios, más allá de los habituales de la época, ni consideró que estuvieran por debajo de los hombres en compromiso e inteligencia. Pese a todo su conservadurismo de costumbres, su consideración de la emancipación de la mujer era sincero[71]. Las mujeres bolcheviques, como Inessa Armand, se implicaron en la revolución con lo que hoy llamaríamos una clara conciencia de género. Inessa, que ya por entonces parecía haberse librado de su pasión por Lenin, aunque mantuvo la colaboración y la cercanía con él, fue especialmente activa.

Lenin comenzó a llevar una vida muy distinta a la del exilio. Durante los meses que siguieron, se dedicó a hablar por todo Petrogrado, en fábricas, plazas, institutos. De mayo a junio dio al menos 21 charlas o mítines. Krúpskaya se quejaba de que ya no se veían nunca. Cuando ella dejó de ser su "secretaria particular" y consiguió una ocupación en el comité del partido en el barrio de Vyborg, la separación se hizo todavía mayor. Se acabaron los paseos y excursiones. Como cuenta Krúpskaya, "solía cansarse mucho a esas horas y, por consiguiente, me contuve de interrogarle sobre el trabajo. Las cosas también fueron mal con nuestros paseos. Una vez salimos a la isla Yelagin, pero resultó que allí había mucha gente y mucho bullicio. Dimos un paseo para sentarnos junto al terraplén de Karpovka. Luego tomamos la costumbre de pasear por las calles vacías del lado de Petrogrado"[72].

La figura de Lenin se hizo omnipresente en la capital. Al mismo tiempo, las claras ideas de los bolcheviques —su demagogia— comenzaban a impregnar a los obreros y las clases bajas de Petrogrado. El partido bolchevique creció a gran velocidad. No hay demasiada posibilidad de conocer exactamente cuántos miembros tenía el partido, pero los datos disponibles son claros. La radicalidad de Lenin llegaba a las masas, y especialmente a los soldados, que veían en la violencia verbal leninista y en su negación de la continuidad de la guerra dos aspectos especialmente deseables.

Hacia el verano de 1917, la sociedad rusa estaba tan polarizada que el quizá un tanto cándido consenso de Febrero se desmoronaba, tanto en el campo como en la ciudad. Mientras que, por un lado, había un anhelo cada vez más intenso de que parara el caos y retornara la ley y el orden, que encontraba apoyo en una derecha que no solo se componía de monárquicos, sino de clases medias y empresariales que habían sido hasta entonces liberales, por el otro estallaban unas ansias compartidas de un cambio social radical, total, guiado por una izquierda maximalista, con una base social de intelectuales desclasados como Trotski, pero que también había penetrado en los sectores populares obreros, que se reflejaba en los campesinos que veían la oportunidad de liberarse de cargas ancestrales y hacerse con la tierra, y que

embarcaba cada vez más a una soldadesca que ya apenas era profesional, por las enormes bajas de la guerra, sino que provenía también en buena medida del campo. Es a estos grupos sociales a los que Lenin hablaba directamente, con palabras simples y mensajes concretos. Hay una descripción muy clara de uno de los giros tácticos de Lenin y de cómo construía su populista acción revolucionaria. Cuando justo antes de Octubre estaba escondido en la casa de Margarita Fofanova, una bolchevique, en Petrogrado, le pidió a esta los números atrasados del periódico del soviet:

Recuerdo, que Vladímir Ilích me pidió que le consiguiera todos los números atrasados de *Izvestia*, el órgano del Soviet Panruso de Diputados Campesinos, cosa que hice, por supuesto. No recuerdo exactamente cuántos números eran, pero constituían un sólido lote de material de estudio. Vladímir Ilích se pasó dos días estudiándolo, trabajando incluso por la noche. Por la mañana me dijo: "Bueno, creo que me he estudiado estos SR. al dedillo. Solo me queda leer el mandato de sus electores campesinos". Dos horas más tarde me llamó y me dijo alegremente, dando un manotazo a uno de los periódicos (vi que era el número del 19 de agosto del *Izvestia*): "Aquí hay un acuerdo listo con los SR. de Izquierda. No es ninguna broma: este mandato ha sido firmado por 242 diputados locales. Lo utilizaremos como base para nuestra ley relativa a la tierra y veremos si los SR. de Izquierda se atreven a rechazarlo". Me mostró el papel con marcas de lápiz azul por todas partes y añadió: "La cuestión es encontrar un medio por el que podamos después remodelar su idea de socialización según nuestro propio patrón"[73].

La tensión social incrementada hacía muy difícil que los problemas políticos de Rusia pudieran ser resueltos por el establecimiento de una constitución y la institucionalización formal de la democracia parlamentaria de modelo occidental. Tanto la Asamblea Constituyente como el procedimiento de compartir el poder con el soviet implicaban un grado importante de consenso político y de voluntad de compromiso entre unas partes que, unidas por un momento en Febrero, cada vez se iban separando más. Las alternativas al consenso y al compromiso eran la dictadura y la guerra civil, de las que los periódicos hablaban constantemente. Y parecía que las masas, a las que los bolcheviques seguían a trompicones, poniéndose por delante de ellas para hacer parecer que las guiaban, tendían a elegir el camino del enfrentamiento.

Lenin no había cambiado su posición. La confrontación era para él el verdadero camino. La tarde del 3 de julio, el Primer Regimiento de Ametralladoras, en el que los bolcheviques tenían gran influencia, salió a las calles de Petrogrado a exigir que el soviet tomara el poder en nombre de la clase obrera y repudiara a los "diez ministros capitalistas" del Gobierno provisional. La revuelta había comenzado porque el Gobierno provisional, en manos de Kérenski, había organizado una ofensiva en el frente contra los alemanes. El Gobierno provisional pretendía cumplir con los compromisos internacionales del Estado. Continuar la guerra, como le requerían los aliados, necesitaba de una señal, un símbolo. Esta había de ser la ofensiva de finales de junio y principios de julio que, tras un éxito inicial, se hundió. Hubo centenares de miles de bajas y la indisciplina, la falta de moral y la sedición se incrementaron en el frente.

Ante la situación, los soldados de la guarnición de Petrogrado se amotinaron. A ellos se les unieron multitudes de soldados y marineros que temían que se les enviaría al frente, mientras que, además, estaban enfurecidos por el empeoramiento de las condiciones económicas. Tampoco la agitación bolchevique y anarquista de los meses precedentes era ajena al estado de ánimo de las masas. Los trabajadores en huelga se unieron con rapidez al movimiento y al día siguiente las multitudes en las calles ascendían a alrededor de 500.000 personas. Hubo peleas con la policía, combates con soldados leales al Gobierno, asaltos y saqueos. Los bolcheviques se vieron sorprendidos por el estallido y no tuvieron más remedio que apoyar la acción. La cólera popular se desató con el soviet, porque se le exigía tomar el poder y sus miembros vacilaban. Cuando Chernov, el líder socialrevolucionario, acudió a intentar calmar los ánimos, fue tomado como rehén y se le usó para presionar al soviet. Pero la revuelta, sin dirección ni objetivo claro, se apagó pronto. El Gobierno detuvo a varios de sus líderes y quiso utilizar la ocasión para ir contra los bolcheviques. Así, capturaron a Trotski y lo encerraron por un tiempo.

A la vez, la prensa comenzó a agitar el fantasma de la traición de Lenin y sus bolcheviques. Aparecieron números artículos que querían demostrar la financiación por parte de Alemania a los bolcheviques, aprovechando las revelaciones de una comisión de investigación del Gobierno provisional. Aquello puso al partido de Lenin en peligro de ser disuelto. Al menos en las principales ciudades, la opinión pública pareció tomarse en serio la acusación. A Lenin se lo llegó a tachar de agente provocador, vendido a los alemanes. El sentimiento antigermano era bastante profundo, agitado por la guerra, pero tenía también, entre otras cosas, un vector social: la nobleza baltoalemana había sido un soporte indudable del zar.

Grigori Alexinsky, un antiguo bolchevique, que en 1917 se enfrentó a Lenin y acabó exiliándose a Francia, contaba una anécdota muy reveladora:

> […] A principios de abril de 1917 me dirigía a Rusia. Al pasar por la frontera sueco-finlandesa, vi por primera vez soldados y oficiales rusos con cintas rojas en sus ojales. Uno de los oficiales de la guardia fronteriza, al conocerme, me dijo sonriendo:
>
> — ¿Sabe quién pasó por aquí unos días antes que usted? ¡Lenin!
>
> — ¿Qué, Lenin? ¿Cómo pasó?
>
> — ¡Por aquí! ¡A través de Alemania! ¡El Gobierno alemán lo dejó pasar!
>
> — ¡Pero él quiere que Rusia sea derrotada! ¡Está ayudando a los alemanes! ¡Por eso le dejaron pasar! ¿Pero cómo pudieron dejarle entrar en Rusia?
>
> — Hubo una orden de no obstruir su paso. ¿Qué podíamos hacer?
>
> Esta primera conversación que tuve en la frontera me dio la oportunidad de darme cuenta de la profundidad del sinsentido en el que se iba a introducir de inmediato la Revolución rusa[74].

Sin embargo, los acontecimientos se sucedían a toda velocidad, y asuntos como el intento de golpe de Kornilov hicieron olvidar pronto las acusaciones en la prensa. El influyente general Kornilov, apoyado por círculos

empresariales y convencido de que Kérenski también le apoyaría, envió sus tropas a capturar la capital. Pero el 9 de septiembre Kérenski le declaró traidor y pidió a la población que se resistiera. Organizados por el soviet, comisiones de obreros y miembros de los partidos impidieron que las tropas rebeldes alcanzaran su objetivo y el 14 de septiembre el general se entregó. El intento de golpe supuso la definitiva pérdida de prestigio de Kérenski y el Gobierno provisional ante los sectores populares.

No había tiempo para cosas que parecían menos importantes ante la marcha de la revolución. Tampoco la represión contra los bolcheviques se llevó a cabo consecuentemente y el Gobierno no fue capaz de desarticular al partido. Después de las jornadas de julio se había detenido brevemente a algunos líderes, pero no se ilegalizó ni desmanteló la organización. Aquella fue una excelente oportunidad perdida para parar al menos a una parte de los extremistas, o reconducirlos hacia la colaboración con la joven democracia. Pero la inconsecuencia gubernamental impidió que la tarea corrosiva de los bolcheviques terminara. El propio Lenin pudo escapar, como muchos otros líderes del partido. Aunque también es cierto que la posición bolchevique en los soviets de Petrogrado y Moscú se había afianzado hasta lograr una mayoría, lo que puede que fuera la razón que impidió al Gobierno destruir el partido.

Lenin pasó de nuevo a la clandestinidad. Primero se escondió en la casa de un obrero, Alliluev. Luego se alejó más, y fue a esconderse, junto con Zinóviev, que también estaba perseguido, en un granero, a 35 km de Petrogrado. Allí escribió un libro que muestra de forma clara cómo el momento utópico de la revolución le había atrapado: en *El Estado y la revolución* describía una gran revolución social y económica, una transformación socialista que sería impulsada por el Estado. Con tintes a veces casi anarquistas, exploraba un cierto Estado del bienestar que imaginaba democrático y libre, mucho más allá de lo que luego propugnaría él mismo. Este libro parece más bien un intento de dar sentido a instituciones y proyectos, deseos y aspiraciones creadas y desatadas por la Revolución de Febrero, esa utopía desbordada de los primeros momentos revolucionarios. Cuando luego se enfrentara a la realidad y esta se le hiciera más dura, sería capaz de renunciar —como siempre— a los planes surgidos de la teoría para acercarse más a la pragmática del poder. En cualquier caso, esa utopía leninista se debía construir mediante la "dictadura del proletariado", que Lenin describe muy bien como "democracia para la inmensa mayoría del pueblo y supresión por la fuerza, es decir, exclusión de la democracia, de los explotadores y opresores del pueblo". Este sería el programa que desarrollaría luego cuando se prohibiera el voto a propietarios, religiosos y otros así llamados "gentes de ayer". El periodo de dictadura estaba asegurado; la democracia, no tanto.

Pero todavía después del intento de golpe de Kornilov, Lenin vio un momento por el que la revolución —en el sentido que él quería— se habría podido desarrollar de forma pacífica: "Ahora y solo ahora, quizás solo durante unos días o una semana o dos, podría formarse y consolidarse un gobierno así

de forma completamente pacífica. Podría asegurar con la mayor probabilidad un desarrollo pacífico hacia adelante de toda la Revolución rusa y extraordinarias posibilidades de grandes pasos hacia adelante en el movimiento internacional hacia la paz y la victoria del socialismo"[75].

¿Habría habido de verdad la oportunidad de una transformación pacífica de la Revolución de Febrero hacia una con mayor componente socialista? Es posible. Si hubiera habido menos egos y más preocupación por las posibles víctimas, si hubiera habido más diálogo, alguna voluntad de compromiso. Pero parece que ya era tarde. Para entonces, la revolución estaba en un momento crítico. Tras la ofensiva fallida, puede decirse que Kérenski había perdido ya el poder. Los rumores de dictadura —suya o de otros— se sucedían, la contrarrevolución parecía que podía tomar fuerza. El Gobierno provisional utilizó todos los medios a su alcance, pero no consiguió los resultados deseados. Su escasa eficiencia real, la imposibilidad de controlar a los extremismos y la disposición real de fuerzas entre los diferentes movimientos sociales y políticos hacían del conflicto entre el Gobierno provisional y la pluralidad de movimientos de las masas una batalla casi imposible de ganar. A la altura de octubre de 1917 parecía que el sistema democrático de gobierno no tenía posibilidad de continuar.

En agosto tuvo lugar el VI Congreso del POSDR (bolcheviques), en Petrogrado. Había habido rumores de que el Gobierno iba a prohibirlo, pero al final tuvo lugar. Por entonces el partido contaba con unos 140.000 miembros. En la elección al comité central, Lenin, que seguía escondido, fue elegido miembro con el mayor número de votos, 133. Pero Zinóviev, también en la clandestinidad, y que era del ala derecha bolchevique, tuvo 132. Dado que Lenin no podía acudir, Trotski debía pronunciar el discurso principal para hablar sobre la insurrección y el camino a tomar. Como lo detuvieron dos días antes de empezar el consejo, le encargaron a Stalin hacerlo. Su ponencia, que no podía ser concluyente porque ante la ausencia de los líderes se decidió no promulgar un nuevo programa del partido, coincidió con Lenin en muchos puntos[76]. Teniendo en cuenta que Stalin se había mostrado moderado hasta ese momento, este acercamiento al líder muestra la forma en que los bolcheviques estaban derivando cada vez más hacia un golpe de Estado.

A finales de agosto, Lenin se trasladó de incógnito a Finlandia. Llevaba papeles falsos a nombre de un tal Konstantin Petrovich Ivanov, y se había afeitado la barba. Con una peluca sobre la cabeza, un comunista finlandés, maquinista del ferrocarril, lo transportó disfrazado de bombero. Desde allí siguió escribiendo textos para las revistas bolcheviques en los que abogaba por profundizar el socialismo y clamaba insistentemente por la insurrección. Llegó a amenazar con su dimisión y con puentear al comité central y agitar con los miembros de base del partido. En sus artículos y cartas, planificaba la necesidad de destruir el aparato de poder y sustituirlo por el poder de los soviets, de la nacionalización de la banca para construir un Estado socialista.

También preparaba la guerra civil. En un texto publicado en *Rabochii Put* declaraba que solo una alianza de los bolcheviques con los socialistas

revolucionarios y los mencheviques, lo que implicaría una transferencia inmediata de todo el poder a los soviets, podría parar la guerra civil en Rusia. Pero contra el argumento de que en una guerra civil habría "ríos de sangre", Lenin contestaba en el mismo artículo que no era nada comparado con los "mares de sangre" de la guerra imperialista. Lenin estaba dispuesto a aceptar cualquier precio para conseguir sus fines[77].

Entonces, el 20 (7) de octubre, Lenin regresó de forma ilegal a Petrogrado. Escondido en casa de Margarita Fofanova, comenzó a agitar, a conspirar contra sus propios camaradas del comité central. Zinóviev y Kámenev habían expresado en la prensa su oposición a la insurrección. También se opusieron en el pleno del comité central del 23 de octubre, donde se aprobó lanzar el golpe. Fueron los dos únicos votos en contra y, años después, Stalin se lo haría pagar, utilizando esa antigua oposición a Lenin para acusarlos y acabar con ellos.

En la noche del 6 al 7 de noviembre (24 al 25 de octubre), comenzó el golpe. Los partidos representados en el soviet se habían hecho con una escuela femenina en el distrito de Smolny y la habían convertido en su sede. Allí se iba a reunir el Segundo Congreso de los Soviets al día siguiente. Lenin, llevado por su impaciencia, dejó una nota a su casera, Fofanova, y, disfrazado, a pie, acompañado tan solo por un bolchevique finlandés, se fue al Instituto Smolny, donde estaba el comité. No quería que la moderación o los temores impidieran su soñada revolución. Lenin había estado preparando el golpe durante todo el verano. Ahora era el momento. Esta vez, a diferencia de julio, estaba decidido a tomar todo el poder. Se habían cumplido también sus deseos de contar con una organización militar, el llamado Comité Militar Revolucionario (CMR), diseñado por Trotski, aunque en él participaron también los socialrevolucionarios de izquierda, que ya tenían experiencia de lucha armada.

Una circunstancia fortuita había reforzado a los bolcheviques. Durante el golpe de Kornilov, el Gobierno provisional repartió armas a los obreros, unas armas que no habían sido devueltas después. Esto permitió que se formaran unas unidades de milicias bajo el mando del soviet, la Guardia Roja. Esta milicia, junto con algunas unidades militares diversas que apoyaban a los bolcheviques, se unieron bajo la dirección del CMR para lanzar la sublevación.

Primero las fuerzas bolcheviques ocuparon la central telefónica y, de forma paulatina, las oficinas gubernamentales más significativas, los puentes, las estaciones de tren, las sedes de correos. Pero fue una acción que podemos denominar quirúrgica. Apenas hubo sangre ni combates, si descontamos algunos muertos en la resistencia en el Palacio de Invierno, defendido tan solo por las escasas fuerzas del Batallón de mujeres, y que ejercía de sede del Gobierno provisional. Parte de los miembros del Gobierno fueron detenidos, Lenin proclamó que estaba disuelto y que la revolución había triunfado.

El golpe había tenido éxito. Pero las imágenes de las masas obreras irrumpiendo en el Palacio de Invierno y arrasándolo todo no son más que pura

propaganda creada por las recreaciones posteriores. En Petrogrado la gente seguía su vida. Nada parecía haber cambiado.

Hacia las 22:45 de la noche del 7 de noviembre, cuando el Palacio de Invierno ya estaba bajo ataque, por fin se constituyó el Segundo Congreso de los Soviets. Los bolcheviques habían conseguido retrasar su apertura lo suficiente para que el golpe fuera ya un hecho consumado. Hubo un escándalo. Los socialrevolucionarios y muchos mencheviques, en señal de protesta, decidieron retirarse de las sesiones, al día siguiente formarían una comisión "de salvación nacional". Sin embargo, esto fue un error: dejaban a Lenin y los suyos el control absoluto sobre el soviet. A las tres de la mañana, después de una pausa, se volvió a abrir la sesión. Entonces se informó a los presentes que el Palacio de Invierno había caído definitivamente y que se había detenido al Gobierno. Hubo vítores y aplausos de aquella multitud agotada.

En Moscú los bolcheviques tardaron mucho más en conquistar el poder, hasta el 15 de noviembre. La resistencia de oficiales y cadetes les hicieron retroceder. Hubo al menos 1.000 muertos[78].

El propio Lenin escribió en nombre del Comité Militar Revolucionario el manifiesto que se publicó con fecha de 25 de octubre de 1917 en *Rabochi i Soldati*, el periódico órgano del soviet por aquel entonces. En él afirmaba, dirigiéndose "a los ciudadanos de Rusia", que:

> El Gobierno provisional ha sido depuesto. El poder del Estado ha pasado a manos del órgano del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, el Comité Militar Revolucionario, que encabeza al proletariado y a la guarnición de Petrogrado. La causa por la cual luchó el pueblo: el ofrecimiento inmediato de una paz democrática, la abolición de la propiedad terrateniente sobre la tierra, el control obrero sobre la producción y la creación de un gobierno soviético, esa causa está asegurada[79].

La primera sesión del Segundo Congreso de los Soviets cerró a las cinco de la mañana del 8 de noviembre (26 de octubre). Lenin se fue a casa de Vladímir Bonch-Bruyévich, un viejo bolchevique que ejercía de su secretario y que vivía cerca. Pero no pudo dormir. Se dedicó a plasmar en papel el decreto sobre el reparto de la tierra.

Habría una segunda sesión la tarde siguiente. Por la noche Lenin hizo su aparición, con los bolcheviques aplaudiendo desaforadamente. Unos corresponsales extranjeros contemplaron como Lenin caminaba por el escenario hacia el podio aquella noche de octubre "tan despreocupadamente como lo hubiera hecho un profesor experimentado que comparece a diario ante su clase. El corresponsal inglés Julius West, sentado a mi lado en la mesa de prensa, susurró: 'Si vistiera un poco mejor, se le podría confundir en apariencia con un alcalde medio o un banquero de alguna pequeña ciudad francesa'"[80].

El congreso, a propuesta de su presidente bolchevique, Lev Kámenev, aprobó la formación de un gobierno soviético, llamado "Consejo de Comisarios del Pueblo" (*Soviet Narodnij Komisarov*), con Lenin como cabeza, así como un

Comité Ejecutivo Central de 101 miembros[81]. Lenin expuso el decreto sobre la paz y en el habló sobre la cuestión agraria. Los dos decretos fueron adoptados sin problemas.

Pero aquella sesión sería la última. El menchevique Nikolái Sujánov describió como

el acto final fue la elección de un nuevo *Ispolkom* [Comité Ejecutivo]. En medio de un desorden total, en una sala que se vaciaba rápidamente, se leyó una larga lista de nombres desconocidos. Alrededor de 100 hombres fueron elegidos, de los cuales 70 eran bolcheviques, luego unos SR de izquierda, alguna gente de *Nueva Vida* [una revista menchevique, donde participaba el propio Sujanov] y representantes de nacionalidades. La reunión se cerró alrededor de las cinco de la mañana. Cansadas y exhaustas, apresurándose para poder llegar a casa, las mermadas filas volvieron a llenar Smolny con los sonidos discordantes de La Internacional, y se apremiaron a salir. El congreso había terminado[82].

10. La construcción de un nuevo mundo

Lenin había conseguido su objetivo. Había, por fin, hecho la revolución. Y, además, en sus propios términos, tal y como él había pensado siempre. Aquel pobre periodista, casi un vagabundo, que en sus últimos tiempos en la emigración había tenido que comer carne de caballo y al que muchos daban por loco en abril, se había hecho con el poder del mayor país de la tierra. Trotski cuenta en sus memorias como Lenin le dijo en aquel momento:

—No sé si le pasará a usted —me dice, como dudando—; pero…, así tan de pronto, el Poder, apenas salidos de la persecución y la ilegalidad… —se detuvo, buscando la expresión adecuada, y súbitamente se cambió al alemán, rematando la frase—, ¡le da a uno el vértigo!

Y, acompañando con el gesto a la palabra, describió con la mano un movimiento de rotación.

Nos miramos el uno al otro, y en nuestras caras asomó, casi imperceptible, una sonrisa. No duraría todo aquello más allá de dos minutos. No hubo más: inmediatamente pasamos a hablar de los asuntos pendientes[83].

El mismo Trotski contaba también la forma en que aquella reunión de revolucionarios desarrapados que, como había dicho Lenin, acababan de volver del exilio y de escapar a la persecución del Gobierno provisional, comenzaron a formar el Gobierno, casi como una broma, un juego:

Hay que formar el Gobierno. Estamos reunidos unos cuantos miembros del comité central. Una sesión fugaz en el rincón de una sala.

—¿Y cómo vamos a llamarlo? —exclamó Lenin, reflexionando en voz alta—. Todo menos Ministros, que es un nombre repugnante y gastado.

—¿Por qué no… Comisarios? —intervine yo—. Lo malo es que hay ya demasiados Comisarios. Pero podríamos poner "Altos Comisarios"… Aunque no: eso de "Altos" suena mal. Digamos "Comisarios del Pueblo".

—¿Comisarios del Pueblo? Sí, no está mal —asintió Lenin—. ¿Y al Gobierno, en conjunto?

—Soviet, naturalmente, Soviet… El "Soviet de los Comisarios del Pueblo" me parece que queda bien.

—Sí —repitió Lenin—: el "Soviet de los Comisarios del Pueblo"… ¡Magnífico! ¡Esto huele formidablemente a revolución!"[84].

Como se ve, la construcción del Gobierno bolchevique, el Consejo de Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*), comenzó muy pronto. Fue un Gobierno de partido, con individuos concretos que se arrogaban puestos y funciones en ministerios, instituciones y organizaciones del Estado sin delegación de organismo elegido alguno. Aunque se suponía que iban a responder ante el soviet, en realidad solo lo hacían ante el partido. La centralización del partido que Lenin había exigido desde hacía tiempo y las constantes escisiones para conseguir la mayor pureza revolucionaria los llevaba ahora a apenas poder confiar más que en los suyos. Los bolcheviques no tenían experiencia de gobierno más allá de alguno que había sido miembro de la Duma zarista o había participado en algún sindicato. Aunque Lenin estaba empeñado en que todos podían aprender a hacer todo —como de forma utópica había mostrado en *El Estado y la revolución*—, lo cierto es que la burocracia, tan necesaria para que el sistema arrancara, tenía grandes deficiencias.

Se trató del primer Gobierno de partido único de la historia, aunque todavía había algunos socialrevolucionarios de izquierda que colaboraban con ellos. Era un sistema en el que el poder ejecutivo y el legislativo estaban fusionados y que, por supuesto, no permitía la independencia del poder judicial. Era un gobierno en el que el nombramiento de quienes debían cumplir todas las funciones de la administración y la burocracia dependía de un partido. Muy pronto, el control que Lenin quería que ejerciera el partido sobre la construcción de la nueva sociedad se convirtió en un sistema doble: a cada posición de la burocracia le correspondía una del partido, controlándola o, a veces, sustituyéndola. Hasta el punto de que la burocracia estatal era, muchas veces, la misma del partido. La estructura partidista estaba construida de modo que el poder supremo en la organización residía en los congresos periódicos, mientras que la autoridad entre congresos pertenecía al comité central. Sin embargo, a partir del VIII Congreso, en marzo de 1919, Lenin impulsó tres comités permanentes mucho más pequeños, que permitían controlar mejor el partido. Eran el Buró Político (Politburó), como núcleo dirigente; el Buró de Organización (Orgburó), que era responsable de la organización del partido y de los nombramientos, incluyendo los niveles más bajos, como el provincial; y, por último, el Secretariado, que se encargaba de ejecutar las instrucciones del Orgburó[85].

Entre finales de noviembre y todo el mes de diciembre de 1917, Lenin asistió casi a diario a las reuniones del Sovnarkom, en las que participaba en discusiones de todo tipo, desde cuestiones económicas como la instauración del monopolio del comercio exterior al control de los tribunales, pero también asuntos más detallados como la organización de las bibliotecas o los salarios de los comisarios del pueblo. Lenin se pasaba los días esbozando decretos y documentos: sus *Obras completas* acumulan centenares de páginas escritas en aquella época, siete voluminosos tomos tan solo de octubre del 17 a noviembre

del 20, desde la Revolución al apogeo de la guerra civil. Así se emitieron por ejemplo el Decreto de 29 de octubre estableciendo la jornada de ocho horas, una gran conquista obrera. O el Decreto sobre la educación popular, que establecía la escolarización universal, gratuita y laica; o la Declaración de los Derechos de los Pueblos de Rusia, que hablaba de la liberación de las nacionalidades del imperio, ofreciendo una autodeterminación que llegaba incluso hasta el punto de la secesión. Y también el Decreto sobre el control obrero, que permitía a los trabajadores de cualquier empresa elegir comités de control y supervisar la gestión. Esto último era también parte del plan de nacionalización progresiva de la economía, con una extraordinaria innovación que se aprobó muy pronto, el 1 de diciembre: el Consejo Supremo de Economía Nacional, que asumió la propiedad de empresas nacionalizadas y que tenía funciones regulatorias sobre la economía[86]. Era el primer organismo de planificación económica centralizada del mundo. Hasta entonces toda la planificación económica había sido indicativa o, como durante la Gran Guerra, forzada por la situación bélica y mantenida como excepcional. De este modo comenzaban las especificidades de la construcción de un tipo de sistema nuevo.

Pero la posición de Lenin en el partido no era indiscutible. La tradición de democracia interna, a veces desarrollada mediante disputas y enfrentamientos, se mantenía viva. Muchos bolcheviques no comprendían por qué no se llegaba a un acuerdo con otros partidos revolucionarios, especialmente con los socialrevolucionarios y los mencheviques. Lenin seguía manteniendo un sectarismo que, ya en el Gobierno, conducía a un aislamiento político que podía restarle apoyos más allá de Petrogrado. El 17 de noviembre de 1917, Kámenev, Zinóviev, Rykov, Milyutin y Nogin, con la aquiescencia de algunos otros miembros del Gobierno, dimitieron porque exigían la formación de un gobierno socialista que incluyera a todos los partidos representados en el soviet. Sin embargo, ante la escasa resonancia de este acto, volvieron a sus puestos sin demasiada vacilación.

El torbellino de la revolución no impidió a Lenin tomarse sus acostumbradas vacaciones. A principios de enero de 1918, Nadezhda, él y María, su hermana, se fueron a Finlandia a descansar. Nadezhda describe las emociones de Lenin al volver allí, ahora como cabeza del Estado:

> Pasamos la Navidad en alguna parte en Finlandia con María Ilinichna. La marcada limpieza finlandesa, las cortinas blancas de las ventanas, todo recordaba a Ilích su estancia ilegal en Helsinki en 1907 y 1917, antes de la Revolución de Octubre, cuando trabajaba en *Estado y revolución*. Las vacaciones nos hicieron poco bien, Ilích a veces incluso hablaba *sotto voce*, como durante los días cuando estaba escondido. Salíamos a diario a pasear, pero sin realmente disfrutar de ellos. Ilích estaba demasiado absorto en sus pensamientos y escribía prácticamente todo el tiempo[87].

Pero el gran problema y el riesgo de ruptura en el partido llegó con ocasión del acuerdo de paz con Alemania y sus aliados, en marzo de 1918. Aunque Trotski, que como comisario de Asuntos Exteriores llevaba las

negociaciones, intentó dilatarlas para ganar tiempo, la postura exigente de Alemania y las duras condiciones de paz que, aunque al final fueron aceptadas, provocaron fuertes enfrentamientos tanto con los aliados SRI como con la parte más izquierdista de los bolcheviques, que soñaban con una guerra revolucionaria que llevara el socialismo más allá de las fronteras. En una conferencia del partido celebrada en Petrogrado el 21 de enero de 1918, Lenin no obtuvo la mayoría: solo 15 de los 65 delegados presentes le apoyaron, mientras que hubo otras dos posiciones, la de la izquierda, con su idea de la guerra revolucionaria, que resultó mayoritaria, y la de Trotski, cuya fórmula "ni paz ni guerra" implicaba no aceptar las condiciones de paz, pero tampoco seguir luchando. Lenin consideraba todo esto un izquierdismo infantil. Para él era esencial mantener el poder que le permitiera hacer la revolución y eso era imposible sin pacificar el frente y darles a los soldados la paz prometida. Un nuevo ataque alemán hizo que las posiciones de Lenin se reforzaran y el tratado de paz fuera aceptado. Pasaría a la historia con el nombre del tratado de Brest-Litovsk, y fue considerado como una derrota bolchevique y una traición a la patria para muchos, no solo nacionalistas, ante las enormes concesiones territoriales que Rusia se vio obligada a hacer.

Esa ofensiva alemana produjo también un gran cambio en la vida del país que se transmitió a Lenin: por varios tipos de razones, pero sobre todo por el avance alemán, los bolcheviques decidieron llevarse la capital a Moscú. Primero vivió en el Hotel National, pero luego se trasladará al Kremlin. A partir de entonces Lenin ocuparía unas modestas habitaciones en el Kremlin, junto con su mujer y su hermana, durmiendo con las ventanas abiertas para escuchar las canciones de los soldados rojos. Lenin en Moscú se convirtió en el "soñador del Kremlin", como lo describió H. G. Wells en una visita durante los peores años de la guerra civil. Los revolucionarios y progresistas extranjeros acudían a él como a un profeta, lo visitaban y le pedían consejo. Sin embargo, como Victor Serge y muchos otros describieron, seguía llevando una vida austera y ocasional:

> En el Kremlin aún ocupaba un pequeño apartamento construido para un sirviente de palacio. En el reciente invierno él, como todos los demás, no había tenido calefacción. Cuando iba a la peluquería tomaba su turno, pensando que era indecoroso que alguien le cediera el paso. Una vieja ama de llaves cuidaba de sus habitaciones y le hacía los remiendos. […] Ansiaba una popularidad de tribuno, estampada con el sello de la aprobación de las masas, desprovista de cualquier espectáculo o ceremonia. Sus modales y su comportamiento no traicionaban ni el más mínimo atisbo de gusto por la autoridad; lo que mostraba era únicamente la urgencia del técnico devoto que quiere que el trabajo se haga, y que se haga rápido y bien. También se puso de manifiesto su franca determinación de que las nuevas instituciones, por débiles que fueran hasta el punto de tener una existencia meramente simbólica, debían sin embargo ser respetadas[88].

Mientras tanto, en el interior iba creciendo la resistencia al dominio bolchevique. Las características del nuevo gobierno se fueron haciendo más claras, los enemigos de la revolución en general y los partidarios de otro tipo

distinto de revolución comenzaron a organizarse. Los tres bloques que se formaron entonces serían los que se lanzarían a la guerra civil y embarcarían al país en una epopeya sangrienta. La reorganización de las fuerzas contrarrevolucionarias, por un lado, apoyadas a veces por diversas fuerzas extranjeras intervencionistas, eran uno de los grandes bloques. Otro eran los socialismos democráticos y los eseristas, que tenían fuerza en distintas regiones. Y el bloque, ahora gubernamental, de los bolcheviques y sus escasos aliados —los SRI y algunos anarquistas—[89]. Pero la guerra fue extraordinariamente compleja y a ellos hay que añadir los separatismos y nacionalismos varios —no solo Ucrania y Georgia, sino regiones como Tartaristán o Yakutia se declararon en cierto momento independientes— y las fuerzas anarquistas y campesinas por otro. La guerra fue brutal y se unió a una tremenda hambruna provocada a medias por la guerra, la mala política y una obstinada sequía. Cuando hacia 1923 fueron aplastadas las últimas tropas antibolcheviques, el balance de víctimas era sobrecogedor: se habla hasta de nueve millones, de las que un millón fueron a causa de la hambruna. Otro millón de rusos había emigrado, y de ellos la mayor parte nunca volvieron.

Mientras tanto, la situación había llevado a Lenin a impulsar el llamado "comunismo de guerra". La incapacidad bolchevique de controlar la economía y el hambre en las ciudades les hizo cargar las tintas sobre el campo. Con el nombre de "comunismo de guerra" introdujeron una política económica caracterizada por la nacionalización, la centralización y la expropiación de bienes —especialmente agrarios— *manu militari*, con el objetivo de mantener los suministros de las ciudades y la buena marcha de la guerra[90]. En realidad no se trató de un nuevo sistema en sí, aunque hubiera indicios de los orígenes de la planificación "socialista". Lo que hacían era adaptarse a una situación excepcional, imitando lo que los alemanes habían hecho durante la Primera Guerra Mundial, algo que Lenin conocía muy bien, pero que ya había sido propuesto y exigido al Gobierno provisional e, incluso, esbozado bajo el zarismo[91]. El resultado fue un desastre económico que, por otro lado, permitió sobrevivir al bolchevismo. La represión del campo, su empobrecimiento, salvó la situación, aunque fuera solo por el momento.

Lenin y la represión

No es que Lenin fuera más violento que otros políticos de su época y ambiente. Lo que sucede es que su objetivo era mucho más radical —en el sentido de ir a la raíz—. A la altura de julio de 1918, Lenin pensaba que ya no tendría que aplicar más violencia sobre la sociedad. Había terminado con los adversarios internos, firmado la paz con los alemanes y parecía controlar Petrogrado. Creyó que podría dedicarse a transformar la sociedad. Sin embargo, eso no era así y la guerra civil, una cruenta guerra civil —no unas cuantas escaramuzas del tipo de la Comuna de París— estaba a punto de estallar. Tampoco a Lenin le

bastaba con crear un nuevo régimen, un gobierno más, aunque fuera sobre la base de la dictadura. Lo que quería era cambiar el mundo. ¿Qué sentido tenía destruir por completo el sistema anterior, acabar con el pasado, si no se iba a construir algo totalmente nuevo? La violencia de Lenin, su ferocidad implacable, no se explica porque Lenin fuera una roca sin sentimientos. Su vivo deseo de levantar un mundo nuevo no paraba en ninguna consideración moral. El fin siempre era la explicación y excusa de cualquier método.

No bastaba con tomar el poder. Había que conservarlo. La doble obsesión de Lenin por centralizar las decisiones y por no hacer concesiones a otras fuerzas políticas llevó a los bolcheviques a estar pronto casi aislados. Fue necesaria entonces la violencia y la represión. No había frente en el que las condiciones de la victoria bolchevique pudieran defenderse de forma pacífica o consensuada. La radicalidad y la falta de compromiso de Lenin y los suyos los llevó a una orgía de violencia. Esto implicó crear un aparato de represión nuevo.

El Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, denominado NKVD en sus siglas rusas, fue uno de los primeros comisariados del pueblo y tenía como tareas el mantenimiento del orden público en todos sus aspectos —la milicia, la policía obrera, estaba a su cargo— pero también los bomberos o la gestión de los millones de refugiados producidos por la Primera Guerra Mundial[92]. En el Reglamento sobre el NKVD del 24 de mayo de 1922 se mencionan también otros aspectos como la gestión de actividades de los órganos administrativos locales, el control de los pasaportes y la organización del trabajo forzoso[93]. Apenas unos años después, la extensión de las deportaciones masivas, de los campos de trabajo y de las ejecuciones extrajudiciales se apoyaría en este esbozo institucional.

Pero Lenin tenía muy claro desde el principio que para construir su socialismo era necesario —lo repitió a menudo— eliminar las fuerzas "burguesas" y "contrarrevolucionarias". Por ello muy pronto, ya en diciembre de 1917, decidieron separar la represión extraordinaria —para distinguirla de la delincuencia supuestamente común— creando una organización específica que tuviera poderes especiales. El crecimiento del movimiento huelguístico contra los bolcheviques en Petrogrado llevó a que el Sovnarkom, por una nota escrita del mismo Lenin, le encargara a Dzierżyński que presentase una propuesta de cómo se podría combatir lo que ellos denominaban "contrarrevolución" y "sabotaje" y "por qué medios" podrían combatirlos. Era necesario centralizar de algún modo la represión[94]. Al día siguiente, Dzierżyński emitió un informe y se estableció la Comisión Extraordinaria[95].

El 20 de diciembre, Lenin, en una nota a Dzierżyński, le pedía con respecto a su informe si

> ¿no es posible producir un decreto de la siguiente manera? La burguesía tiene la intención de cometer los crímenes más atroces, sobornar a la escoria de la sociedad, llevar a cabo pogromos. Los partidarios de la burguesía, especialmente los altos dignatarios, funcionarios del banco, etcétera, están saboteando su trabajo y organizando huelgas para detener las medidas del Gobierno para lograr una transformación socialista.

Incluso llegan a sabotear los suministros de alimentos, amenazando a millones de personas con el hambre. Las medidas excepcionales son esenciales para tratar con contrarrevolucionarios y saboteadores[96].

En la sesión del 20 de diciembre de 1917, el Sovnarkom, presidido por Lenin, votó a favor de la sugerencia de Dzierżyński de establecer la "Comisión Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje"[97]. No se trató de un decreto oficial, sino más bien de una resolución que subordinó la Cheka al Sovnarkom, explicando sus tareas, delimitando sus responsabilidades y señalando quiénes iban a ser sus primeros miembros. Había nacido, con aquiescencia y bendición de Lenin, la policía política soviética, el germen de lo que se puede denominar sin problemas como la primera policía totalitaria de la historia.

La creación de la policía política venía de la mano de una legalidad represiva cada vez mayor. Si desde octubre no participaban en el Gobierno y los soviets más que unos pocos socialrevolucionarios, ya en noviembre del 1917 se prohibió el Partido Democrático Constitucional, los cristianodemócratas. Paulatinamente, en el periodo 1918 a 1920 se fueron prohibiendo otros partidos y organizaciones consideradas contrarrevolucionarias hasta que en 1921 el único partido legal permitido fue el Partido Comunista Ruso (bolchevique), el partido de Lenin, así llamado desde 1918. Un largo camino había llevado desde la escisión de los socialdemócratas impulsada por un cabezota y malencarado Lenin hasta su establecimiento como partido único en el país más grande de la tierra.

El líder del proletariado internacional

El prestigio internacional de Lenin creció extraordinariamente, pero su toma violenta y unilateral del poder provocó también mucho rechazo incluso entre los socialdemócratas de otros países. Su sueño de crear una nueva Internacional parecía más cercano ahora, y hasta más necesario. Ya no era solo el diseñar una plataforma de colaboración partidista para continuar las tareas transformadoras —y revolucionarias— de la socialdemocracia. Ahora había que crear el Estado Mayor de la revolución mundial. Y un Estado Mayor que, además, atrajera apoyo internacional a un régimen que todos ellos, de Trotski a Stalin, pasando por el propio Lenin, temían que fuera temporal.

A finales de diciembre del 18 se comenzó la preparación y el 2 de marzo de 1919 se fundó la III Internacional, la Internacional Comunista. Para entonces, las revoluciones europeas habían fracasado o estaban en trance de ello. Su antigua conocida y contrincante Róża Luksemburg había sido asesinada, así como Karl Liebknecht. Ambos se habían convertido por breve tiempo en los máximos representantes de la tendencia comunista en la socialdemocracia alemana. Por ello, Lenin comenzó su intervención en el

encuentro recordando su memoria. Pero el primer congreso apenas reunió a unos cuantos grupúsculos, casi sectas. Zinóviev fue elegido presidente y encargado de organizar la Internacional.

Sin embargo, el verdadero congreso que impulsó el comunismo internacional, el inmortalizado en cuadros y fotografías de época, fue el segundo, en julio y agosto de 1920, y que tuvo una breve apertura en Petrogrado, donde Lenin recibió a los delegados y pronunció un discurso en el que

habló durante varias horas en la primera sesión formal del congreso, bajo la columnata blanca del Palacio de Táuride. Su informe versó sobre la situación histórica consecuente al Tratado de Versalles. Citando abundantemente a Maynard Keynes, Lenin estableció la insolvencia de una Europa troceada arbitrariamente por los imperialismos victoriosos, y la imposibilidad de cualquier resistencia prolongada por parte de Alemania de las cargas que le habían sido tan idiotamente impuestas; concluyó que una nueva revolución europea, que estaba destinada a implicar también a los pueblos coloniales de Asia, debía ser inevitable[98].

El congreso se trasladó luego a Moscú. Para entonces, la situación tanto interna como externa había cambiado. En Rusia, la guerra civil parecía ir yendo mejor para los bolcheviques, pero en Europa, la revolución había sido claramente derrotada. Por ello, los comunistas rusos se habían convertido en la cabeza de la revolución y del movimiento obrero internacional. Podían ahora ejercer de "hermanos mayores" de quienes les habían mirado de forma condescendiente durante mucho tiempo; Lenin no podría olvidar, seguro, los continuos intentos de patronaje por parte de la socialdemocracia alemana cuando se escindió el partido. Por ello, siguiendo la cultura política que Lenin había instaurado, la Internacional Comunista instauró las llamadas "21 condiciones" para los partidos comunistas que quisieran formar parte de la organización. Eran reglas muy duras, cuya exigencia aseguraba al cabo una obediencia sustancial al partido ruso. Lenin, que había combatido el federalismo dentro de su organización, extendía esa centralización ahora hacia el resto del mundo. Por un lado, eso aseguraba la unidad del movimiento en un momento difícil. Pero por otro, acabó creando una jerarquía de partidos comunistas que eliminaría durante décadas el desarrollo autónomo de las organizaciones hermanas y las convertiría, para la propaganda anticomunista, en "esclavos del Kremlin". De este modo, y siguiendo a Lenin, el comunismo recién institucionalizado se negaba *a priori* a convertirse en movimiento de masas, al contrario que había sido la aspiración de la socialdemocracia europea en la que habían participado los bolcheviques y que ahora, con estas condiciones, se escindía de nuevo. A lo largo de los años siguientes, todos los partidos socialistas perderían miembros —generalmente jóvenes— a favor de la creación de nuevas formaciones que se denominarían a sí mismas "comunistas". Justo en el momento en que, por primera vez, la socialdemocracia comenzaba a gobernar en países importantes de Europa y justo cuando comenzaba a asomar el fantasma de la reacción y el recién

nacido fascismo, el socialismo se dividía.

Hacia la Nueva Política Económica

El 1 de marzo de 1921, los marineros de Kronstadt, la flor y nata de los revolucionarios, que habían apoyado a los bolcheviques en 1917, se sublevaron. Miles de ellos, de diversos barcos, aprobaron resoluciones exigiendo nuevas elecciones al soviet por voto secreto, libertad de expresión y de reunión, así como la abolición de la Cheka. Tenían también algunas reivindicaciones económicas, como el fin de la requisición de grano y el restablecimiento de un mercado libre para los campesinos, peticiones que tenían que ver con los problemas económicos del momento. Rusia, en marzo de 1921, estaba al borde del colapso económico, lo que trajo toda una serie de revueltas en el campo y de huelgas en las ciudades. La industria nacionalizada no acababa de arrancar y la inflación real —pese al control de la moneda— era altísima.

La rebelión de Kronstadt fue aplastada con la masiva fuerza del Ejército y la Cheka, todo conato de apoyo en Petrogrado se sofocó de inmediato. La represión fue brutal e inmisericorde, y más teniendo en cuenta que se trataba de marineros revolucionarios y que realizaban peticiones que podemos llamar progresistas. Kronstadt demostró fehacientemente que los bolcheviques no iban a avanzar en la democratización, ni siquiera cuando el Gobierno bolchevique se había afianzado o estaba en vías de ello.

Entonces Lenin realizó una de sus fintas pragmáticas. Dándose cuenta de la tremenda situación de la economía, diseñó una nueva política económica que, en realidad, suponía una vuelta controlada a un capitalismo vigilado. Trotski habla de ello elogiosamente como "la política leninista de los grandes virajes" que, pese a las concesiones a la burguesía, decía, la mantenía siempre alejada del verdadero centro del poder que era el partido[99]. La Nueva Política Económica (NEP) supuso una derrota teórica y Lenin tuvo que explicarla una y otra vez. Inventó un concepto llamado "capitalismo de Estado", que no era más que una forma de justificación del paso atrás. Pero funcionó. La economía creció y los bolcheviques alcanzaron la estabilidad que tanto deseaban. Algunos teóricos del partido, como Nikolái Bujarin, comenzaron a ver la NEP como una fórmula de desarrollo del socialismo que hoy entenderíamos como de economía mixta. Un avance de esos Estados del bienestar que comenzarían a surgir con la crisis del 29 y se harían fuertes después de la Segunda Guerra Mundial. No les sirvió, sin embargo, para acumular el capital necesario para impulsar la industrialización del país. El problema de a quién explotar para obtenerlo quedaba abierto.

11. El final de Lenin

La última enfermedad de Vladímir Ilích comenzó con síntomas leves: se mareaba al levantarse de la cama y se tenía que agarrar el armario que estaba a su lado. Los médicos convocados inmediatamente para verle no prestaron al principio mucha atención a este síntoma. El profesor Darkshevich, conocido neurólogo, que fue convocado para ver a Vladímir Ilích, consideró la enfermedad tan común ("exceso de trabajo") que se permitió quejarse a Vladímir Ilích de lo difícil que era la vida para los científicos, que tenían que subir ellos mismos la leña por las escaleras, etc. Y Vladímir Ilích se puso triste y pensativo; presintió problemas y a todos los consuelos respondía: "No, esta es la primera llamada". Para desgracia de toda la humanidad, su pronóstico se cumplió[100].

De esta forma explicaba Nikolai Semashko, el organizador de los servicios médicos de la URSS, como había comenzado el "pesadillesco desvanecimiento de Lenin". El año final de Lenin fluctuó entre el empeoramiento de su enfermedad y leves recuperaciones. Fiel a su voluntad férrea, el líder bolchevique intentó una cierta rehabilitación a base de ejercicio y actividad, en la medida que podía. Todavía en enero y febrero de 1923 era capaz de dictar sus textos. Pero el 9 de marzo: "Apareció un grave ataque de parálisis del lado derecho del cuerpo con aguda alteración del habla, que inmediatamente adquirió un carácter permanente. A mediados de mayo Vladímir Ilích se trasladó a Gorki, donde permaneció hasta su muerte"[101].

Aunque su salud volvió a mejorar, y todos esperaban que se recuperara, el 21 de enero de 1924, a las seis de la tarde, estalló una catástrofe: "Un violento ataque se prolongó durante casi una hora, con pérdida total del conocimiento, aguda tensión muscular general. La temperatura corporal alcanzó los 42,3 ºC. Vladímir Ilích murió sin recobrar el conocimiento"[102].

La muerte de Lenin había llegado precedida de una violenta tormenta en el seno del partido. La sucesión de Lenin no estaba asegurada, quienes parecían más dispuestos y preparados para ello tenían rivales que se consideraban aún mejores. Toda una tradición política de rivalidades, puñaladas por la espalda, conspiraciones pequeñas y grandes, egos desmesurados y vanidades no satisfechas. El mismo Lenin se daba cuenta de que la deriva burocrática del Gobierno bolchevique estaba devorando las

ansias de cambio de los revolucionarios. En muchas de sus últimas cartas dictadas y de sus informes y reflexiones se refleja precisamente esto: "Lo principal, en mi opinión, es desplazar el centro de gravedad de la redacción de decretos y de órdenes (nuestras tonterías en este aspecto se aproximan a la idiotez) a la selección de gente y al control del cumplimiento. Esto es lo esencial". Pero la solución era poco efectiva: "Todos nosotros hemos caído en el infecto pantano burocrático de los 'departamentos'. Para la lucha cotidiana contra eso hacen falta gran prestigio, inteligencia y firmeza. Los departamentos son una mierda; los decretos son una mierda. Buscar gente y controlar su trabajo: en eso reside todo"[103]. El socialismo de Lenin acababa por encarnar apenas un régimen administrativo, de orden y mando, que, además, no contaba con la posibilidad de la revocación ordenada y en plazo de los responsables, como en los sistemas liberales, sino que dependía de la voluntad de quienes tenían en sus manos el poder de decisión. Habían cambiado la dictadura de quienes poseían los medios de producción, y usaban ese poder para enriquecerse, por la de quienes tenían un poder administrativo sin la responsabilidad sobre la producción, sino sobre su propia carrera. El germen de la ineficacia continua del socialismo leninista estaba ya ahí. Aunque la llegada de Stalin, con su ingeniería social violenta, cambiaría radicalmente el sentido de la dictadura del proletariado, yendo mucho más allá que Lenin, lo cierto es que la metodología administrativa surgió con la cultura política leninista.

Y es por eso posiblemente que Lenin, en los últimos momentos de su vida, se esforzó con fiereza, acosado por la enfermedad, sin poder hablar al final, apenas un pobre inválido, en "seleccionar a la gente". Los últimos documentos de su vida fueron dirigidos a dejar sentadas las bases para reorganizar el Estado, para evitar lo que él, con mucha claridad, veía como males que había que superar. Dejó escritas sus ideas para superar los problemas nacionales y la estructura federal al problema nacional y federativo, propuso revisar el departamento de planificación (Gosplan) y la inspección de control (Rabkrin) y se preocupó de muchos otros aspectos del país. Pero su voz ya era poco más que un susurro.

El 26 de mayo de 1922, Lenin sufrió el primer ictus, aunque parece que ya había tenido señales días antes. Se trasladó con Nadezhda al pueblo de Gorki, un bucólico lugar no muy lejos de Moscú. Siguió una recuperación que le llevó a regresar a Moscú y reanudar el trabajo en octubre. Todavía el 13 de noviembre pronunció un discurso en el IV Congreso Mundial de la Internacional Comunista, titulado "Cinco años de revolución rusa y las perspectivas de la revolución mundial". Pero pocos días después sufrirá el segundo ictus. Es entonces cuando, entre el 23 y el 31 de diciembre, sacando fuerzas de flaqueza, dictará una carta "al Congreso del Partido", que, junto con una adenda posterior, pasará a la historia como "el testamento de Lenin". Su idea era que la carta fuera leída en el XII Congreso del Partido, que debía tener lugar en abril de 1923.

Pero unas pocas semanas después, el 9 de marzo de 1923, Lenin sufrió el

tercer ataque, el que lo dejó casi inutilizado. Toda la fuerza del texto que, en la típica tradición de Lenin, daba buena cuenta de los miembros del politburó, uno por uno, criticando sus deficiencias, se escapó. Nadezhda no llevó el texto al congreso, sino que lo retuvo, para no causar más preocupaciones a Lenin. Solo lo entregó al siguiente congreso, en mayo del 1924. El politburó, posiblemente avergonzado por las revelaciones de Lenin, manipuló la forma en que se hizo público, restringiéndolo a comisiones y miembros del partido. Aunque a lo largo de la segunda mitad de los años veinte el texto se publicó íntegro, ya era demasiado tarde. La principal propuesta práctica de Lenin era la sustitución de Stalin como secretario general, lo que podía haber supuesto un reforzamiento de Trotski, al que también se criticaba. El silenciamiento de la carta llevó a que, cuando Stalin asumió plenos poderes y Trotski ya estaba desterrado, la postura oficial del Gobierno fue que se trataba de una falsificación. Esto fue hasta la muerte de Stalin y el XX Congreso del Partido en 1956, cuando Nikita Jruschov, el secretario general, en su campaña de desestalinización, la utilizó abiertamente.

No sabemos qué habría pasado de estar Lenin en condiciones de haber presentado él mismo su carta, o de haberla defendido, incluso desde la cama. Pero la feroz lucha entre sus sucesores acabó en la destrucción completa del partido de Lenin y su sustitución por el partido de Stalin, que sería, pese a cambios, el que regiría la URSS hasta su disolución. Y quizá más allá.

Para entonces Lenin yacía ya en un mausoleo, primero de madera, temporal, y luego de mármol. Desde allí, cada año, sus sucesores contemplarían el paso del desfile de conmemoración de la revolución y, más tarde, de la Gran Guerra Patria. Apoyados literalmente en la tumba de Lenin, los comunistas soviéticos —ya no solo rusos— pretenderían ser fieles a su legado.

El legado de Lenin

Cada año y medio, los médicos encargados del cadáver de Vladímir Ilích lo sumergen en una solución de glicerina, luego en formaldehído, alcohol, sosa acética y potasio, y una infusión de vinagre. También le aclaran la piel con peróxido de hidrógeno, que impide la formación de manchas e impurezas. Casi un mes y medio pasa el cuerpo en la bañera, recuperando de alguna manera su forma, su prestancia. Quien, al cabo de ese tiempo en el que el mausoleo está cerrado, acuda a contemplar el cuerpo, tampoco verá mucho. Apenas se permite estar de pie unos segundos frente al sarcófago y enseguida te apremian a continuar. La iluminación es efectista y oculta el escenario, que está preparado como en cualquier teatro o plató de cine. Hay silencio, frío y una sensación extraña como de estar en un lugar sagrado, santo, prohibido, tabú, extrañamente púdico y, a la vez, cargado con la agresividad de los guardias que vigilan los movimientos. El cuerpo en el sarcófago es pequeño, lo

que se ve de él. Irreal incluso. Como una figura de cera, más que los restos de lo que alguna vez fuera un ser humano.

Buena parte de los documentos que explicarían cómo el cuerpo originario llegó a ser esa figura como de plástico están —todavía hoy— bajo secreto de Estado. No sabemos bien, no conocemos del todo, qué es exactamente lo que se le hizo al cadáver. Le practicaron una autopsia, eso sí. Los médicos abrieron el cuerpo y seccionaron las arterias y las venas, rajaron los pulmones, extrajeron, pesaron y midieron el cerebro. Según Semashko:

> La esclerosis de los vasos del cerebro de Vladímir Ilích era tan fuerte que estos vasos eran tan gruesos que se golpeaban con pinzas metálicas como si fueran de piedra. Las paredes de muchos vasos eran tan gruesas y los vasos tan sobrecrecidos que no dejaban pasar ni un pelo por el lumen. Así, zonas enteras del cerebro estaban privadas de acceso a sangre fresca, permanecían sin alimento[104].

Los órganos fueron alejados, las partes blandas desechadas o conservadas. Luego se dieron cuenta de que sería oportuno conservar la figura para la posteridad, para que los creyentes pudieran contemplar los restos de la santidad de quien fuera el líder y constructor de aquella sociedad surgida de las cenizas de una guerra interminable. Tuvieron pues que recoger los fragmentos y meterlos en líquidos de embalsamamiento, añadir fluidos antibacterianos, soluciones gomosas que permitieran que todo se sujetara, se uniera y mantuviera. Hubo que pegarle los párpados para que no se hundieran, cuidar que la forma, el aspecto, los parámetros de lo que una vez fuera un cuerpo vivo continuaran ajustándose a lo que se pensaba que debía ser para demostrar la continuidad de su revolución. Con los años, se le fueron cayendo fragmentos, desaparecieron aún más partes, que fueron sustituidas por materiales artificiales que intentaban recuperar de forma ficticia el aspecto de la muerte, que no de la vida, de aquel cuerpo. Apenas queda en el sarcófago, se dice, poco más que la cabeza y las manos, que son las zonas, por cierto, mejor iluminadas en el interior de ese mausoleo que una vez supuso el centro simbólico de una nueva nación que quería llegar a ser el origen de un nuevo mundo.

Nadezhda Krúpskaya había pedido que se le enterrara de la forma habitual, sabiendo que a Lenin aquello no le habría gustado. Pero no se le hizo caso. Cuando desapareció la Unión Soviética hubo voces que propusieron que se alejara el cadáver de la plaza Roja y se le hiciera desaparecer discretamente en algún cementerio de la capital rusa. No pasó y no parece que vaya a suceder nunca, al menos mientras el nuevo poder ruso se reclame heredero del imperio que comenzó a fundar Lenin. Todavía hoy los escolares acuden con sus profesores a rendir visita al creador del Estado soviético, como si nada hubiera cambiado en Rusia. El líder del Partido Comunista de la Federación Rusa, Guennadi Ziugánov, proclamó que sacar a Lenin del mausoleo sería cometer una "blasfemia", ahondando así en la santidad del líder.

Tras la autopsia y los tratamientos, el cuerpo de Lenin quedó

completamente vacío, metáfora evidente, aunque vulgar, de su legado. El socialismo de Lenin se convirtió en una cáscara, un sinfín de palabras que, con el tiempo, perdieron vigencia, fuerza y poder de convicción, aunque, es cierto, mantuvieron toda su toxicidad. Durante décadas los análisis, contradictorios, radicales, discordantes, violentos en su lenguaje, a veces concluyentes, determinantes y cortantes y a veces poco más que salvas hueras escupidas al aire maloliente de las discusiones políticas de su época, resultaron determinantes para toda una serie de movimientos políticos que quisieron continuar la radical misión de cambiar el mundo por la fuerza.

El legado de Lenin es mucho más ambivalente que el de otras figuras terribles del siglo XX, que Stalin, Hitler, incluso que Franco. Descrito a veces como un demonio con cuernos y rabo, denigrada su figura a menudo, hubo sin embargo millones de personas para los que su figura resultaba simpática. No hay duda de que Lenin era consciente de las técnicas de *marketing* político. Su barba recortada y su icónica calvicie se unieron a una gorra comprada en Estocolmo, al pasar el tren sellado, que parecía darle un aspecto más de obrero que el bombín que solía usar. La ropa sencilla y gastada que era al mismo tiempo solemne y al mismo tiempo casual y despreocupada. En Octubre apareció en Smolny con la barba apenas dibujada: se la había quitado para esconderse en Finlandia y volvió a dejársela en cuanto se sintió seguro. Por mucho que sin barba tuviera un rostro —lo decían los contemporáneos— más proletario y más joven, sabía conscientemente que su aspecto era parte de su capital político. Como lo era su apodo de "Lenin", fácil de pronunciar en todos los idiomas y difícilmente olvidable.

También su vehemencia política, su sectarismo y su frialdad hacia las pérdidas humanas —consideradas "necesarias"— han dejado un legado en las formas políticas modernas que se mantiene hasta hoy. Las técnicas de su política —centralismo de la dirección del partido, escisiones continuas para garantizar la línea política, ataque incesante al que disiente, apropiación del programa del contrincante para luego rechazarlo una vez eliminado este, populismo disfrazado de sentido común, agitación sin tregua…— se convirtieron en marca de muchos de los movimientos políticos del siglo, no solo de los comunistas o izquierdistas. Es difícil saber si Lenin fue el inspirador de estas técnicas de la época de la política de masas o simplemente un representante más de ellas, pero es seguro que fue el primero que llegó al poder de ese modo. Le seguirían luego muchos otros, en dictaduras y democracias, pero su formulación fue, posiblemente, la primera. También su forma de construir un Estado monopartidista abrió el camino a los totalitarismos y las dictaduras modernas, y no hay duda de que, a izquierda y derecha, el modelo leninista representó un elemento indiscutible en el camino de la destrucción inconmensurable que el siglo XX trajo a Europa.

Uno de los legados principales, que todavía se hace notar, es la consideración de Lenin como una especie de santo laico. La izquierda continúa creyendo en Lenin como en el gran artífice de la revolución y el nuevo mundo. Que en 2017 el Partido Comunista de España decidiera

recuperar el leninismo como doctrina, cuando la había desechado 40 años antes, es una muestra clara tanto de la vigencia del símbolo como de la pervivencia de su legado[105]. Cierto es que, más allá de esa recuperación formal, ni la práctica ni el entramado teórico de los comunistas españoles tiene mucho que ver hoy día con el dogma leninista: el insurreccionalismo leninista se desgañitó en la fiereza de los intentos revolucionarios de la segunda mitad del siglo XX, al tiempo que el país del socialismo original se transformaba en una decrépita dictadura de industrialización y consumo. No quedan muchas enseñanzas concretas para los comunistas más allá del maquiavelismo leninista que, por cierto, ha sido imitado con éxito —y conscientemente— por las ultraderechas populistas que asolan el siglo XXI.

Pero el culto a Lenin sigue existiendo. Tras el atentado de 1918, los camaradas más cercanos de Lenin —Trotski y Zinóviev entre ellos— contribuyeron a construir, mediante discursos, escritos y publicaciones, una imagen del líder que lo entrelazaba con mitos del folclore y la religión ortodoxa, como si fuera un San Jorge luchando con el dragón. La devoción hacia Lenin implicaba el odiar a quienes estaban en contra suya, primero a los que supuestamente habían atentado contra él, pero luego a todos los que se opusieran de forma real, figurada o simplemente atribuida, al líder bolchevique y su obra.

De esta forma comenzó el culto a Lenin, el primer culto a un líder importante del siglo XX. Y, de hecho, aunque se solidificara con el transcurso de la guerra civil y después de su muerte, la primera mitificación espontánea de Lenin ya se había producido tras el atentado. El partido había reconocido muy pronto la necesidad de una simbología fuerte, que sustituyera tanto a la religión como al nacionalismo, las dos formas —a veces enfrentadas, a veces unidas— de comprender el mundo y la modernidad.

Porque la construcción del mundo moderno que preconizaba la socialdemocracia radical y violenta de los bolcheviques se unía a un impulso nacionalista quizá todavía inconsciente, pero que estaba muy profundamente arraigado en el conservadurismo cultural de Lenin. Para entonces Lenin, que era considerado la vanguardia del proletariado internacional, firmaba sin embargo los decretos del poder soviético en un despacho del Kremlin de Moscú. Los bolcheviques, aparentes destructores de Rusia, habían devuelto la capitalidad a Moscú, el centro espiritual de la tradición rusa.

Y allí estaba Lenin, ya convertido en leyenda, en símbolo de la revolución, algo que él despreciaba y que le hacía sentirse incómodo. Odiado por muchos, pero adorado también por otros, un hombre que comenzó muy pronto a convertirse en leyenda pero que, en cualquier caso, era ya un símbolo. Cuando Lenin bajaba desde su despacho a trabajar con los obreros en un "sábado comunista", se convertía en pasto de historias y cuentos que, incluso, se desplegaban como baladas y romances épicos compuestos y cantados por campesinos y narradores populares. Pronto aparecieron representaciones en las más variadas formas de arte popular, como las cajitas lacadas de Palej, con sus paisajes y personajes nacidos del folclore ruso.

La creación de vigorosos símbolos del partido y del Estado había sido muy rápida. Se aprovecharon muchos materiales del pasado, pero se diseñaron muchos otros nuevos: el escudo con la hoz y el martillo, un símbolo evidente de esa alianza obrero-campesina que había sido quizá la aportación más original de Lenin al marxismo; estaban también la adopción de la Internacional como himno del Estado y de la bandera roja como bandera, algo que entroncaba con la tradición revolucionaria, pero asimismo nacía el símbolo de la estrella roja, que puede que tuviera que ver con la novela de ciencia ficción bolchevique de Bogdanov llamada precisamente *Estrella Roja* (por el planeta Marte). A toda esta imaginería se vino a unir el mito de Lenin, como lazo de solidaridad de los ciudadanos y los pueblos de la república naciente y de esta con el partido que la dirigía. Lenin se instituía así en un modelo para los ciudadanos soviéticos, más allá de su pertenencia al partido comunista o de su participación en las instituciones del país. Lenin se convertía en instancia moral, un folio en blanco sobre el que se dibujaba una ética específica, destinada a impregnar la vida cotidiana de los ciudadanos en el país, aunque también de quienes se reclamaran parte de ese movimiento global que soñaba con transformar por completo el mundo.

El mito de Lenin comenzó muy pronto, como hemos dicho, y adoptó rápidamente aspectos cuasi religiosos. Y no solamente entre los campesinos rusos o los obreros sin cualificación de las nuevas empresas soviéticas. Clara Zetkin describía con enorme pasión uno de sus encuentros con Lenin:

> Mientras Lenin hablaba, su rostro se había ido contrayendo ante mis ojos. Profundas arrugas, grandes y pequeñas, un sinnúmero de arrugas, lo surcaban en todas direcciones. Cada una de aquellas arrugas estaba trazada por un grave cuidado o un dolor mordiente. En el rostro de Lenin había una expresión de sufrimiento callado e indecible. Yo me sentía emocionada, conmovida. Ante mi alma se alzaba la imagen de un Cristo crucificado, el Cristo medieval del maestro Grünewald. […]. El crucificado de Grünewald es el hombre cruelmente martirizado y torturado hasta la muerte, en quien se descargan los pecados del mundo. Así veía yo a Lenin ante mí, como un Cristo de la Amargura, agobiado, lacerado con el pensamiento de los dolores y los sacrificios que el pueblo ruso del trabajo había soportado y tenía que soportar en la lucha por su libertad, para poder triunfar sobre sus pérfidos y cínicos enemigos[106].

No estaba sola en su desaforada apreciación del líder. La muerte de Lenin lo convirtió en un icono en un sentido incluso ruso: era habitual en las izbás de los campesinos rusos el poner un icono en un rincón, al que se le denominaba "el rincón rojo" (en realidad "hermoso", porque estas palabras en ruso provienen de la misma raíz). Tras la muerte de Lenin se empezarán a colocar retratos suyos en lugar —a veces a la vez— de los iconos religiosos. Un cierto olor de santidad que, todavía en los noventa, hacía que muchos de quienes habían sufrido lo indecible bajo las dictaduras del socialismo real mantuvieran sin embargo un cierto respeto por aquel icono calvo y barbudo.

Pero el culto, que tuvo parte de admiración espontánea y milenarista, por un lado, resultó fácil de construir y manipular. Poco después del fallecimiento

de Lenin se creó el "Instituto V. I. Lenin", un arma en la lucha por el poder de Stalin dirigido por su secretario personal, Ivan Tovstukha. Tovstukha, entre otras cosas, se dedicó a reunir los comentarios críticos que Vladímir Ilích había escrito sobre otros dirigentes del partido para que Stalin los utilizara como material comprometedor cuando los necesitara[107]. Como parte de esa estrategia de construcción de un culto se desplegaron actividades y rituales como la exhibición del cuerpo embalsamado en el mausoleo de la plaza Roja, la publicación exhaustiva y plagada de notas y exégesis de sus escritos, la recolección de toda reliquia suya que se conservara o la organización de museos y exposiciones que santificaran los lugares en los que hubiera vivido. Todo esto iba mucho más allá de la habitual —y también extensamente practicada— simbología de erigir estatuas, dedicarle calles, ciudades y hasta montañas o nombrar organizaciones —los Pioneros leninistas—, colegios o fábricas. Que el San Petersburgo de Pedro I se transformara en el Leningrado de Lenin implica un grado de transmutación de la esencia de la ciudad casi taumatúrgico.

Su cerebro fue sometido a un detallado estudio científico, posiblemente como una decisión de Stalin que pretendía conferir una especie de estatus de santidad a Lenin en un momento en el que ya no podía oponérsele. Se debía aportar la prueba científica de que Lenin había sido un genio. Aunque algunos resultados de la investigación arrojaban datos peligrosos y difíciles de defender: "Todos los médicos presentes en la autopsia se maravillaron ante aquel espectáculo sin precedentes: cómo podía Vladímir Ilích, con daños tan profundos en partes tan importantes de su cerebro, pensar, dictar artículos notables por su profundidad de pensamiento e interesarse por la política. Incluso algunas partes del cerebro preservadas de la enfermedad producían aquellos pensamientos brillantes de Vladímir Ilích"[108].

La fuerza del mito de Lenin superaría incluso dos factores: el agotamiento y la decrepitud del marxismo soviético y el final de la Unión Soviética. En la URSS, el marxismo acabó muy pronto por convertirse en mera fórmula ritual, la revolución solo una palabra vacía. Por eso, a partir de los años sesenta del siglo XX, se reforzó el culto a la Gran Guerra Patria, la Segunda Guerra Mundial, porque era un esqueleto patriótico considerado más apto que la abstrusa filosofía occidental de Marx. Pero aún en medio de ese cambio, Lenin siguió siendo adorado y reverenciado. Hasta tal punto que, cuando comenzó la perestroika, se convirtió en el contrapunto de Stalin para quienes querían salvar algo del antiguo Estado proletario. Lenin habría sido ajeno a los horrores estalinistas, por supuesto. Esto se vio en que en buena parte de los países postsoviéticos se mantuvieron sus estatuas y la toponimia leniniana, por mucho que se retiraran otras relacionadas con el comunismo. En Ucrania, por ejemplo, solo el trauma de la invasión rusa de Crimea en 2014 y de la posterior extensión de la guerra en 2022 llevó a la destrucción masiva de monumentos a Lenin y a la sustitución de las calles y plazas que lo recordaban.

Esto se erosionó con el surgimiento del sistema de Putin. Al tiempo que

Stalin volvía a aparecer como el constructor de la potencia soviética —identificada con la Rusia actual—, a Lenin se le achacaban los males de la destrucción de la patria. Durante las conmemoraciones del centenario de 1917, Lenin apenas apareció. Y, cuando en 2022 se desplegó la cruenta invasión de Ucrania por las tropas rusas, Putin llegó a echarle la culpa a Lenin de la creación de Ucrania y, con ello, de su separación del cuerpo de la nación eslava.

Sin embargo, el mito, como decimos, no ha desaparecido. Sigue habiendo partidos y organizaciones que se reclaman sucesoras de su pensamiento. Y sigue existiendo una reivindicación de su acción política y teórica que lleva a filósofos como Slavoj Žižek o Lars T. Lih a intentar encontrar una plasmación contemporánea, un uso moderno de su obra. Hay también quien no considera lícito rescatar la memoria del responsable directo de tanta muerte, lo que ha llevado a la creación de todo un género de biografías denigratorias del líder bolchevique —especialmente en antiguos países socialistas—. En cualquier caso, la fórmula *Lenin yiv!* ["Lenin vive"] sigue describiendo muy bien la situación: ni su legado, ni su obra ha muerto del todo, aunque el cuerpo de la plaza Roja ya no sea más que una ficción.

12. El atentado

Durante años, muchos historiadores aceptaron la versión oficial de la implicación del Partido Socialrrevolucionario de Izquierda en el intento de asesinato y asumieron que la acusada del asesinato era miembro de ese partido. No solo historiadores soviéticos, sino también occidentales, tomaron por buena la tesis de que Fania Kaplan había actuado como SRI. Leonard Schapiro, por ejemplo, uno de los investigadores clásicos de la revolución, criticó de forma somera las acusaciones oficiales de 1922 contra los socialistas revolucionarios. Pero en lo relativo al atentado, se quedó con la idea de que Kaplan sí era una SRI y planteaba que su motivo era posiblemente el de impulsar una revolución más profunda, que, a su juicio, tras el tratado de Brest-Litovsk con los alemanes, se había encerrado en un solo país. Pero para Schapiro, como para muchos otros, Kaplan había actuado por iniciativa propia, sin órdenes, sin organización.

Sin embargo, no está claro que Kaplan fuera la asesina. O, al menos, que actuara sola. Parece confirmado que tenía lazos personales con los socialistas revolucionarios, pero no que tuviera relación directa con el partido, conspirara con ellos, y fuera capaz de llevar a cabo un atentado diseñado para conseguir beneficios políticos para los renuentes aliados de Lenin. Kaplan era, con toda seguridad, más cercana al anarquismo que al socialismo. Sus objetivos puede que tuvieran más que ver con subvertir el nuevo orden, un orden autoritario que ya había comenzado a aplastar a los "negros" —los libertarios—, que a realizar complejas operaciones de alquimia política para lanzar la revolución por otros derroteros. Kaplan, que había estado muy enferma —se había quedado ciega, aunque con el tiempo recuperó la vista—, no era el perfil de una mujer de partido, sino más bien de una creyente fanática en la libertad y la justicia, alguien que no tenía ya nada que perder.

Las consecuencias del atentado a Lenin fueron cruciales para definir hacia donde derivó la revolución: destruyó a los aliados de izquierda, dejando el camino libre al dogmatismo bolchevique; alejó al líder cuando se estaba empezando a construir el Estado después de la estabilización del control sobre

el Gobierno, lo que privó a la nueva dictadura de la intuición y el realismo del fundador; como no se consumó, también dejó abierta la sucesión, lo que permitió que un personaje como Stalin tuviera la posibilidad de crear una base de poder.

¿Qué hubiera sido la URSS con un Lenin activo todavía, con un Lenin en su plenitud? Cuando murió, Lenin tenía apenas 54 años. Es posible que sin el disparo fatal hubiera podido vivir todavía 15 o 20 años más. Quizá su talante utilitarista y su pasión por lo concreto —que no su compasión, de la que carecía— le habrían llevado a comprender los errores y problemas de una economía completamente estatalizada, como le pasó en el momento de la NEP. Quizá habría recapitulado y el Estado soviético habría podido parecerse, con el tiempo, a una Suecia autoritaria, a unos Estados del bienestar como los de la segunda posguerra mundial, aunque es probable que hubieran mantenido una policía secreta muy activa, unas libertades recortadas y una violencia amortiguada. Quizá se habría adelantado el breznevismo unos años o Lenin habría inventado la economía mixta (junto con Bujarin). Si examinamos con atención la recepción de la NEP en Europa, vemos como muchos socialdemócratas, demócratas moderados o incluso conservadores contemplaron lo que otros denominaban el termidor de la revolución como una vuelta a la realidad, como una adecuación al mundo. Que muchos exiliados blancos comenzaran a volver, que hubiera un flujo de opinión de los blancos favorable al cambio y que pensaran que se trataba de una normalización apunta hacia ello. Quizá la historia de Rusia habría sido muy distinta. No olvidemos que Lenin había sido más de 20 años socialdemócrata, y apenas cinco o seis comunista. No hay razón para pensar que no se hubiera acomodado a una situación más pragmática.

Pero, por otro lado, ¿habría permanecido intacto el carisma y el influjo de Lenin? ¿Le habrían seguido respetando los más radicales, los más impacientes, aquellos que creían en el advenimiento de la nueva era? El sentimiento de comienzo, la necesidad de un cambio radical, de una destrucción creativa, no era algo solo propio de los bolcheviques. El mundo entero, impulsado por la industrialización masiva, los radicales cambios sociales y las enseñanzas de la guerra mundial se dirigía hacia una utopía de violencia y control totalitario, que no parecían ser el mejor escenario para gestionar la revolución bolchevique de forma menos violenta y desplazarla hacia territorios más democráticos y sosegados.

De hecho, los diseños bolcheviques lo hacían imposible. La revolución se estaba construyendo sobre cadáveres. El control autoritario de la economía y de la sociedad era moderno en el peor de los sentidos. El largo *continuum* de catástrofes que afectó al continente euroasiático no era solo producto de la guerra mundial, sino que hincaba sus raíces en el nuevo mundo que estaba surgiendo. La guerra mundial, un acontecimiento casi fortuito, innecesario, planificado con mentalidad del siglo XIX, había abierto la espita de la modernidad del siglo XX. En eso Lenin tuvo poco que ver, más allá de sus intuiciones, terribles en su radicalidad y geniales en su capacidad de producir

daño.

Podemos concluir pues que Lenin fracasó. Ocultas bajo la capa de su frialdad, falta de empatía e incluso crueldad autojustificada, había una utopía de modernización del Imperio zarista y de construcción internacionalista de un mundo nuevo al que jamás se llegaría. En esto, los denostados burgueses de la Liga de las Naciones, pese a su éxito apenas fugaz y relativo, estuvieron más cerca de lograrlo que él. Si Lenin quería igualdad, justicia social, hermandad, modernización y la libertad que siempre reclamaba de los Estados burgueses, lo cierto es que equivocó por completo el camino. La violencia no construye democracia ni solidaridad. El Estado social autoritario tiene tanta culpa de la destrucción del planeta como el capitalismo liberal desbocado.

Los interrogatorios de Kaplan en la Cheka se publicaron en 1923 en la revista *Proletarskaia revoliutsiia*. Algunos puntos de estas pesquisas arrojan dudas sobre los hechos. ¿Y si no hubiera sido ella sola? Una vez más, fuera quien fuera —los socialrevolucionarios, los anarquistas, ella misma como una figura solitaria—, lo que se consiguió con este atentado no fue muy distinto de lo que los revolucionarios de la Voluntad del Pueblo habían conseguido con el asesinato de Alejandro II, más de 40 años antes: acrecentar la desgracia que, como una maldición, pesaba sobre Rusia.

13. Un epílogo personal

Cuando de pequeño iba al colegio temprano por las mañanas, pasábamos muchas veces por delante de un hombre tendido en la calle en un charco de orina y con una botella de vino vacía al lado y unas muletas tiradas. Si el hombre estaba despierto, solía gritarnos cosas incomprensibles, o alzaba el puño y se ponía a cantar una canción que nosotros sabíamos que era algo comunista. A veces veíamos cómo el guardia urbano lo recogía y le intentaba llevar, con amabilidad, a su casa. Julito siempre se negaba y le insultaba a gritos de fascista y cosas por el estilo[109].

Desconozco si era verdad lo que entonces se contaba, que Julito "el comunista", el alcoholizado que cantaba La Internacional y gritaba consignas antifascistas por la calle, había sido un médico importante que, movido por su sentimiento de solidaridad hacia los pobres de Talavera, había dedicado muchos esfuerzos a ellos. Me dijeron que, en tiempos en los que la sanidad no era para todos, había curado gratis a muchos. Pero Julito había sido miembro del Partido Comunista y lo habían encarcelado y torturado. Las torturas habían sido tan duras que Julito se había quedado inválido. Destrozado física y moralmente, el comunista Julito se había dejado ir hasta convertirse en un pobre desahuciado que, de todos modos, vivió para llegar a ver el final de la dictadura franquista.

No sé si la leyenda urbana era real, pero casos como el de Julito "el comunista" he visto muchos. Personas que dieron su vida o su salud para ayudar a los demás bajo la bandera del comunismo, pero cuyo interés verdadero era tan solo —y no era poco— mejorar las condiciones de sus semejantes. Gente que combatió al franquismo, con formas que hoy nos parecen pueriles, editando revistas, panfletos, información clandestina pero también organizando huelgas y movilizaciones. Personas que, a base de lucha y resistencia, consiguieron que se urbanizasen las calles de barrios marginales, se trajera el autobús a los extrarradios, se abriera un ambulatorio en alguna ciudad dormitorio. No solo eran comunistas, por supuesto. Pero había entre ellos muchos hombres y mujeres que se consideraban a sí mismos

comunistas, y que se veían como integrantes de un partido que unía a una clase obrera que, aunque no lo percibían, para entonces ya estaba declinando.

Muchos militantes comunistas pagaron un alto precio por ello: no solo fusilamientos y torturas, sino también años de cárcel, despidos de sus empresas, exilio o emigración forzada, problemas con una familia que no los entendía, el desprecio de antiguos amigos a los que no significarse les daba beneficios; hubo muchas historias de alcoholismo y depresión, de divorcios y relaciones deterioradas; fueron héroes y heroínas anónimos, a los que nadie les felicitó siquiera, más allá de algunos vecinos que les hayan agradecido con respeto de barrio su sacrificio.

Una cuestión clave del legado de Lenin es por qué hubo tantas y tantas personas en todo el mundo —las hay todavía— que se sacrificaron por los ideales representados por el partido y el Estado que el líder bolchevique contribuyó a crear. El golpe de estado de Lenin es sin duda el origen de una de las mayores desgracias del siglo XX. La historiografía de los últimos 30 años ha descrito con fuentes fiables los crímenes de la revolución rusa, los horrores del estalinismo y las miserias de los años posteriores. Conocemos, con fuentes de primera mano, la brutalidad y la opresión organizadas por partidos que se llamaban a sí mismos comunistas y por personas que se tenían por seguidores de Lenin en el centro y el este de Europa.

Y, sin embargo, ¿cómo conciliar ese conocimiento del horror provocado por Lenin y los suyos con la convicción de que —por ejemplo— los comunistas españoles, tanto en la guerra civil como en la clandestinidad franquista y la transición, jugaron un papel positivo en nuestro país? ¿Pese a errores y no pocos crímenes durante los años de plomo?

La biografía de Lenin es una biografía europea, algo a lo que se ha prestado poca atención. El revolucionario ruso desplegó su vida y carrera literal y metafóricamente a través del continente, con sus viajes y su exilio, pero también con su enorme red de contactos. Del mismo modo, su visión de la política internacional era eurocéntrica y hasta su preocupación sobre el imperialismo, aunque prestara atención a la explotación de los pueblos colonizados, se enfocaba en las potencias europeas y sus contradicciones. Sus referencias a unos Estados socialistas de Europa eran, desde luego, parte de una consideración más amplia de una revolución que, en un sentido marxista, solo podía ser global porque significaba un cambio de sistema y un cambio de época histórica. Pero Europa era el ámbito en que se movía su socialismo. Por eso no se puede separar el régimen que creara del contexto europeo: del nacimiento del Estado del bienestar tanto como del capitalismo financiero y el imperialismo como parte de él; de la modernidad vigilante, controladora y fiscalizadora que creó el KGB y la Gestapo, pero también la estadística, el impuesto sobre la renta y la seguridad social; de la reforma de los sistemas penales que acabó por esconder cínicamente los campos de trabajo estalinistas; de la secularización que a la vez que liberaba de las restricciones y las culpas de la secular opresión religiosa, difuminaba el sentido moral en la vida pública y permitía al cinismo y el utilitarismo del que harían gala luego

Hitler y Stalin. Por desgracia, la Shoah no fue un retroceso al pasado, sino un terrible signo de modernidad.

Lenin era en esencia un intelectual pequeñoburgués, al que las circunstancias de la autocracia en Rusia, que ejecutó a su hermano y le castigó a él impidiéndole seguir una carrera universitaria durante mucho tiempo, le condujeron al radicalismo político. La represión zarista fue, no cabe duda, el origen de muchas de estas carreras de revolucionarios y terroristas, como la Primera Guerra Mundial, guerra imperialista y absurda donde las haya, fue el origen de la revolución y la cuna de los totalitarismos del siglo. El odio que generó el zarismo impidió una transición razonable hacia un sistema más humano, pero sin la Guerra, es posible que hubiera habido mejores alternativas.

Lenin no fue un gran genio, como decía la propaganda comunista, aunque su cerebro tuviera peculiaridades y especificidades, como hemos visto. Era eso sí, un hábil polémico, demagogo, y con una gran intuición para aprovechar el momento político. Fue su voluntad de hierro y su perseverancia la que le llevó a su trágico triunfo. Pero tampoco fue un monstruo, como le han achacado tantas veces, un horrendo psicópata o un sátrapa cruel, sino alguien sin escrúpulos morales, cargado de resentimiento, que supo utilizar y manipular la sociedad y la época que le había tocado.

La comparación con Stalin lo deja claro. A Lenin no le tembló la mano para permitir sentencias de muerte, pero jamás planificó la eliminación física de capas sociales enteras. Por otro lado, es cierto que asumió como necesidad histórica la muerte masiva de personas por decisiones y necesidades políticas, aun cuando no las buscara activamente. Medir el dolor en la historia es tarea difícil, pero si consideramos las víctimas que sus políticas contribuyeron a causar y las personas que directamente, como consecuencia de sus decisiones, fueron ejecutadas, lo cierto es que hubo mucho sufrimiento. Sus intenciones eran, por supuesto, conseguir lo mejor para su pueblo y equipararlo a los países avanzados de Europa, algo que repitió machaconamente desde el principio de su carrera. Nadie dedica toda su existencia a luchar por el fin de una autocracia y el cambio social si no cree que esté haciendo lo correcto. Pero eso no es relevante: el cinismo que ejerció siempre en la política, el desprecio y la violencia con que trató a los seres humanos concretos, la intolerancia y la falta de aprecio por las libertades cívicas, van más allá de las intenciones que alegara tener. Era una persona fría y falta de empatía, que lo subordinaba todo, hasta las relaciones personales, al objetivo deseado. Y que no reparaba en los medios empleados para conseguir sus fines.

Un buen ejemplo es su negativa a compartir el poder con los otros partidos socialistas después de Octubre. Podemos imaginarnos que una coalición bien engrasada con eseristas y mencheviques habría evitado al menos muchos de los horrores que siguieron: no hay que olvidar que buena parte de la guerra civil y de las posteriores conquistas imperialistas de los bolcheviques en Ucrania, Georgia y Asia Central se hicieron, no contra la contrarrevolución monárquica, sino contra quienes creían en otros socialismos,

más democráticos, más liberales, menos autoritarios; o contra anarquistas y campesinos rebeldes, con los que los eseristas tenían mejor relación y que habrían podido aportar mucho a la transformación y modernización del país. Es posible que un gobierno más plural habría concitado también más apoyos internacionales o, al menos, habría evitado la intervención militar de las potencias. Un menor aislamiento ruso.

¿Habría impedido esto el cambio social, las innovaciones en seguridad social, en derechos civiles, en igualdad de género o incluso en igualdad económica? Un país pobre como era la Suecia del momento estaba introduciendo también por entonces mecanismos de Estado del bienestar. La guerra mundial había convertido la planificación económica en un mecanismo del futuro, algo que se revalidaría después de la crisis del 29 en Occidente. No hay nada que justifique el grado de violencia que Lenin inició en la construcción de su gobierno. Lo peor del socialismo de tipo soviético es que acabó por ser apenas un remedo del capitalismo, sin superar nunca su horizonte mental. Pero eso, es cierto, ya no fue pecado de Lenin, sino de sus sucesores.

Las conclusiones en historia son siempre complejas y ambivalentes. Al pan, pan y al vino, vino, solo funciona en la cocina, y no siempre, porque ni todos los panes son iguales, ni lo son todos los vinos. Ni Julito "el comunista" ni ninguno de los otros comunistas que dieron su vida y esfuerzos luchando contra la injusticia lo hicieron por Lenin, Stalin, ni ningún gerifalte de la lejana Unión Soviética, por mucho que el partido al que acompañaran alzara esa bandera y alguno de ellos muriera con el nombre de Lenin en los labios. El respeto, sencillo y profundo, hacia estos héroes de los barrios y pueblos españoles, que considero ha de tener una sociedad que se llame democrática, no se extiende a un trapo rojo ni a un periodista maduro que encabezó a una tropa de desertores y estableció un régimen de terror y violencia en Rusia. El respeto por ellos ha de tener que ver con su entrega generosa por los demás. Algo que compartieron con gentes de muchas otras ideologías o creencias, pero que, en ellos, específicamente, se encauzó en la convicción de que había que ser solidario, de una manera laica, obrera y, en el lenguaje de su época, comunista. En parte, el fracaso de los partidos comunistas tuvo mucho que ver con su origen ideológico en una dictadura centralista, violenta, cerrada, xenófoba, antidemocrática. Pero eso no impide que se pueda considerar como defensores de la libertad a quienes dedicaron sus esfuerzos a luchar por un cambio social y político democrático. Incluso aunque su causa fuera, en apariencia, *a posteriori*, equivocada.

Notas

1. Introducción

1. E. N. Gusljarov, *Lenin v zhizni. Sistematizirovannyj svod vospominanij sovremennikov, dokumentov jepohi, versij istorikov* — Moscú, OLMA-PRESS Zvezdnyj mir, 2003.

2. el Atentado

2. N. A. Semashko, G. N. Golikov (ed.), *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 5-tomax*, Moscú, Politizdat, 1979 (2), t. 2, p. 283.

3. El héroe de los niños de la URSS

3. Lenin, *Obras Completas*, vol. 37, Moscú, Editorial Progreso, 1986, p. 97 (a partir de ahora, *OC*).
4. J. Brooks, *When Russia learned to read. Literacy and Popular Literature, 1861-1917*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1984.
5. Las cifras de estos párrafos en J. Brooks y Georgiy Chernyavskiy, *Lenin and the Making of the Soviet State: A Brief History with Documents*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 3-6.
6. L. Trotzki, *Der junge Lenin*, León, Viena, 1969, https://bitly.ws/3b8CT (8 de noviembre de 2023).
7. M. Farmakowski, "Iz detskih let Vladímira Il'icha Ul'janova", en *Zhizn' Lenina, 1870-1924. Sbornik vospominanij ego sovremennikov*, Moscú, Rabochei Gazety, 1925, p. 9.
8. L. T. Lih, *Lenin*, Londres, Reaktion Books, 2012, p. 10.
9. M. Farmakowski, "Iz detskih let Vladímira Il'icha Ul'janova", en *Zhizn' Lenina, 1870-1924. Sbornik vospominanij ego sovremennikov*, Moscú, Rabochei Gazety, 1925, p. 9.
10. N. K. Krupskaya,"Vospominaniya o Leninie", en *Vospominaniya o Vladímire Ilyiche Lenine v 10. T*, vol. 2, Moscú, 1989, p. 10.

4. Años de formación

11. *Unser Bruder Wolodja. Erinnerungen von Verwandten an Lenin*, Berlín (ost), Dietz Verlag, 1956, p. 27. Citado en H. Weber, *Lenin - In Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Hamburgo, Rowohlt, 1970.
12. Lenin, *OC*, vol. 45, Moscú, Progreso, 1987, p. 340.

13. N. K. Krupskaya,"Vospominaniya o Leninie", en *Vospominaniya o Vladímire Ilyiche Lenine v 10. T*, vol. 2, Moscú, 1989, p. 24.
14. "Quiénes son los 'amigos del pueblo' y como luchan contra los socialdemócratas (Respuesta a los artículos de Rússkoe Bogatstvo contra los marxistas)", en Lenin, *OC*, vol. 1, Moscú, Progreso, 1981, p. 145-146.
15. D. Volkogonov, *Lenin, Vozhdia*, Moscú, Novosti, 1998, p. 86.
16. Trotsky, *Lenin*, Barcelona, Ariel, 1972, p. 121.
17. N. K. Krupskaya,"Vospominaniya o Leninie", en *Vospominaniya o Vladímire Ilyiche Lenine v 10. T*, vol. 2, Moscú, 1989, p. 10.
18. Carta a Maria A. Ulianova, Berlín, el 10 de agosto de 1895, en Lenin, *OC*, vol. 55, Moscú, Progreso, 1988, pp. 11-12.
19. Lenin, *Briefe*, vol. 1, Berlín, Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, 1967, p. 451.
20. Carta a A. K. Chebotariova, 2 de enero de 1896, en Lenin, *OC*, vol. 55, Moscú, Progreso, 1988, pp. 11-12.

5. Del destierro al exilio

21. Sobre los cambios en la legislación: A. A. Ivanov, "K istorii tsarskoj ssylki", *Vestnik Moskovskogo universiteta MVD Rossii*, 8, 2008, pp. 144-148.
22. Carta a Maria A. Ulianova, el 5 de abril de 1897, en Lenin, *OC*, vol. 54, Moscú, Progreso, 1988, pp. 30-31.
23. Carta a Maria A. Ulianova y M. I. Ulianova, 19 de julio de 1897, en Lenin, *OC*, vol. 54, Moscú, Progreso, 1988, pp. 50-51.
24. A. I. Ul'janova-Elizarova, *Vospominanija ob Il'iche,* en https://bitly.ws/3b8GW (21 de enero de 2024).
25. L. T. Lih, *Lenin rediscovered: what is to be done? In context*, Leiden, Brill, 2006, p. 5-6.
26. Lenin, "Proyecto de declaración de la redacción de 'Iskra' y 'Zaria'", en Lenin, *OC*, vol. 4, Moscú, Progreso, 1981, p. 343.
27. Trostky, *Lenin*, Barcelona, Ariel, 1972, p. 122.
28. Trostky, *Lenin*, p. 122.
29. V. A. Karpinski, "Lenin kak redaktor", en G. N. Golikov (ed.), *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 5-tomax*, Moscú, Politizdat, 1979 (2), t. 2, p. 166.
30. V. A. Karpinski, "Lenin kak redaktor", en G. N. Golikov (ed.), *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 5-tomax*, Moscú, Politizdat, 1979 (2), t. 2, p. 166.
31. M. I. Vasiliev-Juzhin, "V Ogne Pervoj Revoljucii, Zhizn v Zheneve. Znakomstvo s Tov. Leninym", en G. N. Golikov (ed.), *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 5-tomax*, Moscú, Politizdat, 1979 (2), t. 2, p. 184.
32. R. Luxemburgo, "Problemas organizativos de la socialdemocracia", en https://bitly.ws/3b8I4, (11 de diciembre de 2023), p. 19.
33. G. Weber y H. Weber, *Lenin, life and works*, Nueva York, Facts on File, Inc., 1974, p. 33.

6. La revolución llega. Y se va

34. G. N. Golikov (ed.), *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 5-tomax*, Moscú, Politizdat, 1979 (2), t. 2, p. 165.
35. G. Weber y H. Weber, *Lenin, life and works*, Nueva York, Facts on File, Inc., 1974, p. 83.
36. N. K. Krupskaja, "Vospominanija o Lenine", en *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 10-tomax*, t. 2, Moscú, Politizdat, 1989, p. 73.
37. Lenin, *OC*, vol. 8, pp. 101-23.
38. N. K. Krupskaja, "Vospominanija o Lenine", en *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 10-tomax*, t. 2, Moscú, Politizdat, 1989, p. 74.
39. Lenin, *OC*, vol. 8, pp. 211-20.
40. Lenin, *OC*, vol. 12, p. 183.
41. Lenin, *OC*, vol. 11, p. 347.
42. S. Chapko, "Lenin za granicej i v Terriokah", en *Zhizn' Lenina, 1870-1924. Sbornik*

vospominanij ego sovremennikov, Moscú, Rabochei Gazety, 1925, p. 76.
43. Lenin, *OC*, vol. 26, p. 152.
44. Lenin, *OC*, vol. 12, p.182-183.
45. N. K. Krupskaja, "Vospominanija o Lenine", en *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 10-tomax*, t. 2, Moscú, Politizdat, 1989, p. 97.
46. G. A. Solomon, *Vblizi vozhdja: svet i teni. Lenin i ego semiia,* Moscú, Moskvichanin, 1991, pp. 20-21.
47. E. Kosing y E. Mirova-Florin (eds.), *Lenin und Gorki. Eine Freundschaft in Dokumenten*, Berlín-Weimar, Aufbau Verlag, 1964, p. 33-34.

7. Un segundo exilio

48. Lenin, *OC*, vol. 47, p. 126.
49. G. Weber, H. Weber, *Lenin, life and works*, Nueva York, Facts on File, Inc., 1974, p. 62.
50. Lenin, *OC*, vol. 47, p. 148.
51. N. K. Krupskaya,"Vospominaniya o Leninie", en *Vospominaniya o Vladímire Ilyiche Lenine*, vol. 2, Moscú, 1989, p. 191.
52. V. I. Lenin, *Neizvestnye dokumenty. 1891-1922*, Moscú, Rosspen, 2017, p. 121.
53. Lenin, *OC*, vol. 47, p. 276.
54. Trotsky, *Mi vida 1929*, en https://bitly.ws/3b8L3 (17 de enero de 2024].
55. Weber, *Lenin*, p. 81.
56. J. M. Faraldo, *Las redes del terror. Las policías secretas comunistas y su legado*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.

8. Imperialismos

57. Lenin, *OC*, vol. 54, p. 379.
58. Lenin, *OC*, vol. 26, p. 7.
59. Lenin, *OC*, vol. 26, p. 42.
60. N. K. Krupskaja, "Vospominanija o Lenine", en *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 10-tomax*, t. 2, Moscú, Politizdat, 1989, p. 203.
61. Lenin, *OC*, vol. 54, p. 478.

9. Revolución y victoria

62. J. M. Faraldo, *La Revolución rusa. Historia y memoria*, Madrid, Alianza, 2017.
63. Lenin, *OC*, vol. 24, p. 325.
64. Lenin, *OC*, vol. 30, p. 334.
65. C. Ellwood, "The sporting Life of V. I. Lenin", en C. Ellwood, *The Non-Geometic Lenin. Essays on the Development of the Bolshevik Party 1910-1914*, Londres, Anthem Press, 2011, p. 155.
66. A. Lunacharski, *Vospominaniia i vpechatlieniia,* Moscú, Sovietskaia Rossia, 1968, p. 144.
67. R. C. Elwood, *Inessa Armand: Revolutionary and Feminist*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 201.
68. J. M. Faraldo, Z. Gasimov, "Las alianzas desde arriba: los nacionalismos antirrusos y antisoviéticos (1914-1939). De la Liga de los Pueblos Alófonos de Rusia a la Liga Prometeo", en E. Ucelay-Da Cal, X. M. Núñez Seixas, A. Gonzàlez i Vilalta (dir.), *Patrias diversas, ¿misma lucha? Alianzas transnacionalistas en el mundo de entreguerras (1912-1939)*, Barcelona, Bellaterra, 2020.
69. Lenin, *OC*, vol. 21, 31, p. 8.
70. N. N. Sujanov, *Zapiski o revoljucii: V 3 t.*, Moscú, Politizdat, 1991, vol. 2, p. 4.
71. Sobre la relación de Lenin con las mujeres: J. Cox, "Out of the shadows: female Leninists and Russian socialism", en *International Socialism*, 171, 2021, en https://bitly.ws/3b8Mw (18de enero de 2024).
72. N. K. Krupskaja, "Vospominanija o Lenine", en *Vospominanija o Vladímire Il'iche*

Lenine: V 10-tomax, t. 2, Moscú, Politizdat, 1989, p. 235-236.
73. N. K. Krupskaja, "Vospominanija o Lenine", en *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 10-tomax*, t. 2, Moscú, Politizdat, 1989, pp. 255-256.
74. G. A. Aleksinskij, "Prohodimcy i shpiony. Iz vospominanij", en *Obshhee delo*, nº 211, París, 1921.
75. Weber, *Lenin in Selbstzeugnissen*, p. 117.
76. A. Rabinowitch, *The Bolsheviks come to power. The Revolution of 1917 in Petrograd*, Nueva York, Norton, 1978, p. 85.
77. Lenin, *OC*, vol. 34, "La revolución rusa y la guerra civil. Se asusta con La guerra civil", pp. 221-236.
78. Read, *From Tsar to Soviet*, p. 96.
79. Lenin, *OC*, vol. 27, Madrid, Akal, 1977, p. 347.
80. A. R Vil'jams, *Zhizn' dokazala nashu pravotu. Izbrannaja publicistika*, Moscú, Progreso, 1983, p. 144.
81. T. H. Rigby, *Lenin's government: Sovnarkom 1917-1922*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 1979, p. 1-2.
82. N. N. Sukhanov, *The Russian Revolution 1917. Eyewitness Account, Volume II*, Harper Torchbooks, 1962, p. 665.

10. La construcción de un NUEVO mundo

83. Trotsky, *Mi vida 1929*, en https://bitly.ws/3b8L3 (17 de enero de 2024].
84. Trotsky, *Mi vida 1929*, en https://bitly.ws/3b8L3 (17 de enero de 2024].
85. Brooks y Chernyavskiy, *Lenin and the Making of the Soviet State*, 2007, p. 18.
86. R. Service, *Lenin. A biography*, Oxford, Pan Books, 2008, (ebook), pp. 38-42.
87. N. K. Krupskaja, "Vospominanija o Lenine", en *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 10-tomax*, t. 2, Moscú, Politizdat, 1989, p. 283.
88. V. Serge, *Memoirs of a revolutionary*, Nueva York, NYRB, 2012, pp. 119-120.
89. V. S. Izmozik, B. A. Starkov, B. A. Pavlov, S. N. Rudnik, *Podlinnaja istorija RSDRP-RKPb-VKPb. Kratkij kurs. Bez umolchanij i fal'sifikacij*, San Petersburgo, Piter, 2010, pp. 320-321.
90. S. Malle, *The Economic Organization of War Communism 1918-1921*, Cambridge, CUP, 2002.
91. Z. Lozinskii, *Ekonomicheskaia Politika Vremennogo Pravitelstva*, Leningrado, Priboi, 1929.
92. "Informe sobre estructura y funciones de los departamentos y subdepartamentos del Comisariado Popular de Asuntos Internos" de 29 de diciembre de 1918, en GARF, f. 393, o. 1, d. 265, pp. 1-7 (Hoover Institution Archives).
93. A. I. Kokurin, N. V. Petrov, *Lubyanka: VCHK- OGPU - NKVD - NKGB - MGB - MVD - KGB, 1917-1960: Spravochnik*, Moscú, MFD, 1997.
94. "Protocolo número 20 de la sesión del Sovnarkom", 6 (19) de diciembre de 1917, en S. Zwigun (ed.), *W. I. Lenin und die Gesamtrussische Tscheka. Dokumentensammlung (1917-1922)*, Potsdam, Ministerium für Staatssicherheit, 1977, p. 40.
95. "Protocolo número 21 de la sesión del Sovnarkom", 7 (20) de diciembre de 1917, en RGASPI, f. 19, op. 1, d. 21, l. 2-2b, (facsímil en https://bitly.ws/3b8QR).
96. El esbozo de Lenin en *XX Lat VchK-GPU-NKVD*, Moscú, OGIS, 1938, p. 10.
97. Véase GARF, f. 130, op. 1, d. 1, p. 13. Citado por M. Melancon, "Revolutionary Culture in the Early Soviet Republic: Communist Executive Committees versus the Cheka, Fall 1918", en *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, vol. 57, nº 1, (2009), pp. 1-22.
98. V. Serge, *Memoirs of a revolutionary*, p. 120.
99. Trotsky, *Lenin*, p. 263.

11. El final de Lenin

100. N. A. Semashko, G. N. Golikov (ed.), *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 5-tomax*, Moscú, Politizdat, 1979 (2), t. 2, p. 283.
101. N. A. Semashko, G. N. Golikov (ed.), *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 5-tomax*, Moscú: Politizdat, 1979 (2), t. 2, p. 283.

102. N. A. Semashko, G. N. Golikov (ed.), *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 5-tomax*, Moscú, Politizdat, 1979 (2), t. 2, p. 283.
103. Lenin, *OC*, vol. 44, p. 381-382.
104. N. A. Semashko, G. N. Golikov (ed.), *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 5-tomax*, Moscú, Politizdat, 1979 (2), t. 2, p. 284.
105. Véase https://bitly.ws/3b8RX (29 de diciembre de 2023).
106. C. Zetkin, *Recuerdos sobre Lenin*, Ciudad de México, PRD, 2019, p. 18.
107. P. R. Gregory, *Lenin's Brain and Other Tales from the Secret Soviet Archives*, Stanford, Hoover Institution Press, 2008.
108. N. A. Semashko, G. N. Golikov (ed.), *Vospominanija o Vladímire Il'iche Lenine: V 5-tomax*, Moscú, Politizdat, 1979 (2), t. 2, p. 284.

13. Un epílogo personal

109. Parte de este texto lo publiqué en 2017: J. M. Faraldo, "Lenin y Julito el comunista", *Huffington Post*, 22 de mayo de 2017, https://bitly.ws/3b8RD (19 de enero de 2024).